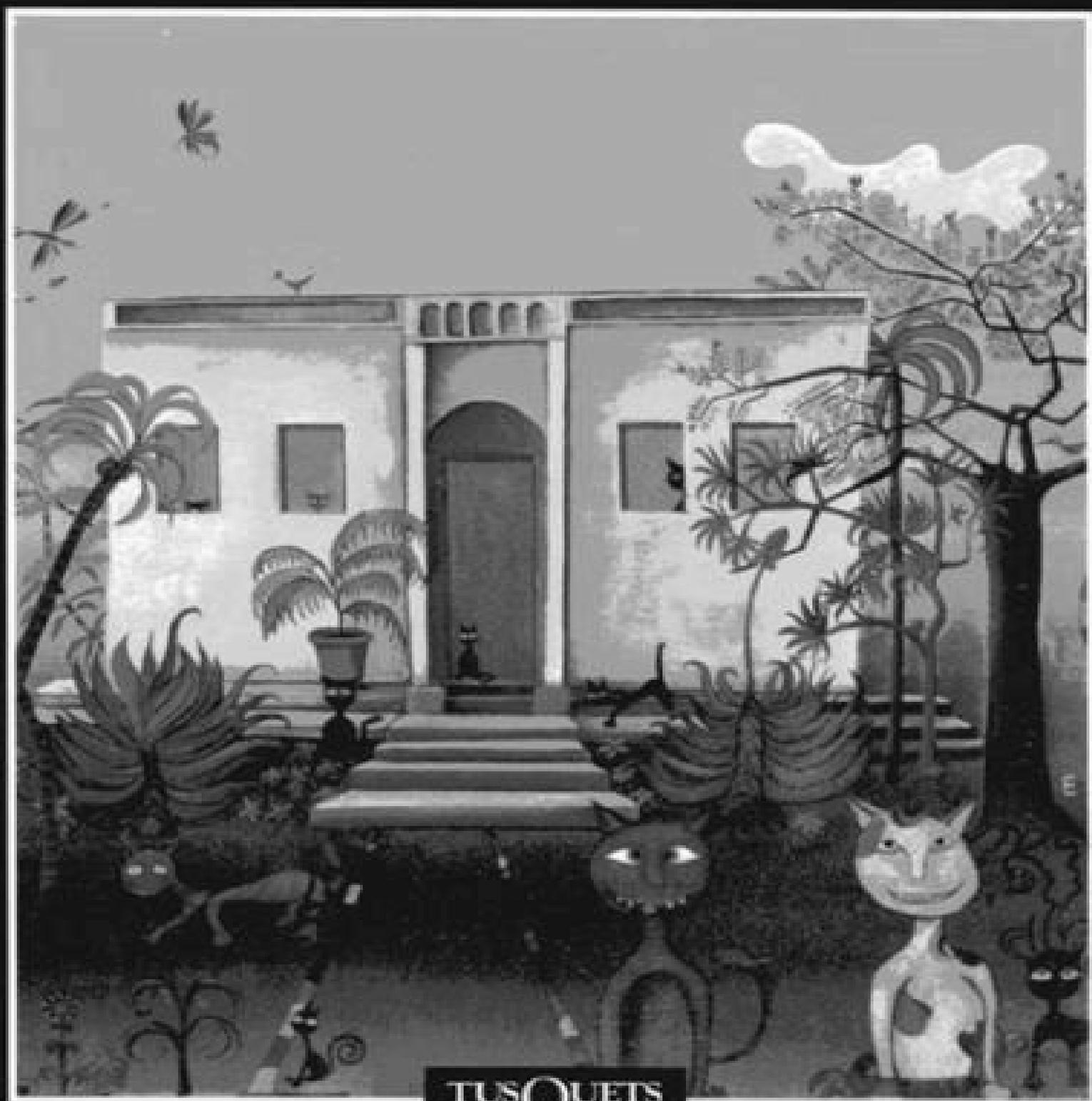


Reinaldo Arenas
CELESTINO
ANTES DEL ALBA

colección andanzas



TUSQUETS
LECTORES

Celestino antes del alba

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

Reinaldo Arenas
CELESTINO
ANTES DEL ALBA

colección andanzas



Reinaldo Arenas
Celestino antes del alba

Para Maricela Cordovez,

la muchacha más linda del mundo

Pero ninguno se atrevía a mirarlo a la cara,
porque era semejante a la de los ángeles.

Wilde

Amanecerá en mis párpados apretados.

J.L. Borges

Dichosos los que nacen mariposas

O tienen luz de luna en su vestido.

¡Dichosos los que cortan la rosa

Y recogen el trigo!

¡Dichosos los que dudan de la Muerte

Teniendo Paraíso,

Y el aire que recorre lo que quiere

Seguro de infinito!

Dichosos los gloriosos y los fuertes,

Los que jamás fueron compadecidos,

Los que bendijo y sonrió triunfante

El hermano Francisco.

Pasamos mucha pena.

Cruzamos los caminos.

Quisiéramos saber lo que nos hablan

Los álamos del río.

Federico García Lorca

Prólogo

Las múltiples ediciones piratas de esta novela y las numerosas erratas y distorsiones sufridas por su texto han motivado al autor a hacer una versión definitiva de ella. Ésta es, pues, la primera edición corregida, revisada y autorizada por el propio autor.* *Celestino antes del alba* obtuvo en 1965 en La Habana la primera mención en el concurso nacional de novela ante un jurado encabezado por Alejo Carpentier. La edición cubana se agotó en una semana, pero nunca más fue autorizada allí una nueva publicación. La novela es una defensa de la libertad y de la imaginación en un mundo conminado por la barbarie, la persecución y la ignorancia.

Celestino antes del alba inicia el ciclo de una *pentagonía* que comienza con la infancia del poeta narrador en un medio primitivo y ahistórico; continúa con la adolescencia del personaje durante la dictadura batistiana y precastrista -*El palacio de las blanquísimas mofetas*-; sigue con su obra central, *Otra vez el mar*, que abarca todo el proceso revolucionario cubano desde 1958 hasta 1970, la estalinización del mismo y el fin de una esperanza creadora; prosigue con *El color del verano*, novela que termina en 1999, en medio de un carnaval alucinante y multitudinario en que la juventud toma numerosas embajadas y

*Se refiere a la edición de la Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1982, publicada con el título de *Cantando en el pozo*.

la misma Isla, desasida de su plataforma, parte hacia lo desconocido. La novela revela las peripecias de un dictador enloquecido y la vida subterránea de la juventud cubana; una juventud desgarrada, erotizada y rebelde. La *pentagonía* culmina con *El asalto*, suerte de árida fábula sobre el futuro de la humanidad, tal vez el libro más cruel escrito en este siglo. En todo este ciclo furioso, monumental y

único, narrado por un autor-testigo, aunque el protagonista perece en cada obra, vuelve a renacer en la siguiente con distinto nombre pero con igual objetivo y rebeldía: cantar el horror y la vida de la gente. Permanece así en medio de una época convulsionada y terrible, como tabla de salvación y esperanza, la intransigencia del hombre -creador, poeta, rebelde- contra todos los postulados represivos que intentan fulminarlo. Aunque el poeta perezca, el testimonio de la escritura que deja es testimonio de su triunfo ante la represión y el crimen. Triunfo que ennoblece y a la vez es patrimonio del género humano.

R.A., 1982

Celestino antes del alba

Mi madre acaba de salir corriendo de la casa. Y como una loca iba gritando que se tiraría al pozo. Veo a mi madre en el fondo del pozo. La veo flotar sobre las aguas verdosas y llenas de hojarasca. Y salgo corriendo hacia el patio, donde se encuentra el pozo, con su brocal casi cayéndose, hecho de palos de almácigo.

Corriendo llego y me asomo. Pero, como siempre: solamente estoy yo allá abajo. Yo desde abajo, reflejándome arriba. Yo, que desaparezco con sólo tirarle un escupitajo a las aguas verduscas.

Madre mía, ésta no es la primera vez que me engañas: todos los días dices que te vas a tirar de cabeza al pozo, y nada. Nunca lo haces. Crees que me vas a tener como un loco, dando carreras de la casa al pozo y del pozo a la casa. No. Ya estoy cansado. No te tires si no quieres. Pero tampoco digas que lo vas a hacer si no lo harás.

Lloramos detrás del mayal viejo. Mi madre y yo, lloramos. Las lagartijas son muy grandes en este mayal. ¡Si tú las vieras! Las lagartijas tienen aquí distintas formas. Yo acabo de ver una con dos cabezas. Dos cabezas tiene esa lagartija que se arrastra.

La mayoría de estas lagartijas me conocen y me odian. Yo sé que me odian, y que esperan el día... «¡Cabronas!», les digo, y me seco los ojos. Entonces cojo un palo y las caigo atrás. Pero ellas saben más de la cuenta, y enseguida que me ven dejan de llorar, se meten entre las mayas, y desaparecen. La rabia que a mí me da es que yo sé que ellas me están mirando mientras yo no las puedo ver y las busco sin encontrarlas. A lo mejor se están riendo de mí.

Al fin doy con una. Le descargo el palo, y la trozo en dos. Pero se queda viva, y una mitad sale corriendo y la otra empieza a dar brincos delante de mí, como diciéndome: no creas, verraco, que a mí se me mata tan fácil.

«¡Animal!», me dice mi madre, y me tira una piedra en la cabeza. «¡Deja a las pobres lagartijas que vivan en paz!» Mi cabeza se ha abierto en dos mitades, y una ha salido corriendo. La otra se queda frente a mi madre. Bailando. Bailando. Bailando.

Bailando estamos todos ahora sobre el techo de la casa. ¡Qué de gente sobre el techo! A mí me encanta encaramarme en las pencas de guano, y siempre encuentro algún que otro nido de totises acá arriba. Yo no me como los huevos de los *totises*, porque dicen que siempre están podridos, y entonces lo que hago es que se los tiro a la cabeza a mi abuelo, que siempre que me ve arriba de la casa, coge la vara larga de desmochar palmas y empieza a juzgarme como si yo fuera un racimo de palmiches. Uno de los huevos se le ha reventado a mi abuelo en un ojo, y yo no sé por qué, pero a mí me parece que se ha quedado tuerto. Pero no: a ese viejo hay que sacarle los ojos con una garrocha, porque lo que tiene ahí es más duro que el fondo de una caneca.

Bailando yo solo sobre el techo. A mis primos ya los he hecho bajar y están durmiendo entre los pinos. Dentro del cercado de ladrillos blancos. Y cruces. Y cruces. Y cruces.

«Para qué tantas cruces», le pregunté a mamá el día que fuimos a ver a mis primos.

«Es para que descansen en paz y vayan al cielo», me dijo mi madre, mientras lloraba a lágrima viva y se robaba una corona fresca de una cruz más lejana. Yo arranqué entonces siete cruces y cargué con

ellas bajo el brazo. Y las guardé en mi cama, para así poder descansar cuando me acostara y no sentir siquiera a los mosquitos, que aquí tienen unas digas peores que las de los alacranes.

«Estas cruces son para poder descansar», le dije a mi abuela, cuando entró en el cuarto. *Mi abuela es una mujer muy vieja*, pensé, mientras me agachaba bajo la cama. «Toma estas dos cruces para ti», le dije a abuela, dándole las cruces. Y ella cargó con todas. «Hoy hay escasez de leña», dijo. Y cuando llegó al fogón las hizo astillas y las echó en la candela.

«¡Qué has hecho con mis cruces, desgraciada!», le dije yo, y, cogiendo un pedazo de cruz encendida, le fui arriba para sacarle los ojos. Pero con esta vieja no se puede jugar, y cuando yo tomé el palo encendido, ella cogió la olla de agua hirviendo que estaba en el fogón y me la tiró arriba. Que si no me aparto ahora estuviera en carne viva. «Conmigo no juegues», dijo abuela, y luego me dio un boniato asado para que me lo comiera. Yo salí para el guaninas, con el boniato a medio comer, y allí hice un hoyo y lo enterré. Luego inventé una cruz con una mata de guanina seca, y también la enterré junto al boniato muerto.

Pero ahora debo dejar de pensar en esas cosas y ver cómo me bajo del techo sin que abuelo me ensarte con el palo. Ya sé: iré por entre las canales de zinc como si fuera un gato, y cuando él menos se lo piense, me tiro de una canal y salgo corriendo. ¡Ah, si pudiera caerle encima a mi abuelo y aplastarlo! Él es el único culpable. Él. Por eso nos reunimos aquí yo y todos mis primos. Aquí, en el techo de la casa, como lo hemos hecho ya tantas veces: tenemos que planear la forma de que abuelo se muera antes de que le llegue la hora.

Esta casa siempre ha sido un infierno. Antes de que todo el mundo se muriera ya aquí solamente se hablaba de muertos y más muertos. Y abuela era la primera en estar haciendo cruces en todos los rincones. Pero cuando las cosas se pusieron malas de verdad fue cuando a Celestino le dio por hacer poesías. ¡Pobre Celestino! Yo lo veo ahora, sentado sobre el quicio de la sala y arrancándose los brazos.

¡Pobre Celestino! Escribiendo. Escribiendo sin cesar, hasta en los respaldos de las libretas donde el abuelo anota las fechas en que salieron preñadas las vacas. En las hojas de maguey y hasta en los lomos de las yaguas, que los caballos no llegaron a tiempo para comérselas.

Escribiendo. Escribiendo. Y cuando no queda ni una hoja de maguey por enmarañar. Ni el lomo de una yagua. Ni las libretas de anotaciones del abuelo: Celestino comienza a escribir entonces en los troncos de las matas.

«Eso es mariconería», dijo mi madre cuando se enteró de la escribidera de Celestino. Y ésa fue la primera vez que se tiró al pozo.

«Antes de tener un hijo así, prefiero la muerte.» Y el agua del pozo subió de nivel.

¡Qué gorda era entonces mamá! Sí que era gorda. Y el agua, al ella zambullirse, subía y subía. ¡Si tú hubieras visto!: yo fui corriendo al pozo y pude lavarme las manos en el agua, y, sin inclinarme casi, bebí, estirando un poco el cuello. Y luego empecé a beber utilizando las manos como si fueran jarros. ¡Qué fresca y qué clara estaba el agua! A mí me encanta mojarme las manos y beber en ellas. Igual que hacen los pájaros. Aunque claro, como los pájaros no tienen manos, se la toman con el pico... ¿Y si tuvieran manos y fuéramos nosotros los equivocados?... Yo no sé ni qué decir. Como las cosas en esta casa andan tan mal: yo no sé, a la verdad, ni en qué pensar. Pero, de todos modos, pienso. Pienso. Pienso... Y ya Celestino se me acerca de nuevo, con todas las yaguas escritas bajo el brazo, y los lápices de carpintería clavados en mitad del estómago.

–¡Celestino! ¡Celestino!

–¡El hijo de Carmelina se ha vuelto loco!

–¡Se ha vuelto loco! ¡Se ha vuelto loco!

–Está haciendo garabatos en los troncos de las matas.

–¡Está loco de remate!

–¡Qué vergüenza! ¡Dios mío! ¡A mí nada más me pasan estas cosas!

–¡Qué vergüenza!

Fuimos al río. Las voces de los muchachos se fueron haciendo cada vez más gritonas. A él lo sacaron del agua y le dijeron que se fuera a bañar con las mujeres. Yo salí también detrás de Celestino y entonces los muchachos me cogieron y me dieron ocho patadas contadas: cuatro en cada nalga. Yo tenía deseos de llorar. Pero él lloró también por mí.

Y nos cogió la noche en mitad del potrero. Así, de pronto, llega la noche en estos lugares. Cuando menos uno se lo imagina, nos sorprende. Nos envuelve, y luego no se va. Casi nunca aquí amanece. Aunque, desde luego, mucha gente dice que sale el sol. Yo también lo digo de vez en cuando. De vez en cuando. De vez en cuando. De...

«Que en la casa no se enteren de lo que han hecho los muchachos», me dijo Celestino, y se secó los ojos con una hoja de guayaba. Pero al llegar a la casa, ya ellos nos estaban esperando en la puerta. Nadie dijo nada. Ni media palabra. Llegamos. Entramos en el comedor y ella salió por la puerta de la cocina. Dio un grito detrás del fogón y echó a correr por todo el patio, lanzándose de nuevo al pozo... Cuando yo era más chiquito, abuela me dio una gallina y me dijo: «Síguela hasta que encuentres su nido, y no vuelvas a la casa si no traes los bolsillos llenos de huevos». Yo solté la gallina en mitad del patio. Salió corriendo. Dio tres revoloteos en el aire. Y desapareció, cacareando por entre las mayas y las espinas.

–Se me ha perdido la gallina, abuela.

–¡Desgraciado! ¡Mejor sería que te murieras!

Celestino se me acercó y me puso la mano en la cabeza. Yo estaba triste. Era la primera vez que me habían echado una maldición. Yo estaba triste y empecé a llorar. Celestino me levantó en alto, y me dijo: «Qué tontería..., debes ir acostumbrándote». Yo miré entonces a Celestino y me di cuenta que él también estaba llorando, aunque trataba de disimularlo. Y entonces comprendí que él todavía no se había acostumbrado. Por un momento yo dejé de llorar. Y los dos salimos al patio. Todavía era de día.

Todavía era de día.

Había caído un aguacero. Y los relámpagos, que no se habían satisfecho con el agua, pestañeaban y volvían a pestañear detrás de las nubes y entre las hojas altas de las matas de cañafístulas. Qué olor tan agradable queda después de un aguacero... Yo nunca antes me había dado cuenta de esas cosas. Me di entonces. Y tragué aire con la nariz y con la boca. Y volví a llenarme la barriga de olor y de aire. Ya el sol no saldría, porque había demasiadas nubes. Pero aún todo estaba claro. Caminamos por debajo de las matas de anones y yo sentía el fango mezclado con las hojas, traspasando los huecos de mis zapatos. El fango estaba frío, y a mí se me ocurrió pensar que estaba caminando por entre la nieve y que las matas de anones eran pinos de Navidad, y que toda la familia estaba en la casa, entre un no sé qué tipo de abejo y bulla, que hasta entonces no había yo oído. «Qué lástima que en este lugar no haya nieve», le dije a Celestino. Pero ya él no estaba conmigo. «¡Celestino! ¡Celestino!», grité yo, muy bajo, como si no quisiera despertarme y encontrarme en mitad de un fanguero.

¡Celestino! ¡Celestino!...

De nuevo volvieron los relámpagos. Mi madre cruzó corriendo la nieve y me abrazó muy fuerte. Y me dijo «hijo». Y me dijo «hijo». Yo le sonreí a mi madre, y luego, de un salto, le abracé el cuello. Y los dos comenzamos a bailar sobre la tierra vestida toda de blanco. En eso los ruidos de las gentes que cantaban y alborotaban en la casa se nos fueron haciendo más cercanos: venían hasta nosotros con un lechón asado en púa y sin dejar de cantar. Todos los primos nos hicieron un coro y comenzaron a darnos vueltas. Mamá me levantó muy alto. Lo más alto que pudieron sus brazos. Y yo vi desde arriba cómo el

cielo se iba poniendo más morado, y un aguacero más grande y más blanco que el que había caído comenzaba a zafarse de las nubes. Entonces yo me solté de los brazos de mi madre y corrí hacia donde estaban mis primos, y allí, todos comenzaron a dar unos saltos altísimos sobre la nieve y a cantar y a cantar y a cantar, mientras nos íbamos poniendo transparentes, tan transparentes como el suelo donde no quedaban garabateados nuestros brincos. Por un momento se escuchó un relampaguear muy fuerte. Vi al rayo derritiendo toda la nieve en menos de un segundo. Y antes de dar un grito y cerrar los ojos me vi a mí: caminando por sobre un fanguero y vi a Celestino escribiendo poesías sobre las durísimas cáscaras de los troncos de anones. Mi abuelo salió, con un hacha, de la cocina y empezó a tumbar todos los árboles donde Celestino había escrito aunque fuera solamente una palabra.

Yo lo vi así: con el hacha, dándole golpes y más golpes a los troncos de los árboles y me dije: «Ésta es la hora: voy a darle una pedrada en la espalda». Pero no lo hice. ¿Y si fallo y no lo mato? Si no le doy bien con la piedra entonces me desgracio, porque abuelo, hecho una furia, me caería encima y me haría picadillo con el hacha.

Yo solo no puedo hacer nada. Aunque algunas veces quisiera hacer tantas cosas. Pero en definitiva nada hago. Un día me dije que le iba a pegar fuego a la casa: me trepé por un horcón hasta el techo y ya cuando había rallado el fósforo y solamente tenía que coger y pegárselo al guano para que todo ardiera como pólvora y no quedara ni un cisco prieto de lo que había sido la casa, me acordé de los pichones de totises, recién salidos del cascarón, que dormían muy tranquilos en el nido, cerca de

Fuimos a recoger caimitos y lo único que encontramos fue unas guayabas verdes.

Mi abuela

las canales. Me acordé de ellos y me dio mucha pena.

Y no hice nada. Y me bajé del techo diciéndome: «Bueno, cuando crezcan los pichones y salgan volando por ahí, entonces le pegaré fuego a la casa sin tener problemas de ninguna clase». Y cuando estaba en el suelo sentí un cujazo enorme que me hacía pedazos la espalda y que casi me traqueteaba las costillas.

—¡Desgraciado! ¡Te he dicho que no te encarames en el techo de la casa, que ya escampa más rápido afuera que adentro, por los juracos que tú le has abierto, de andar caminando siempre por sobre las pencas de guano y las canales! ¡So faino! ¡Ponte a trabajar!

Y otro cujazo. Y otro. Y otro, del abuelo, que me estaba esperando, muy tranquilo, debajo de las canales y que había cogido tanta puntería mientras yo bajaba que ahora me enredaba y me volvía a enredar entre el cuje, que hacía «fuzzz» en el aire, de la furia con que abuelo lo impulsaba para estrellármelo en el lomo. ¡El muy maldito! Me cogió de sorpresa y no supe ni qué hacer al verme con los cujazos encima. Inclusive me dio mucho sentimiento y hasta tuve ganas de llorar. Pero luego me fue entrando una rabia tan grande por dentro que creo que hasta cambié de color y todo. Y luego di un grito grandísimo y salí rumbo al sao a todo correr, con el viejo detrás, echándonos maldiciones y tropezando con los troncos de las matas que él había tumbado. ¡Qué bonito es el sao! A mí me encanta.

Llegué a él y me tiré sobre el primer yerbazal que encontré, y no sentí siquiera ni los pinchazos de los abujes, ni los de las chinches de monte. Yo me acomodé lo mejor que pude, de espaldas a la yerba y mirando las nubes.

Y comencé a comer papitas cimarronas de una mata que estaba al alcance de mi mano. Dos nubes muy grandes chocaron una con la otra y se hicieron añicos.

Los pedazos cayeron sobre mi casa y la tiraron al suelo. Nunca pensé que los pedazos de nubes fueran tan pesados y grandes. Cortan como si tuvieran filos y uno de ellos se llevó en claro la cabeza de mi abuelo. Mis primos andaban por el río y se pudieron salvar. A mi abuela no hay dios que la

encuentre, y al parecer las nubes la hicieron añicos y las hormigas se llevaron los pedazos. Yo echo a correr desde el saó hasta la casa, sepultada por el nuberío, y al llegar sólo puedo ver un brazo de mi madre y un brazo de Celestino. El brazo de mi madre se mueve algo entre los escombros y los tiznes. (Porque en esta casa el humo del fogón no tiene por donde salir, pues solamente hay una ventana en el comedor y por eso toda la casa estaba siempre tan negra como el fondo de un caldero.)

–¡Sácame, que ya me ahogo! – me dice la voz de mi madre, y su brazo se agita y da saltos y más saltos.

A Celestino no lo oigo decir ni media palabra. Su brazo, que casi no sobresale entre el tiznero y los palos, está muy quieto y su mano casi parece acariciar las vigas y las pencas de yarey negro que lo van asfixiando.

–¡Sácame! ¡Coño!, ¡que soy tu madre!

–Voy ahora mismo. ¡Voy ahora mismo!

Y, sonriente, me acerco hasta donde se encuentra la mano tranquila y fría de Celestino, y empiezo a levantarle los escombros de encima. Hasta que ya, casi oscureciendo, logro rescatarlo.

La tormenta de nubes se ha calmado un poco, y un aguacero muy fino lo va poniendo todo de un color casi transparente y blanquísimo. De entre esa neblina de agua que casi no llega a caer, veo a mi madre que se me acerca con una garrocha entre las manos.

Los abujes me han picado en toda la espalda, pero yo no sentí cuando me picaron. Estaba tan embelesado. Mi madre pasa por encima del mayal sin cuidarse de las espinas, y luego alza el vuelo.

Ya está frente a mí. En mitad del saó y apuntándome con la garrocha a la garganta.

–¿Por qué no me salvaste? ¡Desgraciado! – Mamá aprieta más la garrocha y yo siento un cosquilleo frío, que ya me va traspasando el pellejo del cuello-. Yo soy tu madre.

En este saó se perdió una vez mi prima Eulogia. ¡La pobre Eulogia!, salió a buscar leña y no volvió más nunca a la casa. Ni con la leña ni sin ella.

–Contesta: ¿por qué no me salvaste si yo soy la mujer que te ha parido?

Algo debe de haberle pasado a la prima Eulogia que no ha regresado todavía. Todos la esperamos en el comedor, sin decirnos ni media palabra: mirando para el suelo o para la única ventana. Pero sin decirnos nada.

–¡Eulogia!

–¡Eulogia!

Abuela llora porque ella sabe que si Eulogia se pierde abuelo se ahorca. Yo lo siento por Eulogia. Pero por abuelo me alegraría que se perdiera.

–¡Yo no tengo hijo! ¡Y lo que tengo es una bestia!

Dios te salve María, llena eres de gracia. Bendito sea el fruto de tu vientre, Virgen María, que aparezca Eulogia, porque si no te echo a la candela...

Padre Nuestro que estás en los cielos...

–¡Bestia! ¡Bestia! En vez de salvar a tu madre, dejas que se asfixie en el tiznero.

Pobre Eulogia... Cuando salió para el monte yo vi que iba llorando. Había acabado de salir del cuarto de abuelo y yo vi que iba llorando. ¡Pobre Eulogia! Si ella no fuera tan boba como es no hubiera dejado que abuelo se le encaramase encima como lo hizo. Pero ella es la esclava de esta casa y todo el mundo se le encarama encima. Y hacen de ella lo que les da la gana. Hasta yo una tarde tumbé a Eulogia detrás del guaninas y me le encaramé arriba. Ella no dijo ni pizca de palabra: rebuznó como una mula cuando le dan cuatro estacazos, y comenzó a sudar gordo.

¡Pobre Eulogia! Se fue llorando de la casa, mientras abuela le peleaba a más no poder y mamá le tiraba el agua sucia del fregadero en la cabeza.

–¡Condenado! El único hijo que tengo y que me haya salido un caballo. ¡Qué destino tan triste el mío! ¡Si debí haberme muerto antes de venir al mundo!

Yo sé bien que Eulogia no se perdió en el monte, como quiere hacérmelo creer toda mi familia. Y si no ya verán como cualquier día la encontramos, amarrada del cuello por un bejuco: guindando tan alto casi como las mismas cencerenicas, que no bajan a la tierra nada más que a beber agua, y eso cuando no encuentran alguna gota entre las hojas de las matas, y tienen tanta sed que no pueden ni alzar el vuelo. ¡Que si no fuera por eso no *bajaran* nunca!

¡Quién fuera una cencerenica!... Yo no tomaría agua ni aunque la garganta se me secara como una piedra.

El filo de la garrocha penetra muy fresco por entre mi cuello. Yo me arreguindo con las manos a las piedras y las yerbas, y siento ese frescor que ya me va llegando hasta la campanilla.

Quisiera poder escaparme.

Aunque a la verdad no sé si lo quisiera. Y creo que si me dejaran libre le diría a mamá que me volviera a pinchar con la garrocha. Se lo diría y hasta me arrodillaría delante de ella para que lo hiciera; y también le diría que le sacara más filo a la garrocha.

–¡Maldito! ¡Maldito!

A medida que el frescor va cogiendo toda mi garganta me voy dando cuenta de que mi madre no es mala. La veo así, enorme sobre mí, y se me parece a un tronco de úpito, de esos que la gente coge para amarrar las bestias. Sin darse cuenta nunca que el úpito se ha ido secando de tantas amarras y sogazos que lo han cruzado.

Mi madre se va volviendo hermosa. ¡Qué hermosa! Qué linda con su falda de saco y la blusa grande que le robó a Eulogia. Yo quiero a mi madre y yo sé que ella es buena y me quiere. Yo nunca he visto a mi madre. Pero siempre me la imagino así como ahora: llorando y acariciándome el cuello en un no sé qué tipo de cosquilleo fresco y agradable.

Debo imaginarla de esa forma y no de la otra.

–¡Desgraciado muchacho! ¡Si yo lo que debía hacer era ahorcarme ahora mismo!

Tengo deseos de levantarme y abrazarla. De pedirle perdón y llevármela lejos donde ni abuela ni abuelo nos mortifiquen. Tengo deseos de decirle: «Madre mía, madre mía, ¡qué bonita estás hoy con tantas campanillas en el pelo! Te pareces a una de esas mujeres que solamente salen en las postales de Navidad. Vámonos de aquí ahora mismo. Recojamos las cosas y larguémonos ya. No estemos ni un segundo más en esta casa horrible, que se parece al fondo de un caldero. Vámonos ahora, antes de que el condenado de abuelo se despierte y nos haga levantar para que ordeñemos las vacas.

«Vámonos ahora mismo porque de día no podremos salir».

–¡Madre mía! ¡Madre mía!...

Y no dije más nada. Lo que tenía pensado se me hizo un rollo en la garganta. Chocó con la punta de la garrocha que ya me traspasaba. Y no salió por la boca. Por un momento mi madre se quedó paralizada: escuchándome. Todo el saó sabe que yo le he dicho *madre mía*. Todo el cerro también lo sabe y ahora lo repite lo repite lo repite en un no sé qué tipo de eco casi tan cercano como mi propia voz.

Mamá se queda lela. Me saca la garrocha del cuello. La tira sobre la yerba. Se lleva las manos a la cara y da un grito enorme.

Enorme.

Enorme.

Enorme.

Y echa a volar, cruzando ya el mayal viejo y entrando en la casa por los huecos tan grandes que yo

he abierto en el techo con mis subidas y bajadas, buscando los pichones de totises o reuniéndome con mis primos muertos.

Yo no sé qué hacer. El cuello me arde mucho. Me paso la mano por él y resulta que no tengo nada. Ni un rasguño siquiera. Las hormigas bravas me han comido toda la espalda y los abujes ya empiezan a treparme por la cara. Mi madre ha desaparecido y es casi ya de noche. Si pudiera llegar a la casa sin que nadie me viera y sin que ella me empezara de nuevo a jurgar con la garrocha, o abuela me echase un poco de agua caliente en el lomo.

—Sí, puedes. Esta noche sí puedes -me dice una bandada de totises, que pasan volando muy alto y todos en filas, uno tras el otro. Pero, ¡cómo es posible que esos totises me hayan hablado! No lo creo. Vuelvo a mirar al cielo y la línea negra de sus alas es recta y perfecta: el viaje de los pájaros ha continuado y ya yo nunca podré saber la verdad.

Entonces empiezo a llorar.

Me gusta pasear de noche, cuando nadie me ve. Sí. Me gusta porque ahora puedo caminar en un solo pie. Desparramarme en la punta de un tronco y bailar sobre él, haciendo equilibrios. Hacer veinte murumacas, todas distintas. Revolcarme en el suelo y echar a correr de nuevo, hasta perderme entre la neblina y entre los gajos de la mata de higuillos, que aún se mantiene en pie. Me gusta estar solo y empezar a cantar. Celestino se me ha acercado y me ha pedido un trago de agua. «De dónde.» «De dónde», le digo yo y le enseño mis manos vacías. Aunque a la verdad es que yo tengo muy mala memoria y nunca puedo aprenderme bien una canción. Pero no importa: yo las invento. Casi me gusta más inventarlas que aprendérmelas de memoria.

Ya estoy inventándola.

Que nadie me oiga, porque no sé si esta canción servirá para algo. Que nadie me oiga, porque me daría mucha pena que me oyeran. ¡Qué pena si mis primos me sorprenden cantando cosas inventadas y caminando en un solo pie por entre los troncones de las matas! ¡Qué vergüenza si me oye alguien! ¡Qué vergüenza!

Luego fue mi madre la que vino a pedirme agua. Me dijo: «El pozo se ha secado. Qué voy a hacer ahora: me estoy muriendo de sed». Yo no le respondí. Le enseñé mis manos húmedas y me las metí en los bolsillos del pantalón. Ahora todo se ha puesto transparente. Esta noche veo las cosas muy bonitas. ¿Será que son así? O es que yo las veo diferente a todos los demás. No sé. Pero de todos modos, y aunque, según mi madre, éste es el lugar más feo del mundo, yo no lo creo así y hay muchas cosas que son muy lindas. La misma casa -que algunas veces quisiera pegarle candela- yo sé que no es fea, y aunque se está cayendo y las gallinas la cagan todas las noches (porque la mayoría de las condenadas gallinas duermen en el techo de la casa), hay lugares donde no cae ni una pizca de mierda, y todo luce bien. Aunque la gente dice que es mentira y que en esta casa no hay ni un rincón donde se pueda respirar. Pero sí lo hay: yo me voy algunas veces, cuando estoy muy furioso, para la esquina del corredor, donde en un tiempo hubo una ventana grande con rejas de hierro y ahora solamente quedan las rejas pegadas a la pared. Me voy para esa esquina, debajo del panal de avispa bravas. Y me siento en el quicio del corredor. Yo me quedo allí sin hacer bulla y sin moverme casi para no enfurecer a las avispa. Y empiezo a sentirme muy tranquilo. Yo no sé por qué será. Quizá sea porque es un lugar lleno de hojas verdes. Pues la enredadera de yucayedra, que está en ese rincón, ha crecido bastante y la mata de pensamiento chino ya está más grande que yo. Sí: debe de ser porque hay muchas matas y uno casi se confunde entre tantas hojas y tallos y se va sintiendo mejor. Y cuando llueve, ese rincón del corredor es más bonito todavía porque los capullos de los tulipanes se llenan de agua y cuando se les sacude el agua le cae a uno arriba, tan fría y fresca que cualquiera diría que son pedazos de granizo. Una vez, abuela se metió debajo de los capullos de tulipanes y yo los sacudí. Y le cayó un chaparrón congelado en la

cabeza. Menos mal que yo eché a correr, porque si no, la muy desgraciada y mal agradecida me hubiera sembrado junto con los tulipanes... Se puso tan brava que quería cortar las matas arrente al suelo. Pero en ese momento llegaba abuelo del monte. Y, por llevarle la contraria a abuela (ya que a él no le importan las matas y le da lo mismo que en el corredor haya una de tulipán o una de guao), le dijo: «Cuidado con tocar una de esas matas». Y por ahí empezó la bronca. Y desde entonces abuela le ha cogido un odio a las matas del corredor que no las puede ver. Y un día yo vi cómo ella le echaba agua hirviendo al tronco de los tulipanes para que se secaran. Entonces yo fui corriendo y se lo dije a abuelo; y él la cogió por el moño y la llevó hasta el fogón, y agarrándole las dos manos, se las zambulló entre el agua que borbotoneaba en la olla. Abuela se quejó con un resoplido fuerte, como una vaca cuando le dan una pedrada en el pecho. Pero no volvió a echarle agua hirviendo a las matas del corredor. Y ahora yo me revuelco tranquilo entre las hojas, y algunas veces me siento tan bien allí que empiezo a escarbar y a comerme las raíces de los tulipanes. ¡Qué sabrosas son las raíces de los tulipanes! Siempre están frías y tienen un sabor a mermelada amarga, que a mí me emborracha y me deja tan alegre que al poco rato ya estoy durmiendo entre la hojarasca. Aunque algunas veces las avispas se enfurecen allá arriba, en el panal, y me caen, enrolladas, en la cara y hasta me dan dos o tres picotazos y todo. Pero eso es algunas veces. Las más no me pasa nada y yo puedo dormir muy tranquilo durante una o dos horas... ¡Sí que este lugar tiene cosas muy lindas! Y la misma gente no es tan fea como dicen. Mi propia madre, que algunas veces se porta tan furiosa, hay algunos momentos en que parece distinta... Y todavía me acuerdo que un día, cuando yo venía del pozo con las dos latas de agua al hombro, ya casi llegando a la casa, di un resbalón y me caí. Entonces me entró una tristeza tan grande que lo único que pude hacer fue revolcarme contra el charco de fango que se había hecho en el suelo, y empezar a llorar. Y mi madre, que me estaba mirando desde la puerta de la cocina, vino caminando hasta mí y yo me dije: «Ahora seguro que me cae a trompadas». Pero no lo hizo. Sino que se agachó sobre el fanguero y me pasó la mano por sobre la *cabeza* muy despacio como si quisiera alisarme el pelo -que siempre lo tengo tan revuelto, que abuelo dice que parezco una escoba al revés-. Yo me quedé muy sorprendido. Miré a mi madre, y, no sé, porque todavía era muy temprano y había mucha neblina, pero me pareció como si estuviera llorando... Desde entonces, cuando me caigo con las latas de agua en mitad del patio, me quedo muy tranquilo, esperándola. Aunque algunas veces me equivoco y en vez de pasarme la mano por la cabeza lo que me pasa es un garrote. Pero de todos modos ya *yo no* podré sacármela de la memoria así corrió así. Y siempre me la imagino agachada junto a mí en el fanguero y pasándome la mano por la cabeza, mientras sus ojos comienzan a brillar y a brillar a través de la neblina enorme que cubre todos estos lugares por las mañanas... Eso es otra de las cosas que me gusta de este barrio: la neblina. Tan blanca... Estirar las manos y no vérselas casi... Y si me las veo, me las veo tan blancas que no parece que fuesen mis manos... El mismo abuelo, que está tan negro de tanto sol que aguanta, cuando es de mañana yo lo veo caminar por el potrero y parece un poco gigante, de lo blanco que se ve detrás de la neblina. Por eso yo todas las mañanas me levanto bien temprano y me vengo para acá y me subo hasta lo más alto del potrero, donde están las matas de mango, y me quedo horas y horas embelesado, mirando qué linda se ve la casa llena de neblinas, pues es casi como una casa de esas de cuentos. De esas que solamente salen en los libros como el que traía Celestino el día en que apareció por primera vez en la casa, asustado, y del brazo de su madre muerta... Y hasta que el sol no está así de grande y empieza entonces a achicharrarlo a uno, las cosas no dejan de verse bonitas. Es una lástima, a la verdad, que no se pueda vivir siempre entre este neblinal, porque así las cosas serían diferentes siempre y mi abuelo fuera siempre un viejito muy blanco. Alegre y húmedo. Caminando por sobre la yerba también blanca. Y la casa -si nunca saliera el sol- fuera también una casa de cuentos como la de la portada del libro de Celestino, y quién sabe si hasta mi madre, en vez de darme un janazo de vez en

cuando, lo que hiciera siempre fuera pasarme la mano por la cabeza, pues hay que tener en cuenta que el día en que lo hizo de verdad había mucha neblina... Sí. Yo creo que es el sol, con *este* resplandor tan enorme, quien siempre tiene la culpa de que las cosas se pongan tan feas y de que la gente se enfurezca por cualquier bobería. Por eso es que tengo muchos deseos de que llegue ya el invierno. Aunque aquí es tan corto que pasa y casi ni nos damos cuenta. Pero que llegue, aunque sea por un día; para dejar caer de nuevo las latas de agua...

Es ya de medianoche. Posiblemente mañana sea un día de mucha neblina.

–¡No tumbes la mata de higuillos que en ella tengo preparado un resguardo! – le grita mi abuela a abuelo, que ya ha tumbado casi todas las matas donde Celestino ha hecho algún que otro garabato.

–¡Cómo que no la tumbe! ¡Si el muy condenado la ha llenado de palabras raras!

–¡Deja! ¡Deja esa mata, que ella es la que impide que le caiga un rayo a la casa!

–¡Si supieras leer, no dirías que no la tumbara!

–¡Que no la tumbes te digo! ¡Suelta esa hacha!

–¡Estáte tranquila si no quieres que te abra la cabeza de un hachazo!

Abuela y abuelo han empezado otra vez a fajarse. Los dos se agarran del hacha y ninguno quiere darse por vencido. ¡Condenados viejos! ¡Ojalá que el hacha se le entierre a alguno en la barriga! Pero, ¡qué va!: estos viejos son más duros que una piedra de esmeril. «Cien años pienso vivir», dice abuelo todas las noches para quitarnos la esperanza a los demás. «Y yo te he de enterrar», le contesta abuela entonces. Y mamá y yo quedamos desilusionados. Y lo más triste es que es verdad: lo mismo abuela que abuelo tienen más salud que un burro cerrero y yo creo que no se mueren ni aunque les caiga un rayo encima. ¡Viejos condenados! Se arreguindan hasta de un clavo ardiendo. Pero no se dan por vencidos.

–Comiendo boniato crudo estuve más de dos meses.

–A mi segunda hija la parí en el río. A ella se la llevó la creciente, pero a mí sí que no hay baliza que me enrolle.

–De los doce que bajamos a la mina el único que salió fui yo. Los demás me ayudaron a salir. Pero en cuanto estuve fuera eché a correr. ¡Tú no sabes lo peligroso que es ayudar a alguien que está perdido! Casi siempre termina uno perdiéndose también. Pero yo pensé las cosas y eché a correr. ¡Y aquí me ves!

Un caballo ha salido corriendo de atrás de la casa y corriendo se ha perdido entre la neblina. Yo lo veo confundirse entre el blanquizal y una alegría muy grande me va entrando poco a poco. Aunque no puedo decir por qué.

Cómo ha hecho garabatos en los trozos. Si yo supiera leer, sabría qué es lo que ha puesto en todas esas matas. Debe de ser algo muy importante. Debe de ser algo muy importante porque mientras escribe no le hace caso ni a los truenos, que le revientan en su cabeza.

–¿Adónde vas con ese muchacho?

–A la escuela. Él no será salvaje como ustedes ni pasará el hambre que yo he pasado.

–¡A la escuela con el burro, a ver si toca la flauta!

–Mira que la gente es mala: no quieren que uno prospere. Pero tú vas a estudiar. ¡Me oíste!, a estudiar o te abro la cabeza y te meto las letras adentro.

Qué de muchachos hay en esta escuela. Y el único que viene con la madre a costas soy yo. ¡Qué vergüenza!...

–Miren. Ése trajo a la madre de banderola. – ¡Parece un sijú platanero! – ¡Y la madre tiene cara de lagartija! – El hijo de la lagartija. ¡El hijo de la lagartija! – Aquí te dejo con la maestra. Ya sabes: haz lo que ella te indique.

–¡Pégale ahora que lo tienes bajo! ¡Pégale ahora! – ¡Maten al sijú platanero!... -¡Maten al sijú platanero!... -¡Llora como una mujer!

–¡El hijo de la lagartija está llorando como una mujer! – Es de la misma calaña que Celestino: ¡pantalones por fuera, pero sayas por dentro!

–¡Es el primo de Celestino! – ¡El primo! ¡El primo! – ¡Pégale ahora! – ¡Abre la boca!

–¡Métanle este mojón de caballo en la garganta! – ¡El primo de Celestino el loco! ¡El primo de Celestino, el que escribe poesías en los troncos de las matas!... –¡Los dos son mariquitas! – ¡Mariquitas! ¡Mariquitas! – ¡Hazle comer el mojón de caballo! – ¡Ciérrense las portañuelas!...

–¡Otra vez te han vuelto a pegar los muchachos de la escuela! ¡Comemierda! ¿Es que tú no tienes brazos para defenderte? ¡Tan grande y tan bobo! ¡La próxima vez que vengas lleno de golpes y con la ropa cagada soy yo la que te voy a dar el remate, para que no seas sanaco!

–Ahí viene otra vez el primo de Celestino. Vamos a caerle a patadas...

–Pero qué te pasó. ¡En qué fanguero te has revolcado! ¡Y esa peste a mierda de gente! ¿Quién fue el que te cagó la cabeza? ¡Contéstame si no quieres que te saque las palabras con la funda del machete! ¿Quién fue el que te hizo eso?... ¡Desgraciada de mí! ¡Si yo siempre dije que debería haberme muerto antes de nacer en este maldito lugar! ¡Coño! ¡Qué cansada estoy! ¡Cualquier día cojo un lazo y me lo pego al cuello! ¡Ve al palanganero y lávate la cabeza!

La casa se ha quedado pelada en mitad del potrero, sin otro árbol que no sea la mata de higuillos que abuela

Bah, hagamos todas las muecas posibles.

Arthur Rimbaud

no dejó que se la tumbaran. ¡Qué fea es la casa sin ningún árbol! Está tan jorobada que casi las paredes se arrastran por el suelo. Y yo pienso que cuando llegue el tiempo de los ciclones esta casa no va a aguantar ni las primeras brisas. Entonces la casa se nos caerá encima y correremos empapados a meternos debajo de las matas, pero como ya no hay matas: ¿dónde nos meteremos cuando llegue el ciclón y tumbe la casa...?

Celestino está llorando detrás del mayal. Si a Celestino le da por escribir poesías en las hojas de las mayas, abuelo seguro que le pega candela al mayal.

El mayal está ardiendo por los cuatro costados, y un pichón de aura salió volando con las alas encendidas y se tiró sobre el techo de la casa. El techo cogió candela y ahora toda la casa está ardiendo también. El pichón de aura cae achicharrado en mitad de la sala...

–Padre nuestro que estás en los cielos...

Abuela cae de rodillas y levanta al pichón.

–¡Agua!, ¡traigan agua para apagar el fuego!

Mi madre es la bestia de carga: corre del pozo a la casa y de la casa al pozo con los catauros al hombro, llenos de agua, y pujando a más no poder.

Abuela se arrodilla en el patio y levanta el pichón de aura lo más que puede, estirando bien alto las manos. Luego empieza a bailar y a dar brincos, y sale corriendo como una centella hacia la mata de higuillos. Allí da un salto muy grande y, de pronto, se convierte en un pájaro muy raro, que da gritos como si fuera una mujer. El pájaro se queda quieto en el capullo altísimo de la mata de higuillos, y yo le caigo a pedradas. Pero tengo tan mala puntería que lo único que hago es espantarlo.

Y volando se pierde por el aire, confundándose con las auras.

–El fuego se ha apagado; y Celestino todavía está llorando detrás del mayal. ¡Pobre Celestino! Yo le tengo tanta lástima, y él también me la tiene a mí.

Yo sé que él me la tiene a mí aunque nunca me lo ha dicho. Yo sé que él me la tiene desde el día en que abuelo me levantó por el cuello y me dijo: «Hijo de puta y de matojo; aquí tú comes porque yo quiero. Así que ve a buscar los terneros si no quieres que te saque a ti y a tu madre a patadas de esta casa».

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo! ¡Hijo de matojo! ¡Hijo de matojo! ¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

–Condenados terneros. Hoy no aparece ninguno. ¡

Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

–¡Desgraciados! ¡Caminen si no quieren que les rompa las patas a pedradas!...

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

¡Hijo de matojo!

–Desgraciados. ¡Caminen!... Lo de puta no me importa porque lo sé. Pero eso de «matojo». ¿Qué

querrá decir eso de «matojo»?

–Mamá. ¿Qué quiere decir hijo de matojo?

–Sácate el dedo de la boca, ¡comemierda!

–Mamá. ¿Qué...?

–Que te saques el dedo de la boca. ¡Coño!

Qué tristeza tan grande traigo esta noche yo auestas y no sé ni a quién decírsela. Ya sé: se la diré a Celestino... Pero no: el pobre ya tiene bastante con sus problemas.

Qué tristeza tan grande. En el potrero di un resbalón y me partí una rodilla. De veras que me la partí y eché muchísima sangre. Los terneros se me fueron corriendo y uno se perdió más abajo del río. Cuando le dije a abuelo lo del ternero perdido, él no me dijo nada: fue hasta el manigual. Sacó el machete de la funda y cortó un gajo largo y fino de una mata de tribulillo. Peló despacio el gajo. Lo adobó bien. Luego lo batió en el aire y me dijo: ven acá.

Yo fui.

–Párate y quédate quieto.

Y yo me paré junto a él y me quedé muy quieto. Entonces él empezó a darme fuetazos. Primero en la espalda. Luego en el cuello. Después en la cabeza y por último en la cara y cuatro en las manos.

Yo no dije nada ni lloré, y esto parece que lo enfureció, pues me dio dos fuetazos, de contra, en la punta de la nariz; y yo pensé: «Con tal de que no me coja los ojos no hay problemas». Y no me cogió los ojos.

Luego parece que se cansó. Tiró el fute roto al suelo y salió a buscar el ternero extraviado. Yo lo vi alejarse y sentí primero un alivio y luego una rabia muy grande. Muy grande. Tan grande, que pensé arrancar una estaca y clavársela en la espalda. Sentí deseos de eso. Pero no lo hice: abuelo es muy bicho y hubiera adivinado hasta mis pensamientos si llego a coger la estaca, y en estos momentos sería yo el que la tuviera clavada en mitad del pecho. «Ya me la pagarás», dije. Y empecé a llorar de rabia. Y mientras lloraba me acordé que todavía no sabía siquiera lo que quería decir «hijo de matojo».

El mayal terminaba de arder. Por sobre las cenizas, donde todavía chispea alguna que otra brasa, cruza Celestino, con una estaca clavada en el pecho.

–¿Qué te han hecho?

Le pregunté a Celestino mientras trataba de sacarle la estaca del pecho.

–Déjala -me dijo él sonriendo-. Déjala, que ya saldrá por su cuenta.

Y siguió caminando por sobre la tierra chamuscada y llena de tizones encendidos que chisporroteaban y estallaban como si fueran cohetes. Sí. Como si fueran cohetes y estuviéramos ya en las fiestas de Año Nuevo. Yo traté de seguir caminando al lado de Celestino, para ver si lo convencía y dejaba que le quitara la estaca. Pero, ¡qué va!: yo no tengo las patas de hierro para caminar así como si nada por arriba de un brasal al rojo vivo. Y desistí de la idea. Entonces me quedé solo y la tristeza grande volvió a traquetearme en el estómago. «Hijo de matojo», me dijo una lagartija, mientras se achicharraba, y me lo dijo en un tono muy burlón. Yo le fui a dar una patada, pero el pie se me asó, casi, antes de haberla tocado. Y seguí cojo durante todo el camino que va hasta el río. ¡Qué ardor tan grande en el pie! Si pudiera me lo cortara. Pero no: ya estoy casi llegando al río. Si no fuera porque ya lloré hace un rato, empezaría a llorar de nuevo. De pronto me acuerdo que por primera vez Celestino me ha hablado. Sí: ¡me habló cuando yo traté de arrancarle la estaca del pecho! ¡Me habló! ¡Me habló!

Y ya se me han quitado las ganas de dar gritos.

Y casi es de madrugada. Otra vez de madrugada. Y detrás de las nubes va apareciendo un resplandor casi blanco que me hace distinguir los troncos de los árboles y me impide tropezar con ellos. Yo empiezo a correr y siento como si un granizal se me viniera encima y me fuera refrescando la frente y

los ojos.

–¡Apúrate con esas latas de agua! ¡Muchacho!

–¡Ya voy! ¡Ya voy! Con este sol que raja las piedras y yo cargando agua como si fuera un mulo.

–¡Que camines! ¡No me estás oyendo!

–¡Espérate que tengo que descansar!

–¡Eres más haragán que un horcón! Yo no sé por qué no me partió un rayo antes de tener un hijo así.

–Ya voy te dije -como si no pesaran estas latas llenas de agua. ¡Y ya con éste es el quinto viaje que doy al río! Sí. Al río, porque el pozo en los tiempos de seca no tiene ni una gota de agua. Y ahora yo soy el que tiene que joderse cargando agua en vara desde el río hasta la casa.

–¡Apúrate que las matas de sandoval se están achurrando!

–¡Ya voy! ¡No ves que estoy descansando!

–¡No le contestes a tu madre! ¡Vejigo malcriado!

Y estoy más aburrido que el carajo. Tengo que cargar agua para que abuelo se lave las patas. Para que abuela se enjuague el moño -aunque menos mal que abuela sólo se lava la cabeza una vez al mes-. Pero de todos modos el agua tengo que cargarla yo. Y también tengo que cargar agua para que mi madre se bañe y riegue las matas. Porque ella tiene la manía de regar todas las matas que están enfrente de la casa. ¡Yo tengo que reventarme para que ella le eche agua hasta a las matas de apasote! Con éste van cinco viajes, y todavía tengo que llenar el barril y las tinajas. Y lo peor es que las tinajas se salen y nunca puedo terminar de llenarlas...

–¡Pero es que no piensas llegar con el agua!...

En el tinajero hay un sapo...

–¡Muchacho!

Siempre hay un sapo en el tinajero y yo sé bien que es el mismo sapo el que está allí todos los días. Dicen que si uno pincha a un sapo con un palo, el sapo le echa leche en los ojos y uno se queda ciego. Pero eso es mentira, porque a ese sapo yo lo he zarandeado hasta con las manos, y yo veo todavía más de la cuenta...

–Camina con las latas de agua si no quieres que te dé un estacazo.

–¡Ya voy! ¡Ya voy! – cómo pesan estas latas. Deja ver si puedo levantar la vara con las dos latas en una sola punta... ¡Pas!, allá van rodando las dos latas de agua. Ahora mi madre me sacará los ojos como si ella fuera el sapo.

–¡Ya botaste el agua! ¡Prepárate, porque voy a llenar las latas con el zumo que te saque de las costillas! ¡Prepárate, desgraciado!

Huyéndole al sapo me he encaramado en lo más alto de la mata de higuillos. Pero el sapo ha venido detrás de mí y me grita: «¡Deja que te coja que te voy a sacar el agua de las costillas!». Pero ya yo estoy muy alto y no creo que él se pueda trepar hasta acá arriba. De todos modos sigo encaramándome hasta el capullo. Ya estoy en lo más fino y alto de la mata. El sapo ha comenzado a treparse despacio, pero seguro, por el tronco del higuillo.

–¡Deja que te coja que te voy a dejar ciego!...

Este gajo casi ni me sostiene, y si caigo al suelo me hago picadillo, y si bajo de la mata, el sapo me sacará los ojos.

–¡Deja que te coja para que aprendas a respetar a tu madre! ¡Vejigo malcriado!

El sapo se ha empezado a inflar y ya es enorme. Yo no sé ahora qué hacer. El sapo da un salto y me coge por el cuello.

–¡Te sacaré los ojos!

Abre la boca enorme y me tira un poco de leche ardiendo, que comienza a achicharrarme la cara y

me deja ciego. Yo trato de zafarme de sus patas pegajosas, y, enredados, vamos cayendo al suelo.

Quisiera saber dónde ha pasado la noche Celestino. Y dónde ha dormido si es que ha dormido. Y si ha podido sacarse la estaca del pecho. Ojalá no le haya dado por seguir escribiendo poesías en los troncos de las matas, pues nos vamos a quedar viviendo en medio de un desierto.

Llego a la casa saltando de tronco en tronco, y lo primero que veo es el techo blanco entre la neblina y a todos mis primos encaramados en él, dándome gritos y más gritos, mientras cantan canciones mudas que solamente ellos y yo podemos entender. De un salto me llego hasta las canales y me encaramo en el techo. El coro de primos se me acerca sin dejar de brincar y todos a un tiempo me dicen:

–¿Por qué nos has hecho esperar tanto? Bien sabes que desaparecemos en cuanto sale el sol. ¡Qué desconsideración! Esta neblina es lo único que nos protege contra la gente. ¿Es que ya no quieres matar a tu abuelo?

–¡Sí, quiero! ¡Sí, quiero!...

–Entonces por lo menos debes ser puntual a la cita que tú mismo nos diste.

–Es que Celestino está perdido en el monte y me he pasado toda la noche buscándolo...

–¡Mentira! Celestino duerme detrás del cocal y tú no lo andabas buscando ni *cabeza* de un pato. Sino que te has pasado la noche brincando de un tronco para otro y dando maullidos como un perro desconsolado...

–De todos modos no dejé de pensar en él.

–Ahora es el momento de que lo salves.

–Dígame: ¿cuándo puedo matar a abuelo?

–Cuando puedan pensar que tú no lo has matado.

–¿Cuándo?

–Cuando haya mucha gente en la casa.

–¿Solamente en la fiesta de Navidad?

–Solamente en la fiesta de Navidad.

–Entonces, ¿ni siquiera ese día podré emborracharme?

–Ese día no. Pero todos los demás podrás.

–¿Y mi madre?

–Dios la tenga en la gloria.

–¿Y mi abuela?

–Ahora es mejor que dejes tranquila tu imaginación, pues en cuanto dejes de soñar y duermas más, ellos no te habrán de molestar. No pienses, o piensa menos: Celestino es el único que queda aún vivo y nosotros tenemos que protegerlo. Tú eres el elegido: sálvalo. Pero mejor será que nos vayamos antes que el condenado sol nos derrita. ¡Qué lástima que para nosotros sea tan corta la noche! Ya sabes: piensa menos, sueña más, y duerme, y duerme, y duerme, y duerme, y duerme, y duerme, y duerme...

–¡Duérmete! – dijo mi madre y comenzó a balancearme en el sillón del fondo descosido. ¡Pobre mamá!, siempre meciéndome para que yo me pueda dormir tranquilo. ¡Pero que no se piense que con cuatro mecidas en el sillón yo me voy a quedar dormido! ¡De eso nada!: a mí tienen que cantarme la *Aceitera vinagrera* y hacerme por

Deseo, cuando recibas esta carta, te encuentres bien. Yo estoy bien. Te mando una lata de jamoneta china. No dejes de comértela. Es de la buena...

Mi madre

lo menos dos o tres cuentos, pero que no sean los mismos de siempre ni los que ya he oído alguna

vez. No: tienen que ser cuentos distintos siempre. Otros cuentos diferentes a los que siempre me cuenta abuela.

Aserrín aserrán

las maderas de san Juan

los de Juan piden pan

los de Enrique alfeñique...

–¡No, ése no, que ya yo me lo sé!

–Aceitera vinagrera pellizquito mágico...

–¡Tampoco! Ése me lo has hecho muchas veces ya.

–Eran tres hormigas que vivían en una jicotea...

–¡Tampoco! ¡Tampoco!...

–¡Dale cuatro trompadas a ese muchacho para que se acabe de dormir! ¡Tan grande y tan

sinvergüenza! ¡Qué cuentos ni cuentos: cuatro trompadas!

–A Carmelina la volvió a dejar el marido y se pegó candela. ¡Ay, pobre de mi hermana! Que en paz descanse. Todos los hombres abusaron de ella. Cuando íbamos a la feria la arrinconaban para lo oscuro, y ya...

–¡Carmelina! ¡Carmelina! ¡Mi hija Carmelina! ¡La pobre! ¡Que Dios la perdone! ¡Y ahora qué será del muchacho!

¡Ay, del muchacho! ¡Ay, del muchacho! ¡Ay, del muchacho!

–Figúrate, no nos queda más remedio que traerlo para acá y terminar de criarlo nosotras.

–¡Qué desgracia!, ¡no sé qué le vamos a dar de comer! Con la seca que está haciendo. ¡Ay! Qué comida le daremos qué comida le daremos qué comida le daremos...

–¡Le daremos mierda!

–No hables así. Como quiera que sea es tu nieto. El hijo de tu hija...

–Qué hija ni qué carajo, si la pobre -que Dios la bendiga- era tan puta. Ay, tan puta. Ay, tan puta; ay, tan puta; ¡ay, tan puta!

–¡Cállate!

–Y del muchacho no sé siquiera ni el nombre. ¡Pobre criatura!...

–¡Celestino! Celestino se llama. Al menos eso fue lo que me dijo el que trajo la noticia del ahorcamiento de Carmelina, porque no solamente se dio candela sino que cuando estaba ya con la soga al cuello, cogió una botella de alcohol y se la roció. ¡La pobre! No me explico cómo es posible que una persona se ahorque y se dé candela al mismo tiempo... Eso sí que está raro. ¿No sería que alguien después que ella se ahorcó le pegó candela por hacer la maldad?...

–¡Celestino! ¡Dime tú qué nombre más feo le pusieron al desgraciado!

–¡Ay, Carmelina! ¡Ay, pobre Carmelina! Yo también pensé un día ahorcarme. Pero siempre iba aplazando y aplazando el ahorcamiento. ¡Y mírame aquí!: qué poca fuerza de voluntad he tenido. ¡Qué poca fuerza!...

–Dios te perdone...

–¡Vaya Dios a la mierda!

–Dios mío. No tengo a una hija sino a una yegua.

–Los hijos salen a sus padres...

–¡Fresca!

–¡Burra!

–¡Burra serás tú, perjura y loca!

–Padre mío. Padre mío: otra vez mi madre me ha dicho loca. Ay, me ha dicho loca...

–No llores, boba, que yo me las arreglaré con tu madre.

–Hazme ese cuento. ¡Mamá! ¡Síguelo haciendo! Y tú: abuela. ¡Sigue, sigue también! ¡Ése sí que me gusta! ¡Vaya, al fin me han contado algo distinto a la *Aceitera vinagrera*! ¡Sigan! ¡Sigan!...

–Te has vuelto a orinar en la cama. ¡Qué te has creído! ¡Ya no estás tan chiquito para eso! ¡Procura que tu abuelo no se llegue a enterar porque te dará un fuetazo!

–Es que me da miedo salir por la noche al patio para ir al excusado.

–¿Miedo a qué?

–A los muertos. Dicen que este lugar está lleno de muertos...

–¡Qué gallina eres!... Ayúdame a poner la colchoneta al sol.

Las *otras noches salí* porque ya me estaba cagando y vi a un bulto blanco corriendo detrás de la cocina. Me asusté tanto que hasta se me quitaron las ganas de ir al excusado. Entonces se lo conté a abuela, y dice ella que ése es el espíritu de la Vieja Rosa, que anda arrastrando cadenas porque no le deshieran el panteón y también porque no le rezaron el novenario cuando ella se murió.

–Mamá *está* loca. Es ella misma la que sale para ir al excusado todas las noches, pues se pasa el día comiendo inmundicias, y en cuanto se acuesta, las tripas no hacen más que empezar a traquearle -;como si yo no la *oyera*!-. ¡Coge la colchoneta por aquella esquina!... ¡Qué peste! Como te vuelvas a orinar se lo digo a tu abuelo para que te dé cuatro fuetazos. Tenemos que ver cómo arreglamos este cuarto: hoy llega el hijo de Carmelina, y va a dormir contigo.

–Ahí llega el hijo de Carmelina.

–El pobre tiene la misma cara que la ahorcada.

–No le mencionen a su madre...

–Ni a su padre.

–Déjenlo tranquilo.

–Denle un poco de café claro y ve a ver si quedó algún pedazo de boniato hervido del almuerzo.

–No lo apergullas de inmundicias, para que después se pase la noche dando vueltas al excusado, igual que tú.

–¡Fresca!

–¡Bruta!

–¡Yegua!

–¡Burra!

–¡Yegua!

–¡Burraaaa!

–¡Permita Dios que te mueras!

–¡Dios no le hace caso a las bestias!

–¡Desgraciada!

–¡Vieja cagalosa!

–Éste es el cuarto de nosotros.

–Tiene peste a miao.

–Aquí de noche salen fantasmas.

–En mi casa todas las noches salían siete fantasmas de distintos colores... ¡Foss!

–Abuela: ayer me dijo que en su casa salían todas las noches siete fantasmas de muchos colores...

–¡Virgen santísima! ¡Qué arrastre tan grande trae esa criatura a cuestras!...

–Ay, y también me dijo que usted tenía peste a miao.

–¡Virgen santísima!

–El tal Celestino es el muchacho más haragán del mundo. Nada de lo que le mando a hacer lo hace.

Y cuando le digo «respetar a tu abuelo porque él es quien te da la comida», se pone a escarbar en el suelo y empieza a silbar como si con él no fuera la cosa. ¡Buena pelma nos hemos echado a cuestras!

–Antes de acostarnos será mejor que tape las hendijas, pues por ahí se puede colar algún muerto.

–No. Déjalas así, que mi madre decía que era mejor que se quedaran las hendijas abiertas para que entrara el aire.

–Abuela, me dijo que dejara las hendijas abiertas porque su madre venía todas las noches en cuanto empezaba a soplar el aire.

–¡Virgen santísima! ¡Tenemos que ver cómo nos deshacemos de ese muchacho!

–¿Y tu madre por qué se ahorcó?...

–No sé. Pero esa tarde se le habían quemado dos boniatos que puso a asar, y se molestó mucho, y en todo el día no volvió a hablar más, y cuando yo le pregunté que qué le pasaba, dijo que me fuera al carajo; y ya por la noche tempranito estaba guindando de la mata de guásima boba...

–Tápame también la cabeza que tengo miedo.

–Yo estoy lavado en sudor...

–Si mi madre se ahorcara podríamos los dos contar las mismas cosas...

–¡Qué frío tan grande!

–¡Me aso de calor!

–¿Por qué no nos ahorcamos nosotros también?...

–Mañana lo haremos.

–No. Mejor es hacerlo ahora mismo.

–No. Te digo que mañana es mejor.

–Tienes la cara llena de agua.

–Es que estoy llorando.

–Este muchacho no sirve ni para freír tusas: ¡a media siembra soltó la jaba de maíz y se puso a llorar en mitad del paño! ¡Qué pelma!

–¡Cómo nos podremos desprender de esta bazofia!

–Su madre también -que Dios la perdone- fue una inútil.

–¡Qué desgraciada!: hacer eso y dejar a su hijo rodando por el mundo. ¡Yo no le veo ningún mérito! Lo que merece es que la desenterremos y le digamos: «Cabrona», cómo te atreves a matarte si tienes un hijo. ¡Cabrona!».

–Es verdad: nosotros no tenemos derecho ni a ahorcarnos...

–Ya que lo hizo, mejor hubiera sido que se lo hubiera llevado a él también.

–Cállense, que nos está oyendo.

–Ya empezó de nuevo a prempujiar.

–¡Qué desgracia!

–¿Tú no sabes rezar?

–No.

–Yo tampoco... Abuela siempre empieza a rezar y se queda dormida. ¿Pero nosotros qué haremos para dormirnos si no tenemos sueño y no sabemos rezar?

–Empecemos a contar jicoteas.

–Mejor contemos totises, que andan más rápidos.

–Quisiera ir al excusado, pero tengo miedo.

–Yo no tengo.

–Vamos los dos.

–Vamos.

Ahora estamos en la época del desyerbe del maíz. Celestino y yo nos hemos hecho hermanos. Y - como en un cuento que una vez oí- nos hemos cortado en los dedos y nos hemos cambiado un poco de sangre. Aunque a la verdad: yo me di un pinchazo tan flojito que no solté ni una gota de sangre. Celestino cada día habla menos, y con abuela y abuelo no *bostica* ni media palabra. Abuela y abuelo dicen que él es como el gato, que cierra los ojos cuando le dan la comida para no agradecerla. Pero yo no lo creo.

Celestino y yo procuramos trabajar lo menos posible, pero en cuanto abuelo se da cuenta que estamos vagueando, viene hasta donde estamos nosotros y nos da un fustazo. A Celestino él siempre le pega más fuerte que a mí, y ayer en vez de pegarle con la fusta le dio con el cabo del azadón. ¡Al pobre Celestino se le aguaron los ojos! Pero no lloró.

Yo creo que la cosecha de este año va a ser de muy poco rendimiento: una gusanera enorme le ha caído a todo el maizal, y ya la yerba está que lo ahoga.

Abuela, mamá y mi tía Adolfina también se han puesto a desyerbar. Aunque ellas no querían hacerlo el abuelo las obligó. Y ellas dicen, entre dientes, que les da lo mismo que el maíz se goce o no se goce, y que ellas están acostumbradas a pasar más hambre que una puerca a sogá. Pero todavía le tienen un poco de respeto al viejo. Y es que cuando él se pone furioso no cree ni en la madre que lo parió. Ayer mismo: cuando fuimos a tomar el café con leche se ardió los labios, pues abuela (y yo creo que lo hizo adrede) se lo dio que echaba chispas; entonces él cogió el jarro de café con leche hirviendo y se lo hizo tragar a la abuela, así, encendido, y sin parar. ¡La pobre abuela!, yo la veo ahora desyerbando y me digo: debe de estar con las tripas achicharradas.

Hace un sol que raja las piedras y da grima. Y todavía abuelo no nos da permiso para que vayamos a la casa. Mi madre se ha puesto morada, pues ella no puede casi aguantar el sol, y la sangre se le sube a la cabeza. A mí me da mucha pena ver a mi madre trabajando como una yegua, y algunas veces quisiera ayudarla.

–Mamá, déjame ayudarte un rato con el azadón.

–¡Déjame tranquila si no quieres que te abra la cabeza de un azadonazo!

Mamá es mala, según oí decir el año pasado en la fiesta de Navidad; pero yo creo que no, lo que pasa es (y esto también lo oí decir en la fiesta de Navidad) que está aburrída del mundo. Sí, eso fue lo que oí decir el año pasado el día de Nochebuena en que mamá cogió una borrachera tan grande que empezó a dar brincos y gritos. Entonces mis tías, muy serias, dijeron que eso era un espíritu y cogieron un mazo de hojas de jubabán y empezaron a darle mazazos por la espalda. Pero ella, borracha y todo, dijo que la dejaran tranquila, que no tenía ningún espíritu, ni creía en esas guanajeras. Y que lo único que quería era morirse. «Yo lo que quiero es morirme», decía y se revolcaba en el suelo. Y yo oía que las demás gentes comentaban por los rincones, y decían: «Pobre mujer, nada más tuvo marido una sola noche. Eso sí que es triste».

«Aburrída del mundo tiene que estar, y viviendo con sus padres que son unos salvajes.»

«Mejor estuviera muerta.»

«No digas esas cosas.»

«Y con un hijo medio bobo. Porque es bobo el muchacho.»

–Mamá, dice la gente que yo soy bobo.

–No le hagas caso a la gente. Anda, trae otro viaje de agua para llenar las tinajas.

Desde entonces yo le tengo mucha lástima a mamá. Yo sé que en el fondo ella es buena. Y el día de mi cumpleaños siempre se acuerda de darme un beso y todo. Por eso casi nunca yo me pongo bravo con ella, porque yo sé que

Porque no podemos dejar de decir lo que he-

mos visto y oído.

Los Hechos, IV - 20

esa mujer peleona no es mi madre. Mi madre es otra que siempre está escondida en el pellejo de la peleona, y que no hace más que sonreírme, y decirme: «Ven, que te voy a hacer el cuento de las Siete Cabrillas».

–Ven, que te voy a hacer el cuento de las Siete Cabrillas...

Yo creo que a abuelo se le olvidó que nosotros teníamos que almorzar hoy, ya que el sol pasó de la mitad del cielo, y va echando una carrera hacia abajo, y todavía el viejo ni siquiera ha levantado la cabeza del suelo... Abuela yo creo que es la más furiosa de todos nosotros. ¡Qué vieja y qué flaca está abuela! Parece un cuje de jurgar los gatos. Yo creo que si sigue una hora más con este sol, la pobre no va a poder levantarse de la cama ni en un mes.

–Abuela, ¿quieres que te ayude un rato?

–¡Ve a hacer lo tuyo y déjame a mí tranquila!

A esa mujer no hay quien la comprenda: está con la lengua afuera, y cuando le digo que si quiere que la ayude, me dice que la deje tranquila... Bueno, será mejor que siga trabajando antes de que abuelo me dé otro fustazo. ¡Que ya van cuatro!...

Ya sé por qué abuela no quiere que yo la ayude: ella no está limpiando nada, sino que lo que hace es arrancar las matas de maíz. Sí, ya me he dado cuenta del truco: abuela coge y arranca la mata, trozándola por el tallo, y luego hace como si la sembrara de nuevo. La mata se queda muy parada y cualquiera diría que está bien sembrada, pero por debajo está trozada y en cuanto le den dos o tres soles se seca... Luego ella coge y arranca la yerba de la orilla y ya. ¡Y miren qué trabajadora parece!... ¡Vaya con abuelo!, no sabe el pájaro que tiene encima.

Celestino ha tropezado con una piedra y ha estropeado unas matas de maíz. Abuelo se da cuenta y viene corriendo hasta donde él está, en el suelo, y le cae a azadonazos. Al fin lo deja tranquilo y vuelve para el surco que estaba limpiando. Yo siento una rabia muy grande por dentro, pero no me atrevo a decir nada, porque abuelo también me caería a azadonazos, y yo sé que eso duele mucho. Yo sé que eso duele mucho, aunque Celestino no haya protestado y ya, de pie, siga observando, sin levantar siquiera la cabeza... Mientras tanto el sol va creciendo y creciendo, y ya por fin nos derrite. Mi madre se ha vuelto una mata de maíz muy grande, y todos empezamos a comer de sus mazorcas. Cada vez que yo le arranco una mazorca, ella da un pujido, y grita, pero muy bajo. ¡Qué sabroso es el maíz crudo! A mí me encanta. Yo le arranco unas cuantas mazorcas a mi madre y me las llevo para asarlas en el fogón. Abuelo ha terminado de sembrar a Celestino y me dice que ya podemos marcharnos.

–¡Cómo hemos trabajado hoy! – le digo, sonriendo y sin dejar de comer la mazorca.

–¡Mucho! ¡Mucho! Pero al fin hemos terminado de enterrar a Celestino. Vamos a ver qué clase de cosecha me da. ¡Ojalá y llueva!

Cantando, dando saltos y corriendo, abuelo y yo nos vamos, mientras nos damos la mano y les tiramos piedras a los totises. Brincando y riendo a más no poder, mientras el sol brilla y brilla, y las matas de maíz parpadean y vuelven a parpadear, bajo el resplandor del mediodía. Así vamos, hasta que empiezan a caer los primeros goterones fuertes, y entonces echamos a correr, desmandados por todo el paño, hasta llegar a la casa, donde abuela,

No le preguntéis de dónde viene. Su historia es trivial. En la miseria, sus padres la vendieron por una bolsa de arroz blanco.

El espejo mágico

amarrada por el cuello al fogón, nos tiene ya preparado el almuerzo.

Celestino y yo nos hemos escapado del maizal y hemos venido hasta el río, para bañarnos. El río está casi completamente seco, y donde único uno se puede bañar es en el charco prieto, donde van a beber todas las reses. Estas aguas dicen que están podridas. Pero si fuera verdad todas las vacas se hubieran muerto.

Yo soy el primero en tirarme al charco.

El agua se revuelve mucho y hay que estar tranquilo un rato para que se asiente y se vuelva a ver el fondo. Celestino todavía se está quitando la ropa. Cuando el agua ya está tranquila, yo me deslizo, muy despacio, por el fondo del río y, sin dejar de nadar, abro los ojos. ¡Cuántas cosas se ven en el fondo de un río con los ojos abiertos! Si uno pudiera estar aquí siempre. En el fondo de un río, y nadando muy despacio, sin rumbo, y con los ojos abiertos... Las piedras son blancas. Tan blancas que cualquiera diría que no son piedras. Y hasta los peces se ven diferentes y más brillantes. El fondo sí es un poco oscuro, porque no hay casi arena y las hojas tapan la poca que hay, pero yo procuro nadar lo más despacio posible y trato de no arañar el fondo, para que no se revuelva. Mientras me quede respiración estaré aquí abajo, sin sacar la cabeza, igual que hacen las jicoteas... Un grupo de biajacas muy pequeñas pasan rozándome los pies. Luego parece que se asustan y se van nadando muy rápido. Después desfilan los guayacones. Los guayacones sí son curiosos, y me huelen hasta la punta de las orejas. Debe de ser que tienen hambre. Yo lanzo un pestañazo y enseguida desaparecen, pero pronto vuelven y empiezan a mortificarme. Yo no quiero espantarlos, porque sé que si lo hago, el agua se volverá sucia y prieta, tan prieta que entonces no sabría si estaba en un río o en un fanguero, como el que se hace junto al fregadero de mi casa, donde antes nos bañábamos Celestino y yo, cuando no nos dejaban venir al río. Abuela nos decía que esas aguas de fanguero mataban a todo el que se bañara en ellas, pero nosotros nos zambullíamos muchas veces, y nunca nos pasó nada. Y una vez trajimos un pití del arroyo, y lo echamos al fanguero, para que allí se criara. Yo le daba comida al pití todos los días. Pero a la semana ya estaba muerto. Aunque yo no sé, y algunas veces creo que fue abuela la que lo mató, pues ella siempre nos está llevando la contraria. Y cada vez que puede hacernos algo malo nos lo hace. El caso es que el fanguero cogió una peste horrible, con el pití muerto adentro, y por una semana no tuvimos donde bañarnos. Hasta que un día nos escapamos y vinimos al río. Y desde entonces nos llegamos cada vez que podemos... Un pití enorme acaba de cruzar por debajo de mí, con la abuela entre las digas. ¡Qué colores más lindos tiene ese pití! Mi abuela no forcejea, y el pití se la empieza a tragar poco a poco, pero entonces llegan los demás pitises, y le arrebatan a la abuela. Y todos empiezan a fajarse. Y al fin la devoran. El grupo de pitises me mira, como si acabaran de descubrirme, y dice: «A él, a él, que también es de la familia». Yo trato de salir a flote antes de que me devoren. Pero ya me agarran. Ya me halan, y ya empiezan a comerme vivo... Celestino se ha lanzado al charco. El agua se ennegrece, y los dos echamos a nadar hasta la orilla.

—¡Qué churrero tan grande!

—Mejor esperamos a que se asiente.

—Mientras tanto yo voy a dormir.

—Y yo.

Hemos llegado al río. En el camino yo descubrí un nido de pitirres. Me subí a la mata donde estaba el nido que tenía cuatro pichones. Celestino no quería que yo cogiera los pichones. Pero yo le dije que íbamos a coger uno nada más y que lo íbamos a criar como si fuera un hijo. Él entonces dijo que estaba bien, que cogiera uno y le dejara los demás a los padres para que se conformaran y no se murieran de tristeza. «¡Qué tristeza! ¡Como si los pájaros se murieran de tristeza!», dije yo y me reí. Y él me dijo que no me riera porque «eso era lo que yo no sabía». Y se puso muy serio.

Y, con el pichón chillando y revoloteando, llegamos a la casa.

–¡Suelta ese pájaro! – me dijo mi madre cuando me vio entrar con el pichón de pitirre entre las manos.

–¡No! Celestino y yo lo vamos a criar como si fuera hijo nuestro.

–¡Eso es lo que faltaba!... -me contestó. Pero luego se puso muy seria, y no volvió a abrir la boca en todo el día y la noche.

Nosotros salimos a buscarle papitas y semillas de higuillos al pichón de pitirre.

Hoy es el último día de la limpia de maíz. Menos mal, porque yo creo que ya no aguanto ni un día más.

–Si esto sigue -le digo a Celestino, muy bajito, para que nadie me oiga-, me meto abajo de la cama y no salgo más nunca.

El no me hace caso y sigue limpiando y arrancando yerba... Abuela es la más atareada: arrancando y volviendo a sembrar las matas ya sin raíces. Deja que abuelo la coja. Yo no quiero ver eso: ese día la mata. En cuanto terminemos aquí, Celestino y yo vamos a ir al monte para cortar un palo de úpito y hacerle una jaula al pitirre. Ya está echando plumas. El pobre, nosotros lo cuidamos lo más que podemos, y yo algunas veces hasta lo acuesto en la cama; pero de todos modos a mí me parece que casi nunca come. Y por eso es que yo lo embuto. Cojo un poco de papitas cimarronas y se las echo, de un viaje, en la boca y, con el dedo, se las hago rodar por la garganta hasta el buche.

–¡Maldita; con que estás arrancando las matas! ¡Espérate, que te voy a cortar la *cabezal* ¡Desgraciada! ¡Putita! ¡Salvaje! ¡Hoy te voy a matar!

Yo sabía que eso iba a suceder. Abuela cree que es muy bicha, pero en definitiva es boba... Allá va, corriendo a más no poder. Y abuelo tras ella, que casi la alcanza. Si la coge le clava el azadón en la cabeza y se la abre en dos partes, como si fuera un coco zarazo. Abuela se ha metido corriendo en la casa, y, dando gritos, ha trancado todas las puertas. Celestino y yo nos quedamos lelos en medio del paño de maíz y mamá y Adolfina echan a correr detrás del abuelo, con una estaca entre las manos. La gente que cruza por el camino ni siquiera se para para ver lo que pasa: es que ya en el barrio todo el mundo nos conoce y saben qué clase de gente somos nosotros. A mí nadie me habla, y eso que todavía yo soy chiquito. ¡Deja que crezca!, que entonces me prepararán trampas, como se las preparan al abuelo, y me picarán la cerca para que el ganado de los vecinos entre en mi estancia y se coma todas las siembras, como también se lo hacen al abuelo. Pero él tiene mucha culpa de que la gente nos trate así, por ser un huraño, que si fuera más cariñoso con la gente no le pasara eso. Pero es bruto a más no poder, y una vez mató a estacazos a una vaca de Baudilio porque estaba tratando de entrar en la estancia. Baudilio vino ese día, hecho una furia, a pedirle cuentas a abuelo. Pero abuelo lo cogió por el pescuezo, y si no llega la mujer de Baudilio y empieza a dar gritos, ya su marido estuviera más que muerto... ¡Pero, qué escarceo tan grande ha formado abuela! ¡Qué alboroto! ¡Parece una gallina cuando no quiere que el gallo la cubra y el gallo le cae atrás y por fin la agarra!... El único que está asustado es Celestino, que todavía no está acostumbrado a estas cosas. Yo ya no me asusto, y casi hasta me divierto, y mamá tampoco se asusta ya, pues ella está acostumbrada a pelear, y el día que no lo hace se siente molesta. Y yo creo que si ella cogió la estaca fue para darle un estacazo a abuela y no al abuelo, o quizás a los dos. Porque ella no sabe a quién odiar más. Pero a mí me parece que en esta bronca el estacazo de mamá es para la vieja.

Abuelo le ha caído a patadas a la puerta, pero como no puede abrirla ni romperla: se encarama al techo y se lanza para adentro por el hueco que yo he abierto entre las pencas. Entonces abuela sale, hecha una flecha, por la puerta de la sala, y, dando berridos, corre rumbo a la casa de Baudilio, donde parece que va a pedir ayuda. Vemos la figura de abuelo, con el azadón a cuestas, a mi madre, con la

cuantas campanillas encima, Celestino y yo nos escurrimos por el techo, bajamos por las canales donde corre el agua de lluvia cuando hay vendavales, y, muy pacientes, esperamos allí, acurrucados uno contra el otro, hasta que mamá empezó a roncar. Y cuando dio el primer resoplido, nos deslizamos, de un brinco, hasta el cuarto. Y nos acostamos corriendo, procurando respirar lo más flojo posible. Y, muertos de risa, aunque aguantándola, nos quedamos dormidos.

Nos despertamos con los primeros truenos. Éste es el mes de agosto, y llueve siempre, aunque no me explico por qué tan temprano. Un rayo enorme nos cae encima y yo doy un salto grandísimo en la cama. Celestino también da otro salto, y yo no puedo contener la risa, y me río a más no poder. Pero como el tronar es tan seguido: él no me puede ni oír. ¡Menos mal!, porque si hubiese oído a lo mejor se hubiese puesto bravo, aunque es tan difícil, porque él nunca se ha puesto bravo. Ni triste, ni alegre, ni nada. Nunca había pensado en eso, pero ahora me doy cuenta que Celestino siempre está igual: bravo, triste, alegre y todo al mismo tiempo. Yo no sé cómo puede arreglárselas para estar siempre con la misma cara. Yo no puedo ser así, y cuando me siento mal tengo que hacer algo, aunque sea matar a una lagartija, y cuando estoy alegre empiezo a bailar y a dar brincos. Aunque a veces bailo y brinco sin tener pizca de alegría. Es muy difícil entender eso. Pero Celestino es más difícil todavía de entender.

—¿Tú nunca lloras?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque nunca te veo llorar.

—Qué sabes tú...

Ahora el aguacero ha seguido más fuerte todavía. Es de mañana, pero todo está oscuro. Un agua muy gorda y seguida ya se va escurriendo por el techo, y nos toca, alegre, entre las sábanas. Yo doy un salto y me bajo de la cama, pero el suelo está que parece una laguna. Y me vuelvo a acostar. Todo está ahora más oscuro, y solamente puedo verle la cara a Celestino cuando algún relámpago rápido se cuele por las rendijas del cuarto. El aguacero se hace más fuerte, y un gran grupo de querequeteses sale revoloteando de entre los gajos de la mata de higuillos, y parece perderse bajo el agua.

—¡Mira los querequeteses! ¡Mira los querequeteses! Pueden salir en medio del aguacero y se van a donde les da la gana...

—¡Qué sabes tú!...

Otro relámpago. Ahora sí puedo verle la cara a Celestino. Aunque con el escándalo de los truenos no supe qué me dijo cuando le enseñé los querequeteses... Cómo me encanta el aguacero. Siempre que escampa, Celestino y yo salimos al monte, saltando de charca en charca, y nos bañamos en la primera poceta que encontramos. ¡Qué clara y fría se pone el agua después del aguacero! ¡Y cuántos pájaros! ¡Y cuántos pájaros! Piando y cantando tanto que para que Celestino me oiga yo tengo que hablarle a gritos... Ahora caen unos relámpagos muy finos, que parecen tizones ardiendo que alguien va tirando detrás de la casa. Después de cada relámpago viene un trueno enorme y luego otro relámpago. Si me pudiera levantar saldría al corredor y vería caer el agua (porque todo esto que he contado es imaginado, pues nada he visto), pero no podemos: un relámpago muy flaco hace rato que entró en el cuarto, y nos dijo: «Quédense quietos si no quieren que los achicharre». Y aquí estamos muy quietos. Yo miro a Celestino y Celestino mira para mí, aunque ninguno de los dos nos podemos ver. A lo mejor en este momento Celestino llora. ¡Y yo no lo puedo ver! A lo mejor yo también estoy llorando. Pero creo que no, con esta oscuridad no me gusta llorar, porque nadie me vería.

La puerta del cuarto se abre de par en par y por ella entra mi madre, que ya casi se ha vuelto un pez.

—Mis pobres hijos -nos dice-. Han pasado todo este vendaval aquí, solitos. Deben de estar congelados. Será mejor que me acueste con ustedes para que cojan calor, igual que hacen las gallinas con los pollos recién salidos del cascarón.

Mi madre da un salto y se acuesta con nosotros en la cama. Y al poco rato estamos más fríos que antes, pues mi madre parece un pedazo de granizo. Entonces nos tapamos la cabeza con la sábana, pero seguimos entumecidos de frío.

—¡No puedo! — dice el pez que se había acostado en la cama con nosotros. Y dando un resoplido fuerte, que a mí me pareció casi un grito, se tira de la cama, y se aleja, nadando por debajo del agua.

Celestino y yo nos quedamos bajo la sábana, sin atrevernos a mover, y temblando de frío. Ahora todo está empapado, hasta nosotros mismos. ¡Será posible que no piense escampar! La cama flota en el agua. Y Celestino y yo navegamos por todo el cuarto, sin saber dónde acurrucarnos. La puerta vuelve a abrirse, y mi madre entra como una centella, con un cinto en las manos.

—¡Ah, pero tuviste el descaro de venir a dormir a la casa! ¡Yo te dije que esta noche ibas a dormir en el potrero!

Mamá se me acerca con el cinto levantado. Y empieza a dar cintazos.

—¡Desgraciado! ¡Desgraciado!

Y, como es boba, descarga todos los cintazos sobre el lomo del pobre Celestino, que no tiene la culpa de nada. Él ni prempujia siquiera, y entonces, yo, viendo que no dice nada, saco la cabeza de entre las sábanas y le digo a mamá:

—¡Guanaja!, le estás pegando a Celestino y no a mí.

Mamá se pone más furiosa todavía.

—¡Zoquete! ¡Maldito!

Y sigue pegándole a Celestino. Ya no sé ni qué decirle. Trato de quitarle el cinto, pero ella tiene más fuerza que un mulo y no se lo deja arrebatar tan fácil. Entonces me tiro sobre Celestino, y dejo que los cintazos me estallen en el lomo.

—¡Vámonos de aquí! — me dice entonces Celestino-. ¡Vámonos corriendo!

Y de un brinco caemos en el aguachal, y nos escapamos por entre las rendijas del cuarto. Ya en el patio echamos a correr hasta la mata de higuillos, y después nos perdemos en la arboleda del fondo, mientras el relámpago que nos dijo que no saliéramos comienza a perseguirnos a todo galope, arrugándose y estirándose en medio del aguacero, como si fuera un majá enorme y encendido, y nos grita:

—¡Vuelvan para el cuarto, si no quieren que los ase de un chispazo!

Pero no volvemos. Seguimos corriendo y corriendo. Y ya los gritos de mi madre, bajo el aguacero, se confunden con el constante relampaguear y el escándalo interminable de los truenos.

Al fin parece que va a escampar.

Agazapados, Celestino y yo, dentro de un trozo hueco de ocuje, vemos el cielo esclarecerse, y a las nubes cruzar rápidas por frente a nosotros, hasta que se confunden, más abajo del río. Si saliéramos ahora de este tronco, es posible que el primer resplandor del día nos derrita. No. Mejor será que nos quedemos un rato más, aguardando por lo que pueda suceder.

Tenemos hambre. Aunque Celestino no me ha dicho ni media palabra desde que salimos de la casa, yo sé que él también tiene hambre. Y algunas veces (aunque él no quiera) se oyen los traqueteos de sus tripas. ¡Qué podremos comer ahora que todo está enfangado! El río se oye bramar allá abajo. Ese río es incansable, y, poco a poco, ha ido arrastrando casi toda la tierra y las matas y ya sólo quedamos nosotros, aquí, dentro de un tronco de ocuje y rodeados por esa veta de agua sangrosa que crece y crece sin parar, llevándose reses, árboles y gente; todo en una sola baliza enorme y bullente que se agiganta y se revuelve cada vez más rápida, arrastrando a los bejucos, que habían quedado colgados casi en el aire y a alguno que otro árbol, sostenido en pie quién sabe por qué milagro... Celestino está temblando detrás del tronco de ocuje que se escurre, resinoso y lleno de cucarachas. Yo lo veo ahora temblando.

Los relámpagos, a pesar de que ha dejado de llover, siguen fastidiando. El tronco de este árbol es enorme y no entra otra luz que no sea la de los relámpagos de allá afuera, que nos alumbran y nos vuelven a la oscuridad. Si salgo, ¿quién me estará esperando con una gran lanza en mitad de la puerta? Si me atrevo a salir, ¿quién podrá contener el hacha de mi abuelo que se afila y centellea y que me dice: vamos? ¿Quién podrá sujetarme si empiezo a respirar de nuevo? Si respiramos, ¿quién entonces podrá decir que no nos ha descubierto? Es ya de día, y en este hueco de árbol, lleno de cucarachas enormes, todo sigue oscuro.

—¿Por qué no salimos afuera? — le digo yo a Celestino, después de muchísimos años-. De todos modos ellos no se van a ir, ni nos van a dejar tranquilos. Aquí no podemos seguir. Nos moriremos de hambre. Salgamos ahora mismo.

La última cucaracha me la acabé de comer de un solo bocado. Le brindé un pedazo a Celestino, pero él me dijo que no, que ya estaba lleno. Entonces yo la agarré viva, y me la eché a la boca. Y me la tragué de un viaje. No saben tan mal las cucarachas. Por lo menos, me pareció que esta última tenía un sabor agradable. Pero seguramente es sólo por eso: porque era la última. Y ahora ya sabemos que no hay escapatorias. La lanza de mi madre se deja entrever por la rendija del hueco, y yo me pregunto: ¿quién rayo le habrá dado esa lanza a mi madre? Y el cabo del hacha de abuelo brilla y brilla y casi parece un sol, tan odioso como el de siempre.

—¿Qué hacemos ahora que ya se han acabado las cucarachas? — le pregunto a Celestino, y entonces él se corta un dedo y me lo da-. Eres demasiado bueno -le digo yo-. Pero con eso no resolvemos nada. — Y él se arranca entonces un brazo.

Yo grito.

Grito, pero no muy alto. Y me tapo enseguida la boca. Lo miro un solo momento, y salgo corriendo del hueco. El resplandor me detiene. El hacha de abuelo me hace cosquillas en los ojos y luego me va rozando el pescuezo. Los relámpagos aún se pueden ver, aunque muy lejos, tan lejos que cualquiera diría que no son relámpagos, sino las luces de un pueblo de mar. Pero todos bien sabemos que por aquí no hay mar. Y mucho menos pueblo. Estamos solos. A mí no me gusta vivir tan lejos de la gente, pues se pasa uno la vida entera viendo visiones.

Y lo peor es que nunca se puede decir si son visiones o no lo son, porque no hay más nadie por todo este lugar.

Y solamente estamos nosotros para verlas. Hace un tiempo salí del cuarto para ir al excusado y a mitad del camino me tropecé con una araña gigante que tenía la cabeza de mujer, y que lloraba a lágrima viva. Yo me asusté muchísimo cuando la vi, pero como vi que lloraba, me dije: es una persona. Y me fui acercando poco a poco.

—¿Qué quieres? — le dije yo, casi sin temblar.

Entonces ella, moviendo todas sus patas, me dijo:

—¡Que mates a mis hijos! Ya hace una semana que los traigo a cuestras y me están traspasando las tripas.

Yo miré para el lomo de la araña con cabeza de mujer y pude ver un grupo formado por arañitas de muchos tamaños que se movían sin parar y clavaban, furiosas, sus patas en la espalda de la madre, que lloraba y lloraba sin poder hacer nada. «Ven para que comas», me dijeron las arañitas, y siguieron escarbando con las patas. Y como de verdad yo sentía deseos de subirme sobre la araña y empezar a comer: lo único que pude hacer, para salvarme, fue echar a correr hasta la casa y acostarme, sin haber ido al excusado, aunque ya no me hacía falta, pues se me habían ido los deseos. Pero el problema es que solamente yo vi la araña grande con *cabeza* de mujer. Y ahora nadie me lo quiere creer, y cuando se lo dije a mamá ella me dijo que yo estaba más loco que abuela. Y abuela se persignó cuando se lo conté, y

tirándose de rodillas frente al fogón, me dijo: «Estás embrujado». Y abuelo se me rió en la cara, y me respondió, diciendo: «Comemierda, faino, ¡ya estás igual que tu abuela, que donde quiera ve a un fantasma! ¡Camina a buscar los terneros, que ya es tardísimo y todavía no hemos hecho ni la primera ordeñada. El único que me hizo un poco de caso fue Celestino, a quien se lo dije en cuanto me metí en la cama. Él me contestó, medio dormido y medio despierto: «Otra vez la araña. Déjala tranquila, que ella hizo lo mismo cuando era chiquita». Y se terminó de dormir. Yo no supe ni qué pensar: él había dicho «otra vez» y yo era la primera vez que la había visto y que se lo había dicho. ¿Sería que él la había visto antes? Pero, ¿por qué no me lo dijo, si él y yo siempre nos decimos las cosas que hacemos solos, que ya son muy pocas, porque siempre andamos juntos?... Ahora sí que no tengo escapatorias: la lanza de mi madre ya corre y resbala en un no sé qué tipo de cosquilla tan puyante y caliente. Mi abuelo levanta el hacha lo más alto que puede, con las dos manos, y afina la puntería, «en mitad de la *cabeza*», parece que piensa, y sus ojos brillan como los de los gatos cuando ya todo está oscuro. Mi abuela, muy tiesa, permanece tranquila, con otra hacha jugueteándole entre las manos, mientras puntea con los dedos el filo. Ella es insoportable y a la vez cobarde, y por eso espera a que la lanza de mi madre me haya traspasado las tripas, y a que el hacha de mi abuelo haya hecho dos jicaras de mi cabeza, para entonces dar el golpe final, y luego decir que no fue ella la culpable. «¡Vieja gallina!», le digo yo, con la boca bien cerrada, «a que no te atreves a ser tú la primera en darme el hachazo.» *Al fin comienzan los cantos más abajo de los dientes de perros, los cubos de agua en el patio, las hormigas con alas.* El hacha de abuelo brilla y yo empiezo entonces a llorar por lo bajo, para que nadie pueda asustarse (ni yo mismo). Pero de todos modos yo sé que estoy llorando, y no importa que sea alto o bajito: en fin de cuentas, soy también una gallina. Tan gallina como mi abuela, y pienso: total, ya que voy a llorar, y los demás lo saben, mejor será que llore a gusto. Y doy unos berridos tan altos que el cielo hace «Pasf», y se raja en cuatro partes... Fue entonces, por primera vez, cuando vimos a Celestino, allá, bajo las grandísimas almendras de la arboleda, escribiendo y escribiendo en los troncos y en los gajos de las matas, la más larga de todas las poesías. Yo lo vi, y dejé de gritar, aunque no sé por qué, pues yo no sabía siquiera que el garabateo que él estaba haciendo con su cuchillo fueran poesías ni cosa que se le parezca. Y no me explico cómo es que mamá, abuelo y abuela se pudieron enterar en ese momento, pues ellos son tan brutos como yo, o quizá más, y ninguno sabe ni la o. Pero el caso es que me dejaron, sin darme un rasguño, y corriendo como centellas se abalanzaron sobre Celestino, diciéndole palabras tan grandes, que ni el mismo abuelo, cuando le cae atrás a la yegua, sin poder cogerla, las había dicho antes. Celestino, al ver que se le acercaban con las hachas y la lanza, no hizo ni el más mínimo intento de salir corriendo. ¡El muy sanaco, se quedó tranquilo! Y lavado en lágrimas dijo, explicando: «¡Déjenme terminar, que ya falta muy poco!...». Luego, yo no supe qué fue lo que pasó, porque un grupo de hormigas rabúas me estaban comiendo los pies, y a mí me dio tanta rabia que salí corriendo para el río, y allí me tiré de cabeza para que las desgraciadas de las hormigas se ahogaran. Pero el caso es que ese día no le hicieron nada a Celestino, y todavía él no ha terminado de escribir esa poesía. Y anda, el pobre, como un alma en pena: robándose cuchillos y secando matas y más matas, que el abuelo enseguida tumba de un hachazo. A mí me da mucha pena con los árboles; sobre todo con los úpitos, que se ponen tan bonitos cuando llega el mes de enero. Me decía antes mi madre que los úpitos se estiban así de flores para esperar a los Reyes Magos, con el suelo tapado, y que ellos no se dieran cuenta que en esos lugares no había nieve, sino fango. Pues, según ella, si los Reyes llegan a descubrir algún día que en estos lugares no hay nieve, no volverán más nunca. Y es posible que esto sea verdad, pues desde que empezaron a secarse las matas de úpitos los Reyes se han olvidado de mí, y el año antepasado no me trajeron siquiera la linterna sin pilas que pedí a voz en cuello, y que tanta yerba, ide bobo!, arranqué por gusto. Sí, es verdad que me da pena ver a las matas secándose, y mucha lástima me da ver cómo abuelo

–Cantidad.

–¿Cuánto tiempo?

–Todavía no he empezado.

–Tápame la cabeza con la sábana.

–Ya la tienes tapada.

¡Cuando deje de llover saldremos otra vez a coger peces de fangueros! ¡Qué sabrosos son los peces de fangueros! Abuela, siempre que nos ve venir con ellos, se pone a pelear, y nos dice: «Boten esa basura que saben a palo podrido». Pero no lo hacemos, y como ella no nos deja que los cocinemos en el fogón: nos vamos para el monte. Y allá, del otro lado del río, empezamos a cocinar los peces. Celestino trae tres piedras grandes, y yo salgo a buscar leña seca. Luego ponemos los peces a la candela, y vigilamos cómo hierven, hasta que se van poniendo rojos, y los podemos comer. Algunas veces los dejamos hirviendo y nos vamos a bañar en el río. En el río.

–Ya no queda casi ningún árbol en pie. ¿Qué vamos a hacer ahora? El sol nos achicharra y ya tú no puedes seguir escribiendo la poesía.

–No te preocupes, que ya he sembrado muchísimos y dentro de un rato estarán así de grandes.

–¿Apago la luz?

–Sí, pero enciéndela primero.

Hoy llegamos al río más temprano que nunca. Todavía es de madrugada, y el traqueteo de las ranas se oye clarísimo. De vez en cuando un grillo hace pizzzzzz y se vuelve a callar. Anoche yo fui a coger un grillo y me levanté de la cama, pero por mucho que lo busqué no pude hallarlo, y el muy condenado seguía sonando y sonando. En cuanto me tapé la cabeza y empecé a quedarme dormido, el grillo, en mis oídos, volvió a chirriar, más fuerte que antes, y yo me incomodé tanto que me senté en la cama y me pasé toda la noche en vela. Pero no volvió a chistar. Y ya no me preocupa que chille o no. Por mí se puede destornillar la garganta... Hace días que Celestino no escribe en los troncos de las matas. Es muy raro. Todos en la casa estamos muy impacientes por ver lo que pasa. Pero nadie se atreve a decirle nada.

Ya el barrio entero sabe que Celestino escribe poesías, a pesar de que nosotros vivimos lejísimos de todo el mundo. Y nadie saluda ya ni a abuela ni a abuelo ni a ninguna de las personas de esta casa. Aunque a mamá no la saludan desde mucho antes: desde que mi padre (que yo no sé ni quién es) la trajo un día y, a voz en cuello, en mitad del camino, le gritó a abuelo, diciéndole: «Ahí le dejo su piltrafa». Y se fue como si tal cosa, sin mirar para atrás siquiera. Desde entonces nadie en todo el barrio le da ni los buenos días a mi madre, pues ellos dicen que cuando un hombre bota a su mujer es porque ésta hizo algo malo. Pero yo sé que mi madre no hizo ni pizca de nada malo, y si mi padre la trajo otra vez para casa de abuelo fue, seguro, porque él quería soltar el paquete y seguir solo por ahí... Abuela y abuelo le han cogido un odio a Celestino que no lo pueden ni ver en pintura, y ahora con eso de las poesías más todavía. Mi madre no sabe de qué lado ponerse, pero ella está empezando también a cogerle odio a Celestino porque yo le hago más caso a él que a ella y ya ni siquiera la ayudo a regar las flores, como hacía antes. Aunque, eso sí, yo soy el que tengo que cargar con toda el agua para que ella la malgaste, regando hasta las matas de ortigas. En cuanto a Adolfina, sólo sabe pelear y pintarse la cara y los brazos con tierra blanca y limón... El problema es que el único que está de parte de Celestino soy yo. Yo, que en definitiva, no sirvo para nada. Yo, que nada puedo hacer en esta casa por él. Y muchas veces cuando quiero hacer bien, como soy tan bruto, pues lo que hago es que me enredo, y todo sale mal. Pero de todos modos yo estoy de parte de él, y él lo sabe y se alegra mucho. Los dos nos alegramos mucho. Llegamos a la casa ya oscureciendo. Mi madre está en el patio, con las matas, esperando a que yo le traiga el agua para empezar a regarlas.

–Se ha secado la mata de sandoval -dice, y enseguida mira para Celestino, como si él tuviera la

culpa.

–No te preocupes, que le echaremos agua, y tú verás como enseguida vuelve a vivir -digo yo, y voy hasta la cocina para coger la vara y las latas.

Celestino quiere siempre ayudarme a buscar el agua, pero yo le digo que no, que me deje a mí solo porque si mamá me ve con él cargando el agua se pondría muy triste. Entonces él va conmigo hasta el pozo, y yo casi ni siento el peso de las latas llenas.

En el segundo viaje de agua que di, mamá me dijo, muy llorosa: «Todas las matas de sandoval se han secado». Y volvió a mirar a Celestino. Entonces él se fue para dentro de la casa.

–Ya se fue -le dije yo a mamá.

Y ella volvió a decir «todas» y empezó a hablar sola, mientras se pasaba las manos enfangadas por los ojos y por la cara, como si todavía fuera un muchacho chiquito. Yo no quise seguir conversando con ella, pues últimamente está muy tristonza y llora por cualquier bobería. Y entonces fui para el pozo, por el tercer viaje de agua... Allí me la encontré: flotando a flor de agua. Y cuando, sin darme cuenta, la golpeé con el fondo del cubo, me contestó con voz atronante, como si hablara desde el último recoveco de una cueva muy honda: «Todas». Y comenzó a repetir lo mismo y lo mismo.

Yo traté de sacar a mi madre del pozo. Pero ella no quiso salir. Y, con la cara muy mojada (no sé si por las lágrimas o por el agua), me dijo: «Vete, que yo aquí me siento muy cómoda».

Y yo me fui con las latas vacías.

Y en cuanto le di la espalda al pozo oí un sollozo muy grande que salía de allá adentro, y me sentí tan triste que di un tropezón y caí al suelo con latas y todo. Me

*A veces unos pájaros, un caballo, han salvado
las ruinas de un anfiteatro.*

Jorge Luis Borges

sentí muy triste, pero no quise volver al pozo porque ya ella me había dicho bien claro que la dejara sola. Y seguí con las latas vacías, rumbo al patio de la casa.

–Pero, muchacho, ¿qué te pasa que vienes con las latas vacías? – me dijo ella, muy asombrada, mientras resembledaba las matas de sandoval.

–¡Nada! ¡Nada! – dije yo, y, dando un grito bien bajito, que nadie (ni yo mismo) lo llegó a oír, me vine corriendo de nuevo al pozo, y llené corriendo las latas de agua, mientras me decía: «Y Celestino, ¿dónde se habrá metido Celestino?...». Y no pudiendo contenerme: me asomé al pozo. Y allí nos vimos: los dos muy juntos temblando, ya con el agua al cuello, y sonriendo al mismo tiempo para demostrarnos que no teníamos ni pizca de miedo.

De nuevo has vuelto a escribir poesías. Esta vez con más furia que antes, ahora todo el barrio sabe quién eres. Ya no tienes escapatorias. Abuela dice que se le cae la cara de vergüenza al pensar que a uno de sus nietos le haya dado por esas cosas. Y abuelo (con el hacha siempre a cuestas) no hace más que maldecir.

Otra vez estás escribiendo poesías, y yo sé que no vas a parar nunca. Es mentira que algún día piensas terminar, aunque me lo digas, yo sé que es mentira. Mi madre también lo sabe y no hace más que llorar. En cuanto a mis tías, no hacen más que mormollar.

Ya todo el mundo te odia.

Ahora oigo cómo mormollan en la cocina. Hablan. Hablan. Hablan: están buscando la forma de matarte. Están buscando la forma de matarte. Están...

Si yo pudiera hablarte te diría algo, aunque no sé lo que te diría, pero no puedo: me han cosido la boca con un alambre de púas y una bruja me acompaña siempre con un garrote, y al primer intento de decir «hmmmm», que es lo único que puedo decir, la bruja coge el garrote que le revolotea sobre la

cabeza, y me da un garrotazo. ¡Desgraciado! No haces más que mortificarme.

¡Qué haremos ahora que ya todos saben quiénes somos! Es casi seguro que nos están buscando debajo de las camas, y cuando no nos encuentren allí nos buscarán detrás del armario, y si no estamos allí: se subirán al techo, y buscarán. Y registrarán. Y lo revolverán todo. Y nos hallarán. No hay escapatorias... ¡Y todavía tú sigues escribiendo!

Hoy, Celestino y yo nos hemos pasado el día entero sacando tierra colorada de atrás de la casa para hacer un gran castillo, igual al que vio él una vez en el libro de muchas letras y dibujos de colores. ¡Más lindo todavía que ése! Porque el de nosotros será un castillo de verdad y no como ese que él me enseñó que, en fin de cuentas, no es más que un papel coloreado.

—¿Cuántos *cuartos* le vamos a hacer al castillo?

—Cien.

Al castillo le vamos a hacer cien cuartos.

—¿Y cuántos pisos va a tener el castillo?

—Diez.

El castillo va a tener diez pisos.

—¿Y cuántas torres?

—Una sola, pero bien grande.

Al castillo nada más le vamos a hacer una sola torre, pero bien grande; tan grande que casi va a llegar al capullo de la mata de ceiba, pues lo estamos haciendo debajo de ella, para no asarnos al sol. Ya hemos amontonado una cantidad enorme de tierra roja. Ahora le echamos agua y la batimos, y ya tenemos la mezcla. Las piedras las hemos recogido por la mañana. Y ya tenemos reunidos todos los materiales en el tronco de la mata. Ahora solamente nos falta empezar a construir. Y ya.

Todo el día nos lo hemos pasado trabajando en el gran castillo de diez pisos y cien cuartos. En él van a vivir todos los pomos. Todos los pomos que abuela guarda en la locera vieja y que nosotros pensamos robárselos y mudarlos para este lugar, donde van a estar mucho más cómodos que allá, dentro de la locera, donde viven ahora apretujados unos contra otros y teniendo que compartir el lugar con las cucarachas y las arañas bravas. Pero acá van a vivir como si fueran reyes..., aunque todos no van a poder vivir de ese modo. Celestino y yo ya tenemos planeada la forma en que vamos a dirigir el castillo: Primero vamos a poner un rey y una reina, que van a vivir en el tercer piso. Todo ese piso será para ellos solos, y les vamos a poner hasta una piscina, y las paredes las adornaremos con muchas flores, para que parezca el lugar donde debe vivir un rey. Después vamos a formar los príncipes de todos los tipos: malos, buenos, feos, jóvenes y ancianos; y después las princesas y demás gentes que tenemos que casar para que quepan en las cien habitaciones, pues los pomos son muchos ya que abuela siempre se ha dedicado a recogerlos hasta de adentro de los mayales, y ya la locera está estevada de tantos pomos, algunos apestosos y sucios y llenos de bichos muertos.

Ya casi oscureciendo, y con el fango cubriéndonos la cara, los ojos y todo el cuerpo, empezamos a brincar de alegría, ¡pues al fin hemos terminado el castillo de tierra colorada!

Ahí está, con su gran torre, que aunque no llega al capullo de la mata de ceiba, es una torre muy alta. Ahí está con sus cien habitaciones y sus diez pisos. Todo rojo y adornado por dentro con muchas flores de úpito, tan unidas unas con otras, que nadie puede decir que las paredes son de tierra enfangada. La Reina se pasea muy oronda por todo el castillo. Inspecciona, da órdenes, se sienta y vuelve a pararse; se zambulle en la piscina y se seca corriendo. Se viste y se vuelve a desvestir. Y luego sale al gran corredor del frente, desde donde se divisan todos los soldados, que a un mismo paso marchan y marchan en forma incansable. Al Rey todavía no lo hemos podido conseguir, porque queremos que sea una botella de Agua de Florida, que abuela tiene escondida debajo de la cama, pues todavía le queda un poquito de

esencia. Pero de todos modos Celestino y yo tenemos planeado ponerle el Agua de Florida en otro pomo y traernos la botella para el castillo, y hacerla rey. Y mientras no la consigamos, será la Reina la que se encargue de dar las órdenes.

Esta noche hay una fiesta muy grande en el Castillo de Tierra Colorada. Desde muy lejos se ven parpadear las antorchas, que centellean en las cuatro esquinas del reino. Las mujeres visten trajes muy largos y llevan muchas flores en el pecho y en la cabeza. Los hombres están muy tiesos y se pasean con las manos en la espalda, saludándose con pequeñas sonrisas, que no son más que estiramientos de labios que no llegan nunca a enseñar los dientes. La música ha comenzado a oírse por primera vez, mientras de todos los pisos bajan y bajan más invitados, hasta quedar repleto el salón.

Hasta la puerta del castillo llegamos Celestino y yo, con el fin de ver la fiesta y comernos algún que otro pedazo de dulce. Llegamos a la puerta y tratamos de entrar, pero los centinelas nos detienen con sus grandes espadas y nos gritan: «¡Atrás!».

–Qué tontos son -les digo yo-; ¿no ven que nosotros fuimos los que hicimos este castillo y los que los hicimos a ustedes?

Pero nos contestaron en la misma forma que ya lo habían hecho: gritándonos «¡fuera!» y en un tono tan serio y apuntándonos con tanto tino en el pecho, que no volvimos a decir ni media palabra.

Celestino y yo miramos y empezamos a bajar la gran escalinata, aún olorosa por las flores de úpitos, que tanto trabajo me dio a mí cortar de los altísimos gajos de las matas recién florecidas.

–¡Atrás! – volvieron a repetir los centinelas, a pesar de que ya nos marchábamos. Y a mí me dieron entonces unas ganas muy grandes de empezar a reírme a carcajadas. Pero no lo hice, pues pensé que eso hubiera incomodado aún más a los guardianes, y, a lo mejor, hasta me hubieran muerto allí mismo. Ya en el lugar más bajo, donde comenzaban a levantarse las primeras piedras que formaban la gran casa, nos detuvimos. El rumor de la música nos vino entonces, así, un poco lejano, confundido con la risa y el cuchicheo alegre de los invitados. De pronto vimos cómo todos salían a los balcones y empezaban a bailar, casi en la oscuridad. La música, por unos momentos, se hizo más clara -aunque a lo mejor fueron solamente ideas mías-. Luego casi dejó de oírse. Yo miré para la cara de Celestino. Y lo vi muy serio.

–¿Qué te pasa? – pregunté, sin abrir los labios.

–Este castillo está todavía sin terminar -me contestó, en la misma forma en que yo le pregunté.

–¿Por qué dices eso? ¿Qué le falta?

–Algo muy importante. ¡Hemos sido unos tontos!

–¿Qué cosa es lo que falta? Dime.

–Qué cosa va a ser: el cementerio.

–¡Es verdad!...

Y así seguimos mirándonos muy fijos, hasta que al fin decidimos abrir los labios y empezar a conversar.

–Mañana tenemos que terminar el castillo -me dijo

Celestino en alta voz, pues la música casi no nos dejaba oír nada.

–¿Qué le falta? – pregunté yo, haciéndome el que no lo sabía.

–El cementerio... -dijo él, despreocupado, mientras se comía unas malvas muy finas.

–Ah, es verdad -dije yo-. Bueno, de todas formas mañana lo podemos hacer.

Y nos fuimos corriendo de la mata de ceiba, pues ya era de noche tarde, y por ese lugar, según dice la gente, sale, cuando está oscuro, una mujer vestida de blanco, con las manos alargadas hacia delante. Y, yo no sé si será verdad, pero, según mi madre, al que esa mujer le sonría amanece muerto.

¡Qué neblina hay esta mañana! A tientas vamos caminando hasta el castillo, y sólo nos podemos guiar por el enorme bulto blanco que se confunde con las nubes y, que si no estamos equivocados, es la

mata de ceiba. A Celestino no lo veo, pero sé que va muy cerca de mí, pues de vez en cuando oigo como si respirara. Desde la casa llegan ahora las voces de mamá y de abuela, que nos llaman peleando para que vayamos a tomar el desayuno. Pero nosotros no les hacemos caso: no tenemos hambre y lo que queremos es llegar corriendo hasta la mata de ceiba para poder terminar el castillo y enseñárselo a los primos, que ya están al llegar para la fiesta de Navidad. ¡Cuánto embullo hay para esa fiesta! Celestino y yo hicimos los apuntes y encargamos muchos turrónes y hasta una botella de vino, aunque es casi seguro que la botella de vino no nos la compre el abuelo. Pero de todos modos no importa, ya que si él no nos la quiere comprar, entonces nosotros la robamos el día de Nochebuena y en mitad del alboroto, para que nadie se dé cuenta. Ésta es la primera Nochebuena que Celestino y yo vamos a pasar juntos. ¡Cómo pensamos divertirnos!... El griterío de mamá y de abuela se hace ahora más alto. Poco a poco la neblina va disminuyendo y ¡qué bueno!: el gran bulto blanco es la mata de ceiba; y casi desmoronamos con los pies el castillo, de lo cerca que estamos de él.

–¡Muchacho, es que no piensas venir a desayunar!

–¡Desde que está ese Celestino aquí ya no me hace caso!

–¡Qué desgracia la de nosotros: habernos caído encima ese moscón!

–¡Muchacho! ¡Muchacho!...

Mamá y abuela se han encaramado en lo más alto de la mata de ceiba, y desde allá arriba nos llaman a gritos. Pero nosotros no les ponemos atención y hacemos como si estuviéramos sordos, pues no podemos perder tiempo ya que todavía no le hemos hecho el cementerio al castillo, y para esta tarde debe estar terminado.

Celestino está lavado en sudor. Ha recogido una cantidad enorme de piedras y ha abierto un hueco grandísimo, para sacar más tierra colorada y poder terminar el cementerio, pues con la que había no alcanzaba ni para empezar y él dice que el cementerio debe ser muy grande: mucho más grande que el castillo, pues aquí van a estar mucho más tiempo que allá, y deben sentirse bien cómodos. Ahora abuela y mamá nos han empezado a tirar pedazos de gajos, y yo estoy pensando que lo mejor sería caerles a pedradas a las dos para ver si están tranquilas. Pero Celestino piensa que lo mejor es no molestarlas y dejarlas allá arriba, siempre y cuando no estropeen las paredes de fango del castillo.

Al fin hemos terminado el cementerio. ¡Qué grande es! Tan grande que aunque quisiera mirarlo de un solo vistazo no podría, y tengo que caminar mucho para poder hacerme una idea del tamaño que tiene. Yo no sé: pero a mí me parece que esto es una barbaridad. ¿De dónde vamos a sacar tantos pomos para poder enterrarlos en este cementerio? La mata de ceiba quedó en mitad de los panteones, y desde lo alto de sus gajos, abuela y mamá han empezado a llorar... A mí me da mucha pena con mi madre, pues yo bien sé que las espinas de la mata de ceiba le deben de estar pinchando las nalgas, pero no puedo subir y ayudarla, pues si baja ella, tendré que quedarme yo arriba, y yo no quiero pasarme la vida encaramado en una mata de ceiba y menos de esta mata, que, según abuela, está embrujada y sirve de pararrayos para todo el barrio. No. Que le caiga el rayo a otro, pero a mí no.

–Ven acá corriendo -me dice Celestino, desde una de las esquinas del cementerio. Echo a correr y, enfangado hasta el cuello, llego hasta donde él me espera, sentado sobre el panteón más grande de todo el cementerio-. Mira qué panteón más enorme -me dice-; lo hemos hecho sin darnos cuenta. Aquí cabemos los dos juntos. Ven. Acostémonos para ver si es verdad.

Nos hemos acostado en el gran panteón, adornado con flores de úpitos, y al cabo de dos o tres siglos yo miro a Celestino y doy un grito y entonces él me mira y da otro grito grandísimo. El coro de brujas se acerca entonces, cantando, cantando, cantando... Canta el coro de brujas, y luego nos ha besado...

El coro de brujas nos ha traído hoy un ramo de úpitos. El coro de brujas danzó sobre el gran fanguero. El coro de brujas se acostó con nosotros y nos dijo: «Qué tal, qué tal, qué tal».

yo conozco de memoria el juego y sé donde voy a poner el pie. ¡Sí que este mes es diferente! Y ya ni siquiera me acuerdo que los Reyes pasaron y no me trajeron ni hostia y que cada día nos estamos muriendo más de hambre. ¡Qué bueno es este mes! Lástima que haya años que no lo traigan... Ahora puedo correr y correr por entre las matas de guanina y revolcarme en ellas, y pararme y seguir corriendo, y subirme a lo más alto de la mata de higuillos, y desde allá arriba, lanzarme de cabeza al suelo. ¡Qué bonitas se ven las cosas cuando uno las ve de cabeza, momentos antes de estrellarse contra el pedregal! Yo no me canso de subirme hasta lo más alto de la mata de higuillos y tirarme de *cabeza* para ver las cosas distintas. Hasta que al fin ya me he tirado tantas veces, que la veo igual que siempre, y entonces ya no me queda más remedio que seguir caminando con las patas para abajo; pero de todos modos algunas veces Celestino y yo nos cansamos de caminar con las patas para abajo, de ir saltando de derriscadero en derriscadero mientras nos sujetamos a los bejucos de las matas al cruzar el puente (hecho de un solo palo) en un solo pie mientras la corriente mormollea allá abajo y nos dice: «caigan», «caigan que aquí abajo los voy a hacer trizas». Nos cansamos. Y entonces volvemos, como en el mes de enero, a alzar el vuelo.

Y lo alzamos. Y nos remontamos más alto que las nubes altísimas. Y empezamos a mortificar a las auras, que no hacen más que mirarnos asustadas... Un día yo cogí a un aura por las patas, cuando volaba más arriba de las nubes, de veras que la cogí y la halé lo más que pude, pero, de pronto, el aura se puso furiosa y se me reviró y me cayó a picotazos. Entonces yo me di cuenta que el aura que había agarrado era mi madre y mi abuela que andaban por allá arriba, quién sabe en qué bilonguería.

Y me remonté altísimo, tratando de huir de sus picotazos.

–Desgraciado muchacho -me repetían mi madre y mi abuela, chillando entre las nubes y revoloteando endemoniadas-. Deja que te coja, te voy a estrellar contra la tierra.

Pero no me cogieron: hice cuarenta murumacas en el aire y por fin me pude sujetar a las patas de un aura de verdad, y escaparme de la mejor manera.

Cuando llegué al suelo alcé la vista y vi a la gran aura de mi madre y abuela cayéndole a picotazos a Celestino.

Y entonces traté de levantar el vuelo para ir a salvarlo. Pero por mucho que traté y traté no lo pude lograr, y ya cuando me parecía que lo iba a conseguir, llegó abuelo, sentándose en el taburete de siempre, y me dijo: «Tráeme agua para lavarme las patas». Y yo fui y le traje el agua, y cuando miré para el cielo ya habían desaparecido las auras, y Celestino también había desaparecido... ¡Sí que es lindo este mes de enero! Celestino se levanta bien temprano, coge la trinch, baja por el arroyo y se pone a garabatear los troncos de los árboles. Yo también me levanto muy temprano y me pongo a vigilar en mitad del camino, y cuando veo venir a abuelo con el hacha al hombro, se lo digo a Celestino, y los dos salimos corriendo, y nos escondemos dentro del tibisal. ¡Sí que de verdad este mes es el mejor!: Celestino silba y todo, mientras hace los garabatos, y yo empiezo a sentirme alegre. Tan alegre, que pienso que algún día él terminará de escribir, y que entonces volveremos de nuevo a tirarnos en yaguas por las lomas y haremos un castillo mucho más grande del que pensamos hacer. En todo eso pienso y para que él termine más pronto le digo que si quiere que lo ayude. Él me dice siempre que sí, pero, como saben ustedes, yo no sé escribir y no puedo decir nada... Entonces me pongo muy triste, y de nuevo comienzo a vigilar el camino. Y así me voy olvidando de que soy un burro. Y olvidándome estoy cuando veo a un bulto que se acerca por el camino y empiezo a temblar, pues imagino que es el abuelo con el hacha a cuestas. Pero no: es un viejito muy viejo el que se va acercando. El viejito viene caminando a tientes y de vez en cuando da un tropezón y cae al suelo. Siempre que cae al suelo se pone en pie de un salto, y se echa a reír, y cuando la piedra con que ha tropezado no es muy grande hace «passh» y se la traga de un bocado. Pero cuando la piedra es muy grande se para encima de ella y

pronuncia una jerigonza, que yo, por mucho que afilo el oído no entiendo nada, ni media palabra siquiera de su mormolleo. Por fin llega hasta donde yo estoy, entre tumbos, carcajeos y jerigonzas.

Todo le viene a la memoria ahora. Sin poder evitarlo, suspira y llora.

Canción de Rolando

–¡Almojicas bravas! – dice, y da un cabezazo junto a mis pies. Pero enseguida se para, me mira por unos momentos, dejando de sonreír, y se desmanda a correr por todo el barracón del río. Yo me quedo lelo, mirando cómo desaparece entre el pedregal. Pero al momento me desatraco a correr detrás de él. Y al fin lo alcanzo. El viejo me mira, luego se sienta muy despacio sobre el pedregal donde algunas veces llegan las corrientes del río, y empieza a llorar.

Lloramos casi hasta el anochecer. Lloramos, porque yo no puedo ver a nadie llorando sin que enseguida se me salten las lágrimas. «Eso es una mala maña», me dice siempre mi madre cuando ve que lloro porque los demás lloran. Pero a mí me gusta hacerlo. Y aunque no me gustara tendría de todos modos que hacerlo.

–Soy el mes de enero -me dice el viejito, y de pronto, yo me doy cuenta que estoy conversando con un muerto-. No grites, por favor -me suplicó el muerto-. Si gritas yo también empezaré a gritar, pues en cuanto veo a alguien llorando empiezo también a lagrimear.

En ese momento Celestino venía del monte, con los brazos extendidos y el punzón, como siempre, clavado en mitad del pecho. Como una aguja en su agujero.

–Soy el mes de enero -me volvió a repetir el muerto.

Celestino se me acercó, con los brazos extendidos: «Soy el mes de enero».

Celestino se me acercó con los brazos extendidos.

–Soy el mes de enero.

Celestino se me acercó con los brazos extendidos.

–Soy el mes de enero...

Saltando de piedra en piedra, corriendo a través de los derriscaderos y los troncos, Celestino y yo cruzamos el potrero. El muerto aún nos persigue, y, de vez en cuando, da un maullido.

–Es el mes de enero -le digo yo a Celestino, queriéndole decir: «Por qué no lo esperamos, si ha sido muy bueno con nosotros», pero Celestino no me oye, y sigue mirando a las lunas.

–Anoche -dice- te llamé muchas veces para ir a buscar una de las lunas. Pero tú no quisiste despertar.

–Debes de haber soñado, pues yo anoche no pegué los ojos.

–No. Sé que no soñaba, pues las arañas caminaban como siempre: por el techo de la casa...

–Yo soy el mes de enero...

–Entonces, cómo es posible que no me haya despertado si no estaba dormido.

–Es posible que estuvieses soñando que no dormías.

–No, porque también veía muy claro a las arañas, cruzando por detrás de la noche: más arriba del techo.

–¡Soy el mes de enero!...

El muerto se ve cada vez más pequeñito, de lo lejos que se va quedando. Celestino se ha puesto muy triste, porque hubo un momento en que yo miré para atrás y le hice una seña al muerto. Es el mes de enero, le dije yo a Celestino, para contentarlo. Pero él no me hizo caso, y siguió triste. Casi de madrugada llegamos a la casa, pues nos alejamos muchísimo sin darnos cuenta, y el camino de regreso siempre se hace más largo; además, nos equivocamos de casa muchas veces, y hemos llegado a otras, creyendo que eran la nuestra. En una de las que llegamos nos acostamos y después de acostados nos

dimos cuenta que no era la de nosotros porque no había ni una araña en el techo. Ya Celestino estaba casi dormido cuando le dije que me parecía que no estábamos en el cuarto de nosotros. Él dio un salto sobre la cama, se asomó por las hendiduras de las paredes y dijo: «es verdad»; y salimos corriendo de aquella casa tan extraña, que tanto se parecía a la de nosotros. Aunque no me explico cómo pudimos equivocarnos, pues esa casa tenía el pozo en la sala y en el brocal había una mujer muy chiquita, halando agua con una botella. Al vernos salir del cuarto la mujer se escondió detrás del pozo, y luego empezó a dar voces, diciendo: «Ahí van, ahí van». Y en verdad que íbamos, corriendo a más no poder. ¡Pero al fin llegamos a nuestra casa! ¡Qué silencio tan grande! Ni las chinches brincan hoy en el colchón cuando Celestino y yo, rendidos, nos tiramos al mismo tiempo en la cama, y nos tapamos hasta la cabeza con las sábanas.

–¡Qué extraño que abuelo no haya puesto un hacha debajo de la almohada!

–Es verdad. Parece que se olvidó.

–Crees que algún día podrás terminar de escribir lo que estás escribiendo. Ya voy teniendo tanto miedo: abuelo nos está siguiendo el rastro, y en cualquier momento nos hace picadillo.

–No sé lo que me falta todavía. ¡Pero ya siento que estoy al empezar!

–Yo creo que ya nosotros no tenemos escapatorias: ayer mismo vi a la abuela enterrando una paloma viva en la cocina...

–¡No puede ser!...

–Sí. Yo la vi.

–Pobre paloma, por qué no la sacaste.

–Fui a hacerlo, pero me dio mucho miedo. Y abuela, que parece que es adivina, cogió el cuchillo de mesa y me dijo: «¡Atrévete a desenterrar esa paloma viva, que ya verás como te agarro y te degüello como si fueras un ovejo!». Y yo no me atreví a desenterrarla, porque ella hubiera hecho lo que me dijo, pues tenía una cara que daba miedo vérsela.

–¡Vamos a sacarla ahora mismo!

–Ya debe estar muerta.

–No. Seguro que todavía está resollando.

Qué tontería la de Celestino: una paloma que abuela enterró ayer por la mañana, y pensar que todavía hoy va a estar viva. Bueno, pero de todos modos yo voy con él a la cocina, porque tengo mucho miedo de quedarme solo en el cuarto como están las cosas en esta casa, que cuando no es una mujer vestida de blanco es un perro con voz de gente, o una araña con cabeza de persona, pero algo siempre se nos aparece. No, yo no me quedo solo ni a jodia.

–¿Tú estás seguro que fue en la cocina donde ella enterró la paloma?

–Sí, segurísimo. Junto a una de las patas del fogón la enterró.

–¿Qué fogón?

–El fogón.

–¡Aquí no hay ningún fogón!

Celestino y yo nos hemos abrazado y nos sentimos temblar, y oímos cómo nos traquetean los dientes, del miedo que tenemos. De nuevo nos hemos equivocado de casa. Agazapados uno contra el otro, tanteamos en el aire, tratando de inventar el fogón, hasta que una carcajada estruendosa se oye muy cerca de nosotros. El mes de enero se nos aparece, con un candil entre las manos.

–Vengan -nos dice-. Hace rato que los vi acostarse en mi cama y me fui para el portal a cazar tataguas con el candil, pues ellas, las pobres, se ponen siempre a darle vueltas y más vueltas a la luz del candil, hasta que ya no pueden más y se tiran a la candela de la mecha. Vengan, que el candil ya casi no tiene petróleo.

Ahora corremos girando alrededor del candil, y ya es tanta la velocidad que llevamos que parece como si estuviéramos en el mismo lugar.

Miro la mecha momentos antes de coger impulso para lanzarme de cabeza contra ella. Miro la mecha. Doy dos o tres vueltas más en un segundo, y, al fin, me tiro a la candela. Celestino da un grito, y la mecha se apaga antes de que yo llegue a ella.

—Se han salido con la suya -nos dice el mes de enero, y tira en un rincón el candil apagado-. Se han salido con la suya, pero escuchen ahora, les diré una palabra que se les olvidará en cuanto la oigan. Escúchenla... Ya la olvidaron. El día en que recuerden qué palabra es la que dije, se pegarán candela ustedes mismos.

Y dijo la palabra.

Y la olvidamos corriendo.

Y salimos desmandados de la casa, mientras el mes de enero se reía a carcajadas grandísimas, y nos decía: «Ya se acordarán algún día de esa palabra que les he dicho. Ya se acordarán».

Y al fin dimos con nuestra casa. Porque no podía ser otra que nuestra casa, aquella en que al entrar nos vimos dormidos en la cama, con la cabeza bien tapada y soñando y soñando que habíamos olvidado todas las palabras del mundo y nos entendíamos ahora solamente por señales y muecas.

FIN

Ahora sí que nos estamos muriendo de hambre. Del maíz que se gozó no quedó ni una mata en pie, y ya en la locera no hay nada que se le pueda meter el diente. Abuela se ha ido poniendo flaca y flaca, y ya está que no puede ni con las patas. La pobre abuela. Ayer mismo se cayó delante del fogón y no pudo levantarse, tanta era el hambre que tenía. Mamá entonces la fue a ayudar, pero ella, que también está muy flaca, fue al suelo junto con la abuela. Las dos en el suelo, y sin poder levantarse, se miraron un momento. Y yo vi como un relampagueo que cruzó de los ojos de mamá a los ojos de abuela. Pero no se lo pude enseñar a nadie, pues el relampagueo desapareció enseguida. Entonces yo sentí deseos de levantar a abuela y a mamá. Tuve deseos, pero no lo quise hacer porque pensé que si yo trataba de levantarlas me caería con ellas y tampoco podría ponerme en pie.

Sí que de veras nos estamos muriendo de hambre, todas las tías han espantado la mula del barrio y no vienen ni de visita. Se fueron con el que primero les dijo *Ji*. Sólo Adolfinina se ha quedado cargando tierra blanca para llenarse los huecos de la cara... Abuelo salió desde muy temprano para el monte, a ver si encontraba algo de comer, y ya llega de nuevo, con el saco al hombro, pero vacío. «Qué será de nosotros», oí que dijo abuelo detrás del fogón apagado, y aunque él nunca llora, por poco llora. Y luego salió al patio, pero ya en el patio no quedan árboles, ni nada, porque todos los ha tumbado él. Abuelo siguió caminando por todo el patio y después fue hasta el pozo, allí estuvo un rato, recostado al brocal, y al fin cogió el cubo, lo tiró al fondo, lo sacó lleno de agua y bebió y bebió hasta quedar repleto.

Celestino no dice nada, pero yo sé que no va a resistir mucho más. Yo salgo al camino a pedir limosnas, pero no hay quien me dé ni una perra. Y es que no somos nosotros los únicos que nos estamos muriendo de hambre. Es el barrio completo, pues en todo el barrio no ha caído ni una gota de agua desde hace más de dos años, y ya no queda ni una vaca en pie, y hasta los pocos y remotos árboles que el abuelo no ha tumbado y que tienen las hojas muy amargas para poder comérselas, se están poniendo amarillos. En la casa todos nos acostamos muy temprano para ver si soñamos con comida; pero nada, es tanta el hambre que no podemos ni pegar los ojos. Yo me pongo a pensar y a pensar y a la única conclusión que llego es a que tenemos que comernos al abuelo, que es el más viejo, y por lo tanto ha vivido más. Me pongo a pensar en eso, pero no se lo digo a nadie. Además, esas cosas me dan mucho miedo, porque si empezamos por los más viejos, tarde o temprano me tocará a mí. Tarde o temprano alguien vendría y me diría: «Ha llegado la hora de comerte, pues ya eres el más viejo». Por eso a nadie

le digo esta idea mía, que por más que quiero ahuyentar, me da vueltas y más vueltas en la cabeza. Y algunas veces quisiera decírsela a Celestino, para ver qué opina él de eso.

Por la mañana bien temprano salimos todos al monte, para ver qué encontramos de comer. Abuelo fue el primero en encontrar, debajo de una piedra una semilla de almendro, que yo no me explico cómo rayos se pudo meter allí. Pero abuelo no pudo comerse la semilla, porque abuela, que estaba muy cerca, se la arrebató de las manos, y entonces se formó una bronca grandísima entre ellos dos, y mamá llegó, apoyándose en dos gajos de tribulillo, y agarrando la almendra, se la tragó de un bocado. Abuela se puso a pelear con mi madre en voz baja (porque ya no tiene ánimo para gritar) pero con mucha furia, y luego se puso a escarbar en la tierra, pues, según ella, había visto una semilla de almendro correr entre sus pies y, abriendo un hueco, enterrarse asustada. Pero nadie le hizo caso, pues lo más probable sea que el hambre le esté haciendo ver visiones... Ya por el mediodía Celestino y yo descubrimos una hoja verde en una mata de quiebrahacha, y corriendo nos trepamos a la mata para cogerla, pero al llegar al capullo nos dimos cuenta que no era una hoja, sino un pájaro muy lindo, que en cuanto nos vio alzó el vuelo, y se perdió en el aire. Celestino y yo nos miramos muy serios, sin saber qué decirnos. Los dos pensábamos lo mismo: *el hambre nos está haciendo ver cosas extrañas*. «De qué vivirá ese pájaro», dije, cuando ya bajábamos del árbol.

No hemos encontrado nada en todo el día... ¡Y pensar que ya hace más de cien años que no probamos ni un bocado! Ya casi nos hemos acostumbrado a *vivir del aire*, como decía mi madre, cuando todavía tenía fuerzas para hablar.

Ahora todo está en una calma tan terrible que yo me digo si no será que nos hemos muerto y que por eso pasan cien años, así tan seguidos, y todavía nos sostenemos en pie, y buscamos cosas de comer. Ya no dormimos, al sueño hace tiempo que le dimos una patada, y ya no dormimos. Ahora lo único que hacemos es salir de la casa y ponernos a buscar comida, aunque nunca hemos encontrado nada.

Caminamos ahora en cuatro patas como los perros. Sí, si mal no recuerdo, los perros eran unos bichos que caminaban en cuatro patas, igual que las mariposas. Eso me parece, aunque no sé, hace ya tanto tiempo que nos comimos el último perro que se atrevió a ladrarnos, que realmente ya no recuerdo cuál era la figura que tenía. Aunque me parece que era así: tenía una cara muy blanca y casi siempre sonreía; caminaba en cuatro patas, no porque no pudiera caminar en dos (pues cuando quería podía volar y todo), sino porque era muy cobarde y se sentía muy inseguro cuando andaba en dos patas. El último perro que hubo en el mundo, según me ha contado por señas mi abuelo, andaba arrastrándose por el suelo, como un majá, por el miedo que le había cogido a todas las cosas... Pero nosotros no nos arrastramos por miedo, sino por hambre, que bien sé yo que antes, cuando teníamos la barriga llena, hacíamos lo que queríamos. Y una vez yo quise ir a la luna y fui a la luna. Pero en cuanto llegué viré para atrás, pues no hice más que poner los pies en ella y allá me encontré con mi abuela, mi madre, todas mis tías, y abuelo, sentados sobre una gran piedra que parpadeaba como si fuera un cocuyo. Como si fuera un cocuyo... ¿Como si fuera un cocuyo? Sí, como si fuera un cocuyo de noche; porque también hay cocuyos de día, aunque nadie los ha visto yo sé que los hay y sé que los cocuyos de día son las cucarachas que, como no pueden alumbrar, la gente las mata.

–Te estamos esperando hace más de mil años -dijo mi madre, cuando yo puse los pies en la luna. Yo sentí un miedo horrible al oír decir «mil años», y de un salto me vine otra vez para mi casa. Y cuando llegué a la casa, mi madre, detrás de la puerta, me dijo, con los brazos extendidos-: Al fin llegas, hace más de mil años que te estamos esperando.

Entonces yo di un grito. Sí, me acuerdo que di un grito muy fuerte. Pero aún Celestino estaba vivo, y me sonrió. Me sonrió y me dijo «Hola», cuando los demás me habían hablado de mil años de espera. Yo me di cuenta entonces que todo no era más que una brujería de abuela que cuando él dijo «hola» se

hizo trizas.

Hola.

Hola.

Hola... Nada más me dijo hola, como si hubiera hecho cinco minutos que yo hubiese salido de casa.

¡Hola!

Ya me estoy preparando para cuando tenga que empezar a arrastrarme, pues creo que no voy a poder resistir mucho tiempo el caminado en cuatro patas. Toda la familia está en la misma situación que yo, y poco a poco vamos practicando: poniendo el estómago en la tierra y arrastrándonos bien despacio, como si fuéramos unas lagartijas recién nacidas..., y hasta abuelo trató de cortarme la *cabeza.*, pues parece que me confundió con una lagartija de verdad. Yo me eché a reír, pero luego me puse muy serio, pues pensé que abuelo no me había confundido con nadie, y que me quiso coger desprevenido para cortarme la cabeza, y después de muerto comerme... Sí, eso es lo peor, el miedo que nos tenemos unos a los otros. Si no fuera por ese miedo que yo tengo a que los demás me coman y que los demás tienen a que yo me los coma, a lo mejor hasta podríamos dormir un rato y todo. Pero ¡qué va!, eso ni pensarlo. Quién va a dormir en esta casa si todos nos estamos mirando siempre con ojos brillantes y con la boca empapada de baba que se nos sale.

–Ahora hay que cuidarse más que nunca -le digo yo a Celestino con el pensamiento.

–Cuídate también de mí -me responde él siempre, en la misma forma.

–Y tú de mí -le digo yo entonces, sin hablarle.

A esa situación han llegado las cosas en esta casa.

Abuela todavía no ha perdido la manía de hacer cruces en el aire, y un día dijo que había visto a un santo que vino hasta ella, y, tocándole la cara, le dijo: «Aún eres muy bella». Todos nos reímos de esa nueva locura de abuela. Y yo pensé que a lo mejor el santo estaba muy gordo y nos lo hubiéramos podido comer, y, mediante señas, se lo di a entender a abuela.

–¡Bestias! – dijo entonces ella, y todos nos sorprendimos de que hablara tan alto-. ¡Bestias! – volvió a repetir, pero ya muy bajo. Y se volvió a quedar muda.

Pero así, muda y todo, todavía abría y cerraba la boca, diciéndonos «bestias», «bestias», aunque no se le oyera. Y ahora cada vez que nos ve empieza a abrir y a cerrar la boca, como un pichón de chipoyo cuando hace mucho calor. ¡Qué pena me da con abuela, tan viejita y todavía viva! Será que nosotros no vamos a morirnos nunca. Ése es el miedo que yo tengo: que seamos eternos, porque entonces sí que no tenemos escapatoria. Pero no debo preocuparme por eso, no vamos a ser eternos, pues ya hace mucho tiempo que abuelo no se levanta del suelo, y aunque algunas veces se arrastra un poquito, no logra caminar ni una vara. Todos miramos al abuelo con ojos muy brillantes, y con la boca haciéndonos agua. Pero todavía no podemos...

Celestino esta noche me regaló una de sus orejas. Yo le dije que la guardara para dentro de un tiempo, pero la cogí enseguida y me la comí de un bocado.

Abuelo parece que ya casi no resuella. Mi madre ha traído la gran hacha con la que él cortara tantos árboles, y nos espanta con ella, diciéndonos, mientras los ojos se le llenan de lágrimas: «Estéanse tranquilos, que voy a hacer la repartición». Así nos dice, sin abrir la boca, pues ya nosotros hemos aprendido a hablar de esa forma, y nos entendemos muy bien. Pero yo no estoy tranquilo, pues sé que ella últimamente se ha vuelto muy tramposa, y el día en que todos nos pusimos de acuerdo para arrancarnos el dedo gordo del pie y hacer con ellos una comida, ella se arrancó el más chiquito y luego dijo que se había equivocado. Por eso ya no le tengo mucha confianza y sé que muchas veces me ha mirado con los ojos centelleantes y la boca haciéndosele agua, como queriéndome tragar con el

pensamiento. Pero que no crea que se va a salir con la suya, porque lo que es yo no me muevo de aquí hasta que abuelo no haya dado el último resoplido, y entonces seré el primero en caer sobre él, y empezaré a comer y a comer hasta que no pueda más de la hartura, y de nuevo como antes pueda decir *Celestino*... ¿Cómo se dirá la palabra *Celestino*?... Ya me imagino diciéndola, y me cae una enorme alegría y no puedo contenerme y empiezo a bailar, arrastrándome entre el polvo y pasando la lengua por el suelo para ir afilándola y poder hablar bien claro el día que lo vuelva a hacer.

Abuelo está en las últimas y todos lo rodeamos, babeantes, en espera del momento. Adolfina, más blanca que nunca, arrastra las tijeras. Mi madre ya levanta el hacha, y abuela, sin dejar de abrir y cerrar la boca, se acerca, arrastrándose, y comienza a mordisquearle un pie. Celestino cierra los ojos y llora por dentro. Yo miro para la cara y para los ojos de abuelo que al fin van parpadeando muy seguido, hasta que suelta un montón de chispas y quedan abiertos.

Llegó el momento.

Y todos nos abalanzamos sobre él como unas fieras. ¡Comida! ¡Comida!, después de tanto tiempo, aunque ya no sé medir el tiempo y no puedo decir *tanto*. Mi madre soltó un hachazo y todos caímos sobre el abuelo, como si fuéramos hormigas bravas, hasta no dejar siquiera un hueso. Adolfina dio dos tijeretazos sobre el abuelo como si se tratara de una tela podrida, cogió su porción y se fue mirándonos con desprecio. Abuela, que desde que probó el primer bocado cogió una fuerza enorme, lo primero que hizo cuando pudo hablar fue decir «coño»; luego dijo «bestias», «bestias», «bestias», hasta que se fue serenando y se acomodó en un rincón, donde lloró toda la tarde y la noche. Mamá, apenas tuvo la barriga llena, empezó a caminar arrastrándose, pues parece que se le olvidó la otra forma de andar, y así llegó hasta el pozo, donde dijo que iba a beber agua, aunque más tarde pude enterarme que el pozo estaba seco. Celestino y yo nos miramos, y de un salto salimos, los dos al mismo tiempo, por el techo de la casa y enseguida nos remontamos más alto que las nubes altísimas... Y ahora andamos por acá arriba, investigando por qué es que nunca llueve ya.

Y cada vez nos vamos elevando más y más, hasta que perdemos de vista al monte, a la tierra pardusca y a todo lo que no sea nosotros mismos. Pero seguimos elevándonos.

–¡Madre mía! – dijo Celestino-, mira qué río tan enorme se nos viene encima.

Yo le iba a decir algo, pues me pareció que no era un río, pero el coro de primos se me acercó y me dijo: «Vamos», y como yo hice alguna resistencia, me halaron con cama y todo, y me tiraron, de golpe, en el techo de la casa, donde ya ellos habían caído antes que yo.

–¿Aún deseas matar a tu abuelo? – preguntaron.

–Sí -dije.

–Entonces estáte atento y procura dormir más de lo que sueñas.

Y desaparecieron rápidos entre las pencas carcomidas del techo, como si fueran unas cucarachitas del guano, de esas que se esconden en cuanto ven un barrunto de agua.

Y llovió. Y llovió. Y llovió. Tanto, tanto, que el agua vino ceremoniosa hasta el techo, y me besó, rodeándome varias veces el cuello.

*No proclames tu poderío ya que no puedes
impedir que la muerte extinga los días y las noches,
que se deslizan como esclavos blancos; luego como
esclavos negros.*

Moussa-ag-Amastan

Después de despedirnos del mes de enero, Celestino y yo volvimos de nuevo a escribir con más furia esa poesía interminable. El duende ha vuelto una que otra vez, pero no me ha preguntado por el anillo. Y mi madre y mi abuelo nos han declarado la guerra abierta, y buscan cualquier motivo para

darnos un trancazo y halarnos las orejas. Adolfina ya no solamente se pinta la cara y los brazos con tierra blanca, sino que también pinta toda la casa y hasta el piso de la sala y del corredor. La pobre abuela resbaló y fue de cabeza al pozo un día que había llovido mucho, y abuelo la obligó a que le buscara un cubo de agua, pues él decía que no se lavaba las patas con agua de lluvia que caía de las canales que siempre están llenas de mierda de gato. Y aunque la casa estaba inundada por el agua de lluvia, él seguía empeñado en que tenía que ser agua de pozo. Y como abuela protestó, él cogió la funda del machete, y, dándole dos fundazos en la espalda, le dijo: «Anda», y luego volvió a darle cuatro fundazos y volvió a decir: «Anda, anda si no quieres que te retuerza el cuello». Y abuela salió con el cubo en la vara, la vara en el hombro, y las manos puestas en el cuello. Y lo único que oímos fue el «puss» que hizo cuando cayó en el pozo. Pero nada más oímos. Ni siquiera un grito ni nada. Y a mí me mortifica mucho eso de que abuela no gritara antes de estrellarse en el fondo, porque ahora pienso que a lo mejor lo que ella tiró fue una piedra, y anda escondida por ahí en cualquier cueva, y nada más está esperando el momento en que nos quedemos todos dormidos, para venir y cortarnos la cabeza. Eso es lo que yo pienso, y ya se lo dije a Celestino, pero él me dijo que no pensara más en esa tontería, y que abuela seguramente estaba en el fondo. Pero yo sigo con mis dudas y cualquier día seco el pozo para ver si es verdad que ella está en el fondo. Por ahora me embrollo siempre la cabeza con las sábanas, aunque haga un calor del diablo y me empape en sudor. Pero muchas veces no me queda tiempo para pensar en que si abuela está viva o está muerta, pues mamá y abuelo (que sí están muy vivos) son más peligrosos que ella, y se pasan el día tratándonos de matar de veinte maneras distintas. Ya ni Celestino ni yo pegamos los ojos en toda la noche, y estamos siempre pensando que en cualquier momento se nos aparece en la puerta abuelo, con el hacha en alto, y nos hace pedacitos.

En estos días ha vuelto de nuevo la gran neblina. Y abuela también ha vuelto. Se nos apareció una tarde, cuando estábamos comiendo; y abuelo al verla dio un grito enorme, como un gato cuando le echan agua hirviendo en el lomo. Pero abuela le dijo: «No te asustes, cabrón, que sólo soy un espíritu». Y se sentó a la mesa. Y parece que era verdad que era un espíritu, pues no probó ni un bocado de comida. ¡Con lo glotona que era en vida!, tenía que estar bien muerta para no atragantarse de líos de maíz y de plátano hervido. Mi madre no le hizo ni pizca de caso y ni la miró siquiera. «Ni muerta me perdona esta desgraciada», dijo abuela, y salió hecha un humo por la puerta de la cocina. Nosotros seguimos» comiendo. Y abuelo, que ya se había serenado un poco, dijo que era una gran desgracia y que *esa mujer* no lo dejaba tranquilo ni ahora que ya estaba muerta. Después se hizo de noche, y mi madre me obligó a ir al pozo para traer agua y regar las flores.

Todo el mundo ya sabe que Celestino es poeta. La noticia ha corrido por el barrio completo, y ya lo sabe todo el mundo. Mi madre dice que se muere de vergüenza y que no saldrá más nunca de la casa, Adolfina dice que ésa era la causa por la que no puede encontrar un marido, y hasta mi *abuela-muerta* se ha encerrado en la prensa de maíz y dice que de ahí no saldrá ni aunque vuelva a vivir. Al abuelo ya los lecheros no le compran la leche que dan las vacas, y cuando los lecheros pasan por frente a la casa nos tiran piedras y dicen: «Ahí viene la familia del poeta». Y se van riendo a grandes carcajadas.

Por toda la casa nada más que se oye el mormolleo de mi familia, que confabula y busca la manera de que Celestino desaparezca.

–Tenemos que matarlo -dice abuelo.

–¡Bestias! – le responde abuela- muerta, solamente por llevarle la contraria, pues enseguida se ríe de medio labio, y dice:- Déjame eso a mí, que yo soy la que tengo más experiencia...

–Tírenlo al pozo -dice mi madre. Y, de pronto, lo único que se oye es su voz que va creciendo y creciendo, y ya nos deja sordos:- Tírenlo al pozo, tírenlo al pozo, ¡Tírenlo al pozo!

¡Tírenlo al pozo!

¡Tírenlo al pozo!
¡Tírenlo al pozo!
¡Tírenlo al pozo!
¡Tírenlo al pozo!
¡Tírenlo al pozo!

Celestino también ha oído esa voz, que no parece que saliera de la garganta de gente alguna, sino de una bestia horrible, que por mucho que yo imagino su forma, no doy con ella. Y sigo imaginando. Y vuelvo a imaginar. Pero nada... «Tírenlo al pozo.»

«Tírenlo al pozo.»
«Tírenlo al pozo.»
«Tírenlo al pozo.»

Aserrín aserrán
las maderas de san Juan;
los de Juan piden pan,
los de Enrique, alfeñique...

Ya se me olvidó esa canción. Iré hasta donde está mi madre, tejiendo el fondo de un balance, para decirle que me la cuente.

–Mamá, ya se me olvidó el canto del «Aserrín». ¿Por qué no me lo vuelves a contar?

–¡Qué muchacho!, otra vez con sus ñoñerías. La culpa la tengo yo por haberlo engréido tanto. Ven, sube a mis piernas.

Mamá me ha sentado en sus piernas. Y ha empezado a cantar. Qué buena es mi madre. Todavía a mí me gusta mucho que ella me cante y me cargue, aunque mamá siempre tiene que estar trabajando. Pero, por las noches, yo le echo un lloriqueo, y entonces ella viene hasta donde yo estoy, me pregunta qué me pasa, y, cargándome, me lleva hasta el balance que se mece; y empieza a contarme un cuento... Mientras mamá me balancea en el asiento, y me canta el «Aserrín aserrán», Celestino se va poniendo muy serio, sin levantarse del quicio que está en la puerta de la sala. ¡Pobre Celestino! Él no tiene a nadie que le cante siquiera un «Materilerón», y siempre tiene que dormirse solo, y sin que nadie le pase la mano.

–¿Por qué no cargas a Celestino también, mamá?

–Es que ya él está muy grande.

–No, si todavía es tan chiquito como yo. Míralo.

–Es grandísimo. Duérmete, que ya es tarde.

Según dice la gente, nosotros nos estamos volviendo locos. La única que no cree eso que dicen los demás es mi madre, que todavía me carga de vez en cuando y me hace un cuento y todo. Aunque casi siempre ella se queda dormida antes que yo.

Abuelo ha descubierto algunos troncos de árboles escritos, y se ha puesto muy bravo. «Pamplinas», dice, «algún sanaco ya está escribiendo pamplinas.» Yo no sé, pero debe de haber algo que viene de atrás para que abuelo se ponga tan bravo al ver los árboles garabateados. Si no, ¿por qué se iba a poner así? Sí, debe de haber algo que yo no sé.

–Cárgame -le dije yo a mi madre.

Y entonces ella dijo:

–Vete al diablo, y déjame tranquila.

Yo la miré bien, porque no pensé que ésa fuera mi madre. Y en verdad no era ella, aunque su voz y su cara y su cuerpo eran los mismos. Pero sus pies se habían vuelto dos digas grandes como de alacrán, y de sus ojos salían dos culebras ciegas que me enseñaban la lengua.

–Mamá -dije yo, y las culebras escondieron la lengua pero no dejaron de mirarme.

Celestino está llorando detrás del excusado. Yo voy y le pregunto por qué llora, pero no me responde, y entonces yo no sé qué hacer, y me pongo a llorar también, hasta que abuelo nos descubre y nos dice: «Cabrones, ya están llorando otra vez, ¡si los cojo los voy a colgar!». Celestino y yo echamos a correr, y nos encaramamos en el capullo de la mata de ceiba. Y allá, entre las hojas, nos quedamos muy tranquilos y seguros de que abuelo no nos ha de descubrir. Y seguimos llorando bajito, para que nadie se entere.

Del monte vienen las vacas, vestidas de blanco. De blanco las vacas del monte. Vienen.

Hemos dormido la siesta debajo de las yagrumas. Nos despertamos y volvemos a quedarnos dormidos. Así todas las mañanas, las tardes y las noches. Y ahora, que amanece, volvemos a recostarnos. Y ya dormitamos de nuevo.

Cuando estábamos dormidos vino una bruja y nos pinchó con un palo de la escoba. La bruja dijo: «Ya es tarde», y salió volando, montada en su escoba. Yo llamé a Celestino para preguntarle si la había visto, pero cuando abrí los ojos, me di cuenta que aún yo estaba dormido, y no pude preguntarle nada.

Vestidas de blanco, todas las vacas en largas hileras, en largas hileras, en largas hileras...

Entonces miré para arriba, y vi a Celestino allá, muy alto, galopando detrás de la bruja. Enjorquetado también en la escoba.

Del monte, del monte...

Todo esto lo sé por un pájaro carpintero que vive en uno de los huecos de la mata de yagruma, y que me lo ha contado todo. Que si no, no me hubiera enterado de nada. El pájaro carpintero me dijo también que pensaba hacerle tantos huecos a la mata de yagruma, que iba a llegar un momento en que la mata desaparecería, y entonces él tendría un hueco tan grande que nadie podría ver, y todo el mundo pensaría que él estaba viviendo en el aire.

Yo no supe qué hacer, el pájaro carpintero terminó de hablar. Entonces le pregunté a Celestino qué podría hacer. Y él me dijo: «Mátalo, que lo que ha dicho es malo».

Y matamos al pájaro. Aunque el hueco ya estaba hecho antes de que el pájaro nos lo dijera, y no era él quien lo había hecho, ni cosa que se parezca.

«Mañana te compraremos un par de zapatos», dijo mi madre, antes de taparme con las sábanas.

Luego estuvo un rato más conmigo, y, al fin, yo me fui quedando dormido,

-¿Es que no piensas darme el anillo? – dijo el duende.

-Usted se ha equivocado de persona: yo no tengo que darle ningún anillo.

-¡Imbécil! Yo nunca me equivoco. Eres tú el que te has equivocado de respuesta.

y vi cómo ella se me iba borrando poco a poco de entre los ojos. Entonces se me apareció mi abuela, y me dijo: «Vejigo mal criado, vives como si fueras el Rey de la casa. ¡Ya está bueno!, desde mañana te levantarás bien temprano y saldrás con tu abuelo a buscar los terneros y le ayudarás a ordeñar las vacas, ya que la damisela de tu primo no sirve para nada, y cuando no es una lombriz que vomita, es una diarrea o una fiebre, pero el caso es que nunca puede hacer lo que uno le manda. ¡Desgraciada familia la de nosotros: todos son unos inútiles! La culpa la tuve yo por casarme con el enclenque de tu abuelo.

Y sabes, mañana bien temprano te voy a llamar. ¡Ya está bueno de haraganerías! Si no trabajas no te vamos a dar comida, ni a ti ni a tu madre».

Bien temprano mi madre vino hasta donde yo estaba medio dormido, y me dijo bajito: «Levántate, que ya tu abuelo está preguntando por ti». Entonces yo me levanté y la abracé. Y sentí cómo ella

temblaba por dentro. Pero no le dije nada porque creo que yo también estaba temblando, y si se lo hubiera dicho a lo mejor ella hubiera empezado a llorar. Porque últimamente a mi madre le ha dado por lloriquear. Ahora mismo, que estoy buscando a un condenado ternero por entre estos derriscaderos, yo sé que mi madre está llorando detrás de la prensa de maíz o recostada al brocal del pozo. Llora mi madre, y yo no sé qué decirle ni qué hacer.

Y lo peor es que si mi abuelo la ve llorar la coge con ella y, hecho una furia, le empieza a dar trompadas en la cara. ¡Condenado ternero, deja que lo encuentre que lo voy a matar a pedradas!

–Mira, mamá, he recogido estos caimitos del monte y te los traigo.

–Qué bueno. Están muy sabrosos.

–Ahí está el comemierda de tu hijo otra vez con esa porquería de frutas. Lo único que haces es llenar la casa de basura. Dile que las bote ahora mismo.

–¡Bótalos!

–No, cómetelos.

–Bota esos caimitos, que ahí viene tu abuelo.

Esta noche no puedo dormir aunque cierre los ojos, y algunas veces hasta me los estrujo con los dedos. Mamá se me ha acercado muchas veces, y me ha dicho: «Bota los caimitos», «bota los caimitos». Luego llega mi abuelo con una sogá, y me dice: «Llegó la hora de ahorcar a tu madre. Ven, para que le hagas el nudo».

«Hazme el nudo», dijo mi madre, apareciéndose en el lecho. Ya colgando de la cumbrera.

Luego entró abuelo, con un orinal en la mano. «Bebe, hijo de matojo», dijo.

Y yo bebí.

Abracé entonces a Celestino, y al fin pude quedarme dormido, según cuenta la bruja, que ahora anda conmigo para arriba y para abajo.

–Tú eres lo único que tengo, hijo mío.

–Sí, mamá.

–Debes quererme siempre.

–Sí, mamá.

–Si tú me dejas, no sé qué sería de mí.

–Sí, mamá.

–Tú eres lo único que tengo...

–¡Qué picazón donde no puedo rascarme!...

Ya solamente faltan unos días para las pascuas. Unos días nada más. Entonces vendrán todos mis primos y mis tías. ¡Qué fiesta tan grande! Ese día yo no pienso ir a buscar los terneros, aunque abuelo me rompa el lomo a cintazos... La bruja que anda conmigo me ha despertado de un manotazo, y riéndose se ha encaramado en la baranda de la cama. Celestino sigue durmiendo. El pobre. Según parece, anoche estaba muy enfermo, pues no hizo más que quejarse y fue al excusado como seis veces. ¡Qué tristeza tan grande me da ver lo flaco que se ha puesto Celestino! Se le pueden contar hasta las costillas. Y eso que algunas veces, por la noche, yo me levanto y robo algo de comer en la cocina, y se lo traigo. Pero nada, él sigue cada día más flaco. ¡Qué tristeza tan grande me da verlo! Ya está en el hueso pelado. La culpa de eso la tiene abuelo, que no lo deja probar ni un bocado, con las miradas que le echa en cuanto él se sienta a la mesa. Sí, porque aunque abuelo no le dice a las claras que se vaya y no coma, en cuanto Celestino viene a la mesa él empieza a ponerse furioso. Y tira las cucharas, y deja caer la sopa, y empieza a mirar con rabia a Celestino, como si él tuviese la culpa de algo. Y el pobre Celestino, que no sabe nada del mundo, cree que es verdad que él tiene la culpa de algo, y se va llorando para la cocina. Y entonces abuelo dice que ya no aguanta más a «ese muchacho» que no come

nada más que para mortificarlo, y con el pretexto de que lo hace para que coma, va hasta la cocina y le cae a patadas a Celestino. Mientras abuelo le da patadas a Celestino en la cocina, Adolfina canta con la boca cerrada, dice que para que no le salgan arrugas; mi madre llora muy bajo, sin dejar de comer, y abuela pelea con ella y le dice: «Boba, so boba». Entonces yo me quedo muy tranquilo, y oigo de vez en cuando los resoplidos del pobre Celestino, que rueda por el suelo, mientras abuelo lo acribilla a patadas... Siempre que pasa esto (y es todos los días) mis primos muertos comienzan a bajar por el techo; y se sientan a la mesa, y comen mucho, pues dicen que tienen que comerse ahora todo lo que no les dejó comer el abuelo cuando ellos estaban vivos y eran pateados.

El ruido de las patadas de abuelo se confunde con los resoplidos de Celestino.

Ya bajan mis primos muertos.

Abuela le da una trompada a mamá y le dice boba más de cien veces, hasta que, furiosa, le rompe un plato en la cabeza y le tira un poco de harina caliente en los ojos.

La bruja se fue, asustada. Y al verla irse yo sentí un miedo horrible, pues pienso que a lo mejor no vuelve nunca.

Yo creo que lo que tiene Celestino es una tripa reventada por una de las patadas del abuelo, sí, debe de ser esa su enfermedad.

Otra vez la comida y otra vez las patadas. Uno de mis primos muertos me ha mirado, lloriqueando, y me ha dicho: «Verraco».

Luego desaparecen todos a una señal. Pero la palabra *verraco* se ha quedado rascándome los oídos. Verraco. Verraco. Verraco. Verraco. Verraco. Verraco.

Verraco.

Verraco.

Verraco.

Verraco.

Ya sé lo que mi primo quiso decirme con la palabra *verraco*. Mañana, a la hora de la comida, me pondré de acuerdo con ellos... Celestino se queja esta noche más que nunca. Mañana hablaré con mis primos muertos.

¡Qué alegría!: la bruja me despertó hoy por la mañana con la misma bofetada de siempre.

*No puedes negar que tu esclava más fiel es tu
sombra, que pone una alfombra bajo tus pies.*

Moussa-ag-Amastan

He descubierto que mi madre ha dejado de hablarme; según me dice la bruja, es que está celosa de Celestino. – Mentira -le digo yo a la bruja. – Sabes que es verdad. – Yo la quiero a ella. – Ella también a ti. – Entonces, ¿por qué no me habla? – Porque sabe que tú quieres más a Celestino.

Ahora, después de tanto tiempo, me doy cuenta que mi madre estaba más loca que una cabra. La pobre, sería por el hambre que pasó, o quizás por la falta de marido; según me ha dicho la bruja, en la mujer eso es terrible. ¡Qué suerte no ser mujer!

Estamos ya en el comedor. Celestino, como siempre, es el último en llegar a la mesa. Abuelo, en cuanto lo ve, empieza a refunfuñar. Celestino se sienta, y abuelo maldice y tira un grajo en mitad de la mesa. Celestino no se atreve a servirse. Abuelo deja caer el plato en el suelo y empieza a pelear con Celestino, porque dice que él tiene la culpa. «¡Condenado muchacho, siempre me confunde!» Celestino se acerca temblando, y recoge los vidrios del suelo. Abuelo le empieza a dar trompadas en la cara. Mi madre está ya con los ojos anegados en lágrimas. Adolfina empieza a cantar. La bruja, como siempre, sale huyendo por el techo. ¡Y ya llegan mis primos muertos!...

Hambrientos más que nunca, revuelven toda la mesa y se lo comen todo, hasta el grajo de abuelo.

Abuelo arrastra, golpeando, a Celestino hasta la cocina, y allí le empieza a dar patadas.

El primo que ayer me dijo *verraco* se me acerca y me lo vuelve a repetir.

–No -digo entonces yo.

–¿Por qué no? – me dicen todos mis primos muertos.

–Porque quiero matar al abuelo.

Todos mis primos dejan de comer, y de un salto cogen la gran fuente de barro y me la ponen en la cabeza.

–Coronado estás -dicen, y salen huyendo por el techo-. Esta noche nos veremos.

La fuente de barro cae al suelo y se hace añicos. Abuela empieza a pelearme:

–¡Cómo se te ocurre ponerte una fuente en la cabeza! ¡Puerco! Eso no es ningún sombrero. Ahora nos serviremos la comida en un orinal. So comemierda. ¡Si lo que mereces es que te estelle a golpes!

Y empieza a darme trompadas, sin dejar de maldecir, mientras yo me río y me río a carcajadas.

A cualquiera le daría grima ver la neblina que hay hoy. Desde que amaneció no he podido verme ni las manos siquiera, y ya horita llega el mediodía. ¡Qué barbaridad! Estos tiempos son siempre así. Pero, de todos modos, a mí me encanta que sean así. Entre la neblina todas las cosas se ponen blancas. Entre esa blancura del aire, Celestino y yo andamos dando tropiezos y nos sujetamos uno de otro para no despeyucarnos contra algún troncón. Hoy será un día de mucho trabajo para Celestino, que cuando hay neblina él escribe más de la cuenta; y algunas veces nos coge la noche en mitad del monte, pues la fiebre de la escribidera no lo suelta hasta que ya todo está oscuro y se ha dado dos o tres pinchazos en los dedos con el punzón de garabatear los árboles... También me gusta la neblina porque de esta forma el condenado de mi abuelo no nos puede encontrar tan fácil, como cuando todo está claro, y por lo menos podemos respirar tranquilos, pensando que no tenemos al viejo, hecho una furia, corriendo detrás de nosotros.

Yo, igual que siempre, me he parado en el camino a vigilar, aunque nada vigilo, porque nada veo. Ni siquiera a

Ven, Demonio.

Arthur Rimbaud

mí mismo. Y sólo tanteo una gran neblina que algunas veces chispetea, para volver a cerrarse enseguida, más espesa en toda su blancura. Y sólo oigo el ruido de los pájaros, que cantan a tientas, y se pierden sabrá Dios por qué rumbos... El ruido de los pájaros, y el golpear de Celestino en el tronco de las matas. Y ya no me preocupa lo que pueda tardar en escribir esa poesía. Y algunas veces deseo que no termine nunca. Que nos muriéramos los dos y la poesía siguiera sin terminar. Pienso en eso porque si algún día él termina, no sé qué íbamos a hacer ya, y yo no tendría por qué pararme en mitad del camino, agazapado entre la neblina y cuidándolo. No, ojalá no termines nunca. No te apures, bien suave. Golpea bien suave... Despacio, bien despacio, que ya horita somos unos viejitos y hacemos «zassss».

Despacio... Despacio... despacio...

Por fin abuelo nos ha descubierto; veo entre la neblina su hacha echando chispas. Voceo a Celestino para que deje de escribir y salga corriendo. La bruja también echa a correr detrás de mí. Y los tres nos escondemos entre las piedras grandes, que están siempre más allá del río... El sol, que ya se deja entrever, hace que la bruja desaparezca poco a poco. ¡Adolfina!, le grito, pues por un momento veo que ella es la bruja y que me ha mirado hasta con un poco de tristeza. Pero ya se disuelve entre la blancura y no sabré nunca si realmente era Adolfina... Abuelo se ve ahora más claro que nunca, encorvado sobre los troncos donde Celestino estuvo garabateando. El ruido del hacha es ahora lo único que se oye, hasta que abuelo, muy cansado, se tira sobre un palo y empieza a llorar con grandes gritos, que parecen bufidos... A Celestino también se le salen las lágrimas, y yo miro para arriba, porque quizás esté

cayendo un aguacero y no nos hayamos dado cuenta. Si yo pudiera, me acercaría hasta donde se encuentra abuelo y le pasaría la mano por el lomo, pero ¡qué va!, este viejo es más arisco que un perro jíbaro, y nada más hace verme y ya está refunfuñando y peleando. Yo no sé por qué este desgraciado, que parece una ciruela pasa, me tiene tanto odio. Total, yo no tengo la culpa de que Celestino escriba poesías, y no veo nada malo en eso. A lo mejor el viejo lo que tiene es envidia. Pero no. Yo sé que no es envidia, lo que él nos tiene a Celestino y a mí es odio. Sí, yo sé que es odio, odio, porque aunque ya somos unos viejitos seguimos teniendo los mismos años que cuando llegamos a la casa, y, como él dice, «no servimos ni para limpiarnos el culo». Sí, eso es lo que pasa: aspiró a que nosotros nos hiciéramos caballos como él, y nos quedamos potricos... ¡Viejo maldito!, no pienses que nos vas a poner herraduras.

El hacha de abuelo ha *alzado* el vuelo y se ha clavado en la frente de Celestino. Yo trato de zafársela, pero no puedo. Abuelo suelta la carcajada y dice: «O te dejas herrar o no le saco el hacha a ese comemierda». Yo no sé qué hacer, pero al fin digo que sí, me dejo herrar.

Hemos regresado de la siembra del maíz, abuelo nos cargó a Celestino y a mí, y nos trae en sus hombros, mientras nosotros lo pinchamos con una espuela y le damos fuetazos y patadas. Abuelo no dijo nada en todo el camino, y nosotros lo hicimos correr mucho y luego le dijimos que se subiera en lo más alto del cerro de los muertos. Y allá fue con nosotros encima. Luego yo le dije: «Ahora tienes que brincar con nosotros a tu espalda, desde este cerro hasta el otro, y si no lo haces yo te saco los ojos». Abuelo brincó, pero cuando llegó al otro cerro dio un resbalón y se cayó, con nosotros a la espalda. Entonces lo amarramos de un almácigo, y con la estrella de la espuela le hicimos «páfata» y le vaciamos los dos ojos. Él no dijo ni ay, y yo le dije canta y él cantó. Luego nos aburrimos y nos fuimos sin hacer ruido. El abuelo, ciego, no pensó que lo habíamos dejado solo, y siguió cantando y cantando... Y dicen que todavía hoy se le oye cantar, mientras camina de una punta del cerro a la otra punta, sin atreverse nunca a cerrar la boca.

–No juegues con las tusas, que son para atizar el fogón.

–Pero si estas tusas están verdes.

–¡Te he dicho que dejes esas tusas ahí!

–Si no juego con las tusas, ¿con qué voy a jugar?

–Con nada. ¡Bobo! No ves que ya eres un viejo para ser tan comemierda.

Soy un viejo. Me han dicho «eres un viejo», y ya soy un viejo. Desde lo más alto de la mata de higuillos las cencerenicas se tiran de cabeza, y, picoteándome, me dicen: «Eres viejo», «eres viejo».

¡Soy viejo, qué maravilla, soy un viejo! ¡Viejo!

¡Qué viejo tan viejo, viejo!

Qué viejo viejo viejo viejo...

Qué viejo... Viejo. Qué viejo...

Me fui a bañar en el arroyo y entonces me di cuenta que estaba soñando, y que no era un viejo. Pero al despertar, abuela me clavó un cuchillo en el cuello, y me dijo: «Muérete, viejo, qué esperas».

¡Viejo!

¡Viejo!

¡Viejo!

¡Viejo!

¡Viejo!

Viejo... Soy un viejo, qué alegría tan triste.

Me dieron la noticia ayer por la noche y yo no la quise creer. Esperé a que se hiciera de día; y todavía no había amanecido cuando salí corriendo para el pozo, y a él me asomé, asustado, para ver si

era verdad que ya era un viejo. Y en vez de mi cara arrugada y toda llena de huesos, lo que vi fue a un muchacho muy chiquito, que nadaba junto con los guayacones y los pitises, y me llamaba muy contento. Pero no me asusté. Me grité de nuevo, pero tampoco me respondí, y, al fin, me fui poniendo cada vez más pequeño, hasta que me puse del tamaño de las hormigas, y seguí disminuyendo, hasta que me perdí en el fondo, y, aunque mucho me asomé desde el brocal, no pude verme... Llegué a la casa y comencé a dar gritos, parado en el fanguero que hacen las aguas que abuela tira desde el fregadero. Mi madre salió corriendo, muy asustada, desde la cocina, y me preguntó:

–¿Quién fue el que te mató ahora! Anda, dime, aunque sea una vez, quién fue el que te mató.

–Tú -dije yo entonces para mortificarla-. Tú fuiste, mamá.

Ella me miró, y luego empezó a rezar y a pedir perdón.

–No le hagas caso a ese maldito -dijo entonces mi abuela, que salía del fregadero, con un poco de agua sucia para tirarla en el fanguero-. No le hagas caso a ese maldito mentiroso, pues quien lo mató fui yo.

Mi madre se serenó un poco. Y entramos en su cuarto. Es muy raro el cuarto de mi madre. ¡Si ustedes lo vieran!: en él no hay cama ni ventanas. Sólo una piedra, donde mamá tiene siempre una vela encendida, que no ilumina a nadie. Mi madre duerme echada a un rincón junto con un pollo, dos gallos y las gallinas, que la llenan de mierda por la noche, encaramándose sobre ella y todo. Algunas veces, por la noche, cuando salgo corriendo rumbo al excusado, he oído dentro del cuarto de mi madre un grito muy alto, y el escarceo de todos los gallos y las gallinas. He oído esos gritos y esos escarceos, y una vez, nada más, me atreví a asomarme, para ver qué pasaba dentro. Me asomé, y miré: mi madre colgaba de lo alto de la cumbrera, y las gallinas, los pollos y los gallos daban saltos y revuelos, tratando de llegar hasta la soga que sujetaba a mi madre por el pescuezo, pero nada, nadie pudo treparse hasta donde mi madre se balanceaba, toda morada y con los ojos muy abiertos... Yo salí, hecho una centella, para mi cuarto, donde estaba acostado Celestino, y, de un salto, me tiré en la cama.

–¿Qué pasa? – dijo Celestino.

–¡Mi madre está guindando de la cumbrera!

–¿Qué madre?

–La mía...

–Tendré que despertarte para que te des cuenta que estás soñando.

–Sí, despiértame...

Pero no pudo despertarme. Celestino me golpeó y me volvió a golpear, y nada, yo seguía durmiendo. Y desde entonces creo que no me he vuelto a despertar, porque todavía, por las noches, cuando voy al excusado, siento el grito en el cuarto de mi madre, y aunque muchas veces he tenido deseos de asomarme, el revoloteo de los gallos y las gallinas me dice que para qué, que si me asomo veré lo que ya vi. Entonces salgo corriendo para el cuarto. Y me digo: quién sabe si esta noche Celestino me puede despertar. Pero no lo consigue, le digo que estoy soñando, y él me sacude lo más que puede. Y yo sigo diciéndole que estoy soñando.

Abuela y abuelo han metido todos los trastos en el baúl grande que está detrás de la prensa de maíz. Ahora le pasan una gran cadena al baúl y obligan a mi madre a que lo arrastre. Mi madre delante puja y tira. Abuelo y abuela, detrás, empujan el baúl. Pero mi abuela, siempre tramposa, se encarama a cada rato encima y mi madre tiene que pujar más todavía. Así pasan ya por detrás de la casa, dejan el pozo - donde Adolfinia canta con la boca cerrada- y se pierden por todo el saó.

Yo trato de alcanzarlos, pero cada vez están más lejos. Atraviesan las lomas de La Perrera, las sabanas de Aguas Claras; se encaraman ya en los cerros de Gibara... Mientras desaparecen sigo oyendo el *hummm hummmm* de Adolfinia, que se hace cada vez más alto y claro y que a mí me parece triste.

Regreso guiado por ese sonido.

Adolfina, detrás del pozo, canta, como siempre, con la boca cerrada. Ha preparado una gran mezcla de tierra blanca, agua y limón y se cubre con ella toda la cara.

–¡Adolfina! ¡Adolfina!

Ella no responde. Sin dejar de cantar se cambia ahora de cara con los dedos.

–¡Adolfina! – grito.

Ella se mete los dedos en la mezcla y se hace una boca grande, con un lunar al costado.

–¡Adolfina! ¡Adolfina!

Se vuelve a borrar la cara y se hace una boca chiquita y unos ojos y unas cejas que le cogen toda la frente.

Me acerco.

–Adolfina -digo, tocándola.

Sin dejar de cantar con los labios cerrados, ella se pone ahora una nariz recta y larga y unas orejas de ratón.

Como no me hace caso, meto mis manos en su cara. Mis dedos se hunden en la costra de tierra blanca que se va desmoronando sin que detrás quede nada.

–¡Adolfina! ¡Adolfina!

Pero estoy solo sobre un pequeño fanguero blancuzco que ya ni suena.

Después que todo el mundo desapareció y quedamos Celestino y yo solamente en la casa, me ha venido entrando un miedo muy grande. ¡Qué se hicieron la gente! ¡Dónde está todo el mundo! Algunas veces yo me paro en la mitad del camino y espero a que alguien pase para preguntarle por el rumbo que cogió la gente de mi casa. Pero por estos caminos no pasa nadie ya; y cuando pasa alguien no me hace ni gota de caso. ¡Bestias que son todos los que viven en este barrio desgraciado! Ni porque les hablo en buena forma me hacen el menor caso. Entonces yo me planto delante del primero que pasa, y le digo: «Oiga, ¿pero usted es sordo?». Pero también tiene que estar ciego, porque yo me revuelco en el suelo y hago mil maromas, para que vea que estoy interesado por algo. Y algunas veces me pongo furioso y les caigo a golpes a los que pasan (que ya cada vez son menos), pero tampoco me ponen atención. Y yo grito, brinco y pataleo, y le tiro las piedras a la gente. Pero todavía nadie me ha mirado siquiera. Pero de todos modos yo no pierdo las esperanzas. Y sigo vigilando, acá, en mitad del camino, sentado sobre una piedra molestísima, mientras un gran silencio va envolviendo el monte. Sigo esperando a que alguien pase, y aunque no me diga nada de mi familia, por lo menos me mande a la porra, pero que me haga algo.

SEGUNDO FINAL

La casa se está cayendo. Yo algunas veces quisiera sujetarla con las manos y todo, pero sé que se está cayendo, y nada puedo hacer.

Yo miro la casa cayéndose, y pienso que allí fue donde conocí a Celestino, y donde aprendimos a jugar a la marchicha; que allí fue donde ni madre me dio el primer cintazo, y donde por primera vez me pasó la mano por la cabeza. Que allí fue donde abuelo dijo una vez «Pascuas» y se rió a carcajadas, y yo me puse muy alegre cuando él dijo «Pascuas», y no sé por qué, me dio tanta risa y tanta alegría, que me fui para el rincón del corredor, donde crecen las matas de tulipán, y allí, debajo del panal de avispas, me reí y me reí a más no poder. «Pascuas», «Pascuas», «Pascuas». Y me volví a reír a carcajadas y no sentía las avispas, que ya revoloteaban sobre mis orejas. «Pascuas», «Pascuas», «Pascuas».

Y me retorció en el suelo, de la alegría tan grande.

Y ahora la casa se *está* cayendo. Si se llega a caer, qué será de esas voces que todavía oigo repetir: «Pascuas», «Pascuas». Qué será de mí, que aún me retuerzo de la alegría, allá en el corredor y debajo de las avispas. Si se cae la casa, el tinajero se hará trizas, y entonces no voy a poder seguir viviendo. Si se cae la casa, el fogón grande, hecho de ceniza mojada, también se desmoronará, y entonces yo no voy a poder seguir viviendo. Si se cae la casa, toda la algarabía de mis primos, que vienen para la fiesta de Nochebuena, se vendría también abajo, y yo no voy a poder seguir viviendo. Y lo peor de todo: si se llega a caer la casa, tendríamos que mudarnos para otra, y entonces habría que empezar a nacer de nuevo, y a buscar de nuevo otra palabra que me haga reír a carcajadas. Y a convencer de nuevo a las avispas para que armen un avispero en el corredor. Y a hostigar a abuela para que vuelva a tirar el agua dentro del fregadero en el patio, y se haga un fanguero igual que el que hay ahora. Y habría que esperar muchísimo tiempo para que el techo se ponga negro de tizne, como está ahora el de nuestra casa, y a lo mejor ni esperando mucho tiempo se pone así como éste. Y si la casa no tiene el techo tizado yo no quiero vivir en ella. Y si la casa no está llena de rendijas y por cada rendija puedo ver lo mismo que yo veo por éstas, yo no quiero vivir en ella. Y si la casa no tiene unas patas de chivo, colgando junto con unas mazorcas de maíz, del techo, yo tampoco quiero vivir en ella. Y si la casa no tiene una puerta esquina y en la puerta esquina no hay una yagua comida por el comején yo no quiero vivir en ella. Y aun teniendo todas estas cosas: si la casa no tiene un pozo, lleno de culantrillos y de voces, yo nunca viviré en ella... No, no puede haber otra casa que sea como ésta, y que esconda todas las cosas secretas que yo he hecho en ella. La otra será extraña para mí, y yo también le seré extraño.

Y entonces lloro, porque sé que la casa ya no existe más. Pero enseguida dejo de llorar, pues me acuerdo que tendré que mudarme para una casa nueva, que nada sabría de este llanto. Y por lo tanto estoy perdiendo el tiempo.

Veníamos de recoger caimitos cuando mamá, parándose en lo más alto de la arboleda, dijo:

–¡Qué fea se está poniendo la casa! Parece como si se fuera a caer -y se echó a reír.

Yo tiré los caimitos al suelo, y empecé a dar gritos.

–Pero, muchacho, no seas tonto -dijo cariñosa, mi madre, mientras se reía-. ¿No ves que lo que te digo no es más que una bobería que no viene al caso?

Y entramos en la casa, mientras yo me secaba los ojos con la punta del refajo de mamá, pues el vestido lo traía arremangado hasta la cintura, y, como si fuera un serón, venía lleno de caimitos.

La casa está en el suelo; y nosotros recogemos las tablas y las yaguas y las acomodamos, una por una, en su lugar de antes. Las pencas vuelven a ser amarradas con yareyes. Todos trabajamos en la reconstrucción. Yo dirijo la obra. Algunas veces cojo el palo de la escoba y reparto una que otra paliza. Una paliza para mi madre, en el lomo, pues trabaja muy despacio. Otra paliza en la cabeza de la abuela cada vez que ésta se para para coger resuello. Y la última paliza, más fuerte que las demás, para el viejo,

que está encaramado en el techo, y que amarra muy flojo las pencas, y esto puede dar motivo a que algún día la casa se vuelva a caer. Por eso la paliza para el abuelo siempre es la mayor.

Celestino se levantó a medianoche, y no ha vuelto. Yo lo vi levantarse en medio de la oscuridad, y lo llamé bajito para que abuelo no supiera que él estaba durmiendo en la casa. Pero no me contestó. Brincó la ventana, y desapareció entre las primeras neblinas. ¡Qué temprano empieza a caer la neblina en estos días! Debe de ser porque ya se acercan los meses de frío; aunque, a la verdad, que aquí nunca hace frío y el invierno pasa y vuelve a pasar y nosotros nos seguimos achicharrando.

Yo fui a seguir a Celestino, pero cuando traté de levantarme, la bruja llegó y, apretándome la mano, me dijo-«*Déjate, déjate*. Anda, y escribe lo que quiera en los troncos». Eso me dijo la bruja, y yo enseguida me fui quedando dormido, aunque yo no quería, pero por mucho esfuerzo que hice para ahuyentar al sueño, no lo logré y empecé a bostezar y a bostezar, hasta que vi a la bruja, desapareciendo ante mis ojos, y me dije: ya estoy dormido.

Ahora, que ya es mediodía y Celestino no llega, yo no sé qué hacer. Mamá me ha preguntado por él, y yo no me he atrevido a decirle la verdad, porque yo dudo de mi madre y creo que ella le llevaría el chisme al abuelo para que él vaya hasta donde está Celestino escribiendo y le dé un hachazo por la espalda. Por eso no le digo nada a mi madre, aunque a ella no hay que decirle las cosas para que las sepa, pues se da cuenta de todo. Nada más tengo que mirarla para saber enseguida que ya comprendió lo que no le dije. En verdad que es así, y todavía me acuerdo de la vez que me estaba contando un cuento y empezó a llorar. Yo le pregunté por qué lloraba, y ella me dijo: «No me explico por qué quieres que yo me muera. ¿Es que soy tan mala contigo?». No supe qué decirle. Pero me dijo que si yo estaba pensando en que ella se muriera, no era porque yo quería que se muriera, sino porque así yo empezaría a dar gritos, y todo el mundo vendría a oírlos.

–¿Adónde vas? – dijo la bruja.

–A buscar a Celestino.

–Por qué no te quedas quieto.

–No; quiero decirle que abuelo va con el hacha, a cortarle la cabeza.

–Ya tú lo sabes, así que él también.

ELECTRA: *Entonces, ¿dónde está la tumba de ese desgraciado?*

ORESTES: *No hay tal tumba; quien vive, no la necesita.*

Sófocles

Abuelo llega, y le clava el hacha en la cabeza a Celestino. Celestino no grita ni dice ni pío. Nada, nada dice. Con el hacha, abriéndole la cabeza, escribe todavía algo en un tronco, y luego baila un poco junto al coro de primos muertos, que ya aparecen debajo de los gajos de una mata de quiebrahacha. Los primos empiezan a cantarle para que siga bailando. Pero él no sigue. Camina un tiempo por todo el monte. Llega hasta el saó, y desde allí mira para todas las cosas, y me ve a mí, que acabo de salir de la casa para darle la noticia retrasada. Luego se sienta en una piedra, y empieza (con su manía) a escribir en la tierra con un palo. Pero la tierra está demasiado seca, tan seca, que al fin se da por vencido y se acuesta en ella. Y dice la gente que cuando llegaron ya estaba muerto.

Y dice la gente que cuando llegaron ya estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

Estaba muerto.

¡La gente no sabe nada del mundo!

¡La gente no sabe nada del mundo!, yo llegué hasta donde estaba él acostado, y le dije:

–¿Te duele mucho el hachazo?

–¿Qué hachazo? – dijo él. Y empezamos a hablar como ya estábamos acostumbrados: sin decir ni media palabra.

Por la noche ayudé a Celestino a levantarse y fuimos, caminando muy despacio, hasta la casa.

–Ésta es la casa -dije.

–La casa... -dijo él.

La bruja salió a recibirnos, llorando, desde la puerta de la sala.

–¡Yo te lo dije! – decía la bruja-. ¡Yo te lo dije! – Y, abrazándome, dio muchos gritos bajos y, por fin, desapareció en el aire.

Celestino y yo entramos en la sala. Allí estaba mi madre muerta.

–Se murió tu madre -dijo el coro de primos.

–¿Qué madre?...

–Tu madre, la que regaba las matas de guanina y decía que eran sandovalés.

–¿Y la otra?

–La otra hace tiempo que se tiró al pozo.

–¿Y quiénes nos quedan ahora?

–No lo sabemos, pero es posible que todavía te queden algunas que otras madres por ahí, regadas.

–Díganles que ya no vengan.

La sala está repleta. El coro de primos desaparece.

Mi madre relampaguea entre las cuatro velas que arden muy despacio.

¡Avanza! ¡Avanza! Tu madre relampaguea entre las cuatro velas que arden muy despacio.

¡Avanza! ¡Avanza! He aquí a tu madre. Qué feliz sueño. Al fin. Al fin tú eres el centro de todas las miradas.

¡Avanza!

¡Avanza!

¡Avanza!

El coro de primos baja del techo, y llora por ti. Todo el mundo se restriega los ojos, por ti.

¡Avanza!

¡Avanza!

¡Avanza!

Yo avanzo despacio, mi madre me espera muy tranquila, dentro de la caja, que, según mi abuela, es de cedro, y por eso le costó carísima.

–¿Es de cedro esta caja?

–Sí, de cedro.

–¿Y costó carísima?

–Carísima costó.

–¿Cuánto?

–Un ojo de la cara.

–¿De quién?

–De tu abuelo.

–¡Pobre abuelo, cómo habrá peleado!

–Muchísimo, figúrate que de la perrá que cogió no ha podido salir del excusado.

¡Avanza!

¡Avanza!

¡Avanza!

Tu madre te espera en la gran caja. Al fin, por una sola vez en la vida, disfrutarás de este momento estelar. La noche es tuya. Las gentes son tuyas. Tu madre es tuya. El tiempo es tuyo.

¡Avanza!

¡Avanza!

¡Avanza!

Todo es tuyo. Esas caras lloran por ti, y te compadecen, y te tienen lástima. Hasta tu abuela, que tanto siempre te ha odiado, ha preguntado por ti. «Cómo está el vejigo», dijo, entre refunfuños que trataron de ser ásperos, pero que no pudieron serlo. ¡He aquí tu gran día! ¡He aquí tu gran día!

¡Avanza!

¡Avanza!

¡Avanza!

De La Perrera, de Guayacán, de La Potranca, de El Almirante, de Calderón, de Perronales, de Los Lazos, de Auras, de Aguas Claras...; de barrios lejanísimos ha venido la gente, para verte llorar. Llorar, no desperdices esta oportunidad. Todo el mundo se aglomera. Todos se apretujan para verte. A ti, a ti solo. Tú eres el único. ¡Avanza hasta la gran caja que te espera entre las luces parpadeantes!

¡Avanza!

¡Avanza!

¡Avanza!

He aquí tu gran triunfo. Todo el mundo te está mirando.

Anda despacio, aprende a disfrutar de este momento exclusivo. Despacio. Saborea el instante. Saboréalo. Sa-bo-ré-a-lo.

¡Avanza!

¡Avanza!

¡Avanza!

Despacio. Que te oigan llorar. Que te cojan lástima. Que al fin digan: «El pobre». Ya te están cogiendo cariño. Ya te están cogiendo cariño.

Ya no lloran por ella, sino por ti.

Ya quisieran ser tu madre.

Ya te adoran.

Disfruta.

Disfruto.

Llora.

Lloro.

Grita.

Grito.

Abrázate a la caja.

Me abrazo a la caja.

Di: «Madre mía, madre mía, no me dejes solo».

–¡Madre mía, madre mía! ¡No me dejes solo!

Ahora llora más fuerte.

Lloro más fuerte. Da un grito.

–¡Ayyyy!

Tírate en el suelo, pero no des tiempo a que la gente vaya a levantarte, levántate tú antes de que ellos lleguen, y di: «Déjenme solo, déjenme solo con ella».

–¡Déjenme solo, déjenme solo con ella!

Pero no dejes que te dejen solo, porque entonces...

–¡No me dejen solo! ¡No me dejen solo! Ya estás frente a la caja.

Ya estoy frente a la caja. Di, despacio y bajito, «¡Madre mía!».

–Madre mía... «Me dejas solo.» «Ahora, para quién he de cargar agua por las tardes.»

–Ahora, para quién he de cargar agua por las tardes. Quédate dormido, sin soltar la caja de los brazos.

Ya duermo. Ha pasado tu tiempo, debemos volver al maizal.

Ha pasado mi tiempo, debo volver al maizal.

Hoy salimos a pasear y, cuando veníamos, abuela me enseñó a descubrir Las Siete Cabrillas, El Arado y La Cruz de Mayo. Celestino también ya conoce el cielo y, sin que abuela se lo dijera, descubrió el Camino de Santiago. Abuela dijo que me iba a cargar un rato porque seguro que yo estaba muy cansado. Y me cargó. Pero al poco rato fue ella la que empezó a cansarse. Entonces me puso en el suelo y me dijo: «Dame la mano, no vaya a ser que tropieces con algún troncón». Y seguimos caminando. Llegando ya a la casa yo tropecé con el troncón, y me lo clavé en el estómago. Abuela me sacó el troncón del estómago. Pero ya estaba muerto.

–Yo he tenido la culpa -dijo entonces la abuela, levantándose lo más alto que pudo-. ¡Yo he tenido la culpa, porque no lo traje cargado hasta la casa!

–¡No seas faina! – le dijo el abuelo-. ¡Qué culpa vas a tener tú de que este babioca no sepa dónde pone los pies!

Mi madre dio un maullido enorme, y salió del cuarto.

–¡Lo único que me quedaba, desgraciados! – dijo, y me cogió en sus brazos, arrebatándome de los de la abuela.

–¡Ya para qué vida! – volvió a decir, y salió conmigo muerto para el patio.

Había mucha neblina en el patio. Celestino estaba entre la neblina, y me sonrió cuando me vio pasar, en brazos de mi madre. «Esta noche quemaremos arañas», oí que me decía, con su sonrisa picara, pero no le dije nada, por miedo a que mamá me oyera y sospechara que él andaba cerca.

–Sí -le dije yo a Celestino a las dos o tres semanas de aquella noche, pues hasta ese momento mi madre todavía no me había soltado de sus brazos, y, como una loca, había caminado todo el monte, y volvió a la casa, ya medio desnuda y con los pies hechos pedazos, soltándome al fin.

Al fin se está acercando la Nochebuena y todos mis primos han venido con sus tías a cuestras. Mis tías son muy escandalosas y no dejan de pelear ni un momento. Pero mis primos son distintos, y, según ellas, siempre las están mortificando. Once son mis tías y más de cincuenta mis primos... ¡Qué de gente en la casa, madre mía! ¡Qué de gente! Ésta va a ser una Nochebuena como pocas. Ya los lechones casi están en las púas, y todos jugamos y cantamos en la arboleda llena de anones verdes y hormigas rabúas. ¡Qué bueno si siempre fuera Nochebuena! Así mis primos estarían en casa todo el año. Y yo podría jugar con ellos cada vez que quisiera. Siempre estaríamos jugando al Matarilerón, o a la marchicha, o al escondido. A cualquier cosa. Pero que ellos estuvieran siempre conmigo. ¡Que no se fueran nunca!... El coro de primos se acerca al coro de primas y «piden la dama». Ahora tenemos que buscarle el oficio.

Qué oficio le pondremos, señor Matarilerile.

Qué oficio le pondremos, señor Matarilerón.

Le pondremos costurera, señor Matarilerile.

Le pondremos costurera, señor Matarilerón.

Ese oficio no le agrada, señor Matarilerile.

Ese oficio no le agrada, señor Matarilerón.

En caballos muy grandes y hechos de palos de úpitos, hemos cabalgado toda la tarde. ¡Pobres caballos: ya deben de estar muertos de cansancio! Mejor será que los llevemos para el potrero.

Celestino y yo echamos a correr sobre los caballos de palo, y los amarramos en el guaninas para que no se puedan escapar, pues estos caballos son medio cerreros todavía, y si uno no los amarra bien se van como si nada. ¡Los muy condenados!

Sobre la mata de cereza tus primas han hecho una casa de tabla. Y juegan. Qué lindas se ven tus primas sobre

Toda escritura conduce más allá de los límites terrestres.

El Padre Charles

la gran mata de cereza que parece desgajarse de tanto peso. ¡Míralas! Míralas jugando a *la casita*. Ahora están encendiendo el fogón. ¡Míralas! Míralas jugar sobre la gran tabla y las mesas viejas que han puesto sobre los gajos altísimos. Dicen ellas que la casa es una casa hecha de muchos pisos. Y es verdad. ¡Qué linda y qué alta es la casa de muñeca de tus primas!, donde ellas cantan y pelean, barren y cocinan. ¡Míralas! ¡Míralas! Hoy parece que es el día de hacer la visita, pues todas están en el mismo lugar, y hablan, y hablan, y hablan. Hablan de sus hijas, de la enfermedad que cogió una de sus muñecas al tomarse un vaso de leche de chipoyo. De la varicela que infesta todas las casas. Para ellas las abejas son los espíritus, y cuando cruza alguna que va a chupar las flores de cereza, ellas se persignan, y mueven los labios, como si de verdad rezaran. ¡Mira! Mira a tus primas allá arriba, jugando a la casita. Hablan y hablan, y una ha puesto a hacer el café y otra ha amarrado un saco de un gajo a otro, y mece a una muñeca que al parecer no quiere dormirse. ¿Será necesario que tú te encarames hasta el capullo de la mata de cereza, y le des cuatro nalgadas? Tú eres el padre de esa criatura y debes imponer el respeto. Pero no..., aunque sé que estás loco por subir, no lo puedes hacer. Confórmate con mirarlas desde abajo; tú no eres una niña. «*Tú eres un hombrecito y no debes estar jugando siempre con las hembras*»... Tú eres un hombrecito...

–¡Zángano! ¡Otra vez con las muchachitas!...

La muñeca sigue llorando y pataleando, y de una gran mecida se desprende de la hamaca y, rodando de gajo en gajo, cae al suelo, lleno de mierdas de gallina, porque en esa mata de *cereza* también duermen las gallinas. Tú corres hasta donde está la muñeca, y, sin tener en cuenta que te estás cagando las manos, la tomas corriendo y, corriendo con ella cagada, te escondes detrás del mayal. Ahora la meces y la besas. Y al besarla tus labios se embarran de mierda de gallina. Pero, ¿quién está cerca de ti para darte un trompón? Nadie. Nadie te observa. Puedes hacer lo que te dé la real gana. Nadie te está mirando. Es tu oportunidad.

–Esas mujeres no te saben cuidar como yo sé... ¡Ven, estáte quieta! Estáte quieta conmigo, aquí detrás del mayal. ¡Ven, que nadie te va a pegar! Quédate aquí conmigo, no le hagas caso a esas turulatas. ¡Ahora estás conmigo aquí, sola! ¡No llores! ¡No llores! Que ya te estoy meciendo. ¡Ya te estoy meciendo!

Mécela. Mécela.

–A ver, cállate la boca. ¡Que los muchachos no nos descubran! Que no se enteren que estoy haciendo puercadas con una muñeca de trapo. ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! No llores...

Mécela. Mécela.

–¡Ya están buscándome! Ya vienen. ¡Debo apurarme!

–Apúrate. Apúrate.

–¡Se están acercando! Como me cojan haciendo esto con una muñeca, me caerán a pedradas.

Se están acercando, como te cojan haciendo eso con una muñeca te van a caer a pedradas. Ciérrate la portañuela, ya están cerca. Déjalo para otro día. Muchacho, estate tranquilo. Ahí viene la gente...

–A ver: no llores que te voy a mecer. No llores, que nadie nos está mirando. Eso que hizo «fuiiiii» fue una lagartija. ¡Las condenadas lagartijas me odian a muerte y no hacen más que joderme! Pero no les hagas caso, no son más que unas lagartijas. ¡A ver! ¡A ver! Ya estamos terminando. ¡Son lagartijas! ¡Lagartijas! ¡Estáte quieta!... ¡Lagartijas!... ¡Lagartijas!...

Ahí se acerca el grupo de muchachos, y con tu abuelo al frente. Ya vienen. Ya te han visto. ¡Te han cogido haciendo la cochinado! No importa que hayas terminado: de todos modos ya te vieron. ¡Sal corriendo antes que te cojan! Sal corriendo. Ya no tienes tiempo ni para subirte los pantalones. Sal corriendo. Sal corriendo.

Todos mis primos me han visto. ¡Qué vergüenza! Me muero de la pena. Con qué cara voy a volver a jugar con ellos, y a salir por ahí, a tirarles piedras a los pájaros. ¡Qué vergüenza!... Hasta mi madre sabe la noticia, y también viene corriendo hasta donde yo estoy con los pantalones arremangados y la muñeca embarazada.

–¡Animal! ¡Animal!

Ésa es tu abuela. Oye cómo te está gritando. La muy condenada, te tiene una inquina que no puede verte. Siempre que voy a la cocina me tira agua caliente, y un día por poco me estrella la piedra de pilar los ajos en la cabeza. ¡La muy maldita! Te odia a más no poder.

–¡Puerco!... El otro día me ahogó la gallina americana que ponía un huevo todas las tardes.

–¡So burro! Debiera darte vergüenza. Ya no eres un muchacho.

–¡Zoquete! Espera a que te coja que te voy a capar.

Óyelo, ése es tu abuelo. Él también es de los *buenos*. Qué odio le tengo a ese viejo maldito. ¡Como si él no hubiera sido quien me enseñó a hacer estas cosas! Sí, él fue, que siempre que iba a bañar las potricas al río, después que las bañaba me ponía a mí a que las sujetara por el freno, mientras él las trasteaba y las volvía a trastear por detrás.

–¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo!

¡Oye a tus primos! Mis condenados primos que también hacen puercadas, igual que yo; y una vez mataron a una infeliz chiva... Pero, de todos modos: ¡qué vergüenza!, con todo el mundo; porque ya todos lo saben. Y ellos lo hacían siempre en tal forma que no había quien se enterara. ¡Qué vergüenza!, ya todos lo saben, y hasta Celestino lo sabrá también. Él, que nunca ha hecho ninguna de estas porquerías. ¡Qué pena! ¡Qué pena! Mejor sería estar capado para que no me entraran esas furias. Eso es lo que debo hacer. En cuanto tenga una oportunidad voy a afilar el cuchillo en la piedra de vueltas y me voy a capar. Eso es lo que harás. Eso es lo que haré. Ya vienen corriendo. Ya te están agarrando. Sal huyendo. Sal huyendo.

–¡Viejo maldito!, a mí sí que no me vas a dar un hachazo.

–¡Párate ahí, desgraciado, no creas que te vas a escapar!

–¡Cójalo!

–¡Él fue quien ahogó a mi gallina americana!

–¡Que se escapa!

–¡Dios mío!, si va desnudo. ¡Qué vergüenza!

–¡Atájenlo!

–¡Muchacho, que te puedes dar un arañazo en los güevos!

–¡Desgraciado, no me van a ver nunca más el pelo!

–¡Ojalá y te murieras!

–¡Salvaje!

–¡Bruto!

–¡Muchacho!, súbete los pantalones antes de que te des un arañazo.

–¡Achújenle los perros!

–¡Déjenlo!, que si se sale al camino real se lo llevarán preso.

–¡No me van a coger! ¡No me van a coger!

–Tal parece como si tuviera al diablo metido en el cuerpo. ¡Miren cómo dejó a la muñeca!...

–¡Dios mío!...

–¡Ay!, y eso que ustedes no vieron la gallina americana que ponía un huevo todos los días...

–Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendito sea el fruto de tu vientre.

Santa María, Madre de Dios. Madre de Dios, madre de Dios, madre de Dios...

–¿Qué pasa?

–Aquí le faltan unas hojas al libro de oraciones.

–¡Virgen Santísima!, quién habrá hecho eso.

–Yo sé quién fue.

–¿Quién?

–No lo digo.

–¡Dilo, si no quieres que te estelle contra el suelo!

–¿Quién te mandó a arrancarle las hojas al libro de oraciones?

–Yo no sabía que era de oraciones.

–¡Si lo que mereces es que te mate a palos! Mira la vergüenza que hemos pasado: invitar a la mujer de Tomásico (que es la única criatura que sabe leer en todo el barrio), tenerla que ir a buscar a caballo, y regalarle dos guanajos, para que leyera el novenario a tu madre, y tú haces eso. ¡Si lo que mereces es que te mate a palos!

–La culpa la tiene el primo, que desde que llegó a esta casa no hace más que enseñarle cochinadas.

–¡Mentira!

–¡Cómo te atreves a desmentir a tu abuela! ¡Coge!«»)!. – ¡Mentira! – ¡Coge!

–¡Celestino no me ha enseñado nada! ¡Todo yo lo sabía desde antes!

–¡Cállate la boca, si no quieres que te la rompa!... Que se me cae la cara de vergüenza al ver que ese come-mierda ha llenado todos los troncos de las matas de malas palabras. Y ya tu abuelo está que no puede más con el dolor de los riñones, pues se ha tenido que pasar el día tumbando los árboles que ese babiaca garabateó...

–¡Eso no es verdad! Lo que él escribe es una poesía...

–¡Qué poesía ni qué carajo!

–¡Poesía, que eso fue lo que él me dijo!

–¡Y tú le haces caso a todo lo que te dice ese sinvergüenza! ¡Hijo de los Pupos tenía que ser!... Yo bien que se lo dije a tu abuelo cuando el padre de ese degenerado vino a pedir a Carmelina. Yo bien que le dije que esa gente no servía para nada. Pero él, por tal de salir de ella, se la dio. Y ahí tienes el resultado: un muchacho asqueroso, que no da un golpe, y que lo único que hace es escribir puercadas en las matas. Y ya horita nos asaremos del calor, porque pronto no quedará ni una mata en todo el patio que tu abuelo no haya tenido que tumbar. Ay, si se me cae la cara de vergüenza al pensar que alguien que sepa leer pase por aquí y vea una de esas cochinadas, escritas en las matas. ¡Qué pensarán de nosotros!

...
–¡Cómo sabes tú lo que él escribe, si tú tampoco sabes leer!...

–Yo no sé, pero la mujer de Tomásico sí sabe; y cuando la llevamos hasta los troncos que Celestino había garabateado, pensando que el pobre muchacho lo que hacía era poner el nombre de su madre muerta... ¡El nombre

Soy el que, sin cesar, me hago.

Tristan Corbière

de su madre muerta!: ni siquiera se acuerda quién era su madre. Sí, señor, así como lo estás oyendo; y, si mal no recuerdo, una de las cosas que leyó la mujer de Tomásico decía: «Quién será mi madre», «Quién será mi madre», «Que la busco en el excusado y no la veo»... ¡Dime, tú!: una mujer que no hacía ni ocho días que estaba muerta, y ya él ni se acordaba quién era... ¡Y después decir que la busca en el excusado! ¡Eso es lo último! ¡Buscar a una muerta en el excusado! ¡Como si fuera un mojón!

Los hachazos se oyen ahora más claros. La figura del ancianito Celestino se deja ver de vez en cuando, confundido entre los grandes troncos, escribiendo y escribiendo sin cesar. Yo me le acerco y lo miro un momento. Pero enseguida bajo la cabeza, y me siento en el camino para vigilar. Y, afilando bien las orejas, me doy cuenta de que los hachazos se van acercando cada vez más.

Celestino no oye nada. Hace una semana que no descansa ni de día ni de noche, y ni siquiera ha probado un bocado. Yo voy corriendo a la casa y le robo algo de comer a la abuela, y se lo traigo a él. Pero él no me hace ni pizca de caso y como un loco escribe y escribe, y yo me digo: no es posible que sean malas palabras lo que él está poniendo. No puede ser, debe de estar escribiendo algo muy lindo, que la muy yegua de la mujer de Tomásico no entiende, ni yo tampoco, y por eso dice ella que es algo asqueroso. ¡Salvajes!, cuando no entienden algo dicen enseguida que es una cosa fea y sucia. ¡Bestias! ¡Bestias! ¡Bestias!... Si yo pudiera por lo menos aprender a escribir la palabra esa: «Bestias». Si la pudiera aprender a garabatear. Si alguien me la enseñara... Ésa es la única que quisiera saber, para empezar a ponerla en todos los troncos, y hasta en los gajos de las matas de guayabas, y hasta en la ceiba que tiene tantas espinas. En todos pondría: «Bestias», «Bestias», «Bestias». Hasta que no quedara ni una sola mata que no tuviera esa palabra garabateada. Y el condenado de abuelo se volvería loco, tumbando árboles y más árboles. Y en cada uno de los que fuera a tumbar, con lo primero que se encontraría sería con la palabra «Bestias». Y siguiera tumbando, y los árboles le siguieran diciendo *bestias*, hasta que ya no pudiera más, y cayera al suelo, muerto de cansancio... Pero no. Esto no daría resultado, porque el bruto de abuelo es tan burro que, como yo, tampoco sabe ni la o... Pero no importa que yo no entienda lo que Celestino está escribiendo. Yo sé que es una cosa muy linda, que si fuera algo feo mi familia no lo persiguiera.

–¡Ahí viene abuelo, hecho una furia! ¡Vámonos corriendo!

–¿Para dónde?

–Para allá.

–Si por allá es por donde viene.

–Vámonos por este lado.

–Allí también está parado.

–¡Vámonos por aquella esquina!

–Por ella se acerca corriendo. ¡

–¡Alcemos el vuelo!

–Míralo allá, entre las nubes, con el hacha en las manos.

–¡Qué hacemos!

–Vamos a ver si podemos convencerlo.

–Pero, ¿cómo?

Abuela y abuelo nos han llevado al río.

Pero ellos no quisieron bañarse.

Yo les dije que por qué no se bañaban y ellos me dijeron que ya estaban muy viejos para esas cosas, y que nos bañáramos nosotros.

Entonces yo me tiré al agua.

Y nadé junto a mis primos.

Éramos tantos que casi no cabíamos en el río. Y yo me zambullí y fui nadando hasta donde estaba Celestino, y lo empujé al charco hondo.

Celestino se estaba ahogando. Pero yo corrí, y lo salvé.

–No dejes que me ahogue -decía, y me agarraba por el cuello-. ¡No dejes que me ahogue!

Y nadamos hasta la orilla.

Entonces yo lo acosté sobre la yerba, y me fui con los demás primos.

–¿Qué le pasaba a Celestino? – dijo abuela.

–Se estaba ahogando y yo lo salvé -dije yo.

–Qué muchachos estos. ¡Siempre están jugando al ahogado!

Toda la noche la he pasado en vela. Celestino no se siente bien. Pero no quiere decir nada. Aunque de todos modos yo sé que está malo. Las sábanas hierven de la fiebre que él tiene, y están empapadas, como si alguien se hubiera orinado en ellas, de tanto que ha sudado.

–Te estás muriendo.

–¡Qué bobería!...

–¿Quieres que te haga un cocimiento de apasote?

–No.

–¿Qué quieres?

–Nada. Me estoy acordando de lo que me dijo el mes de enero.

–¡Madre mía!...

–Tú también te estás acordando, ¿verdad?

–Me estoy casi acordando... Pero todavía no doy con la palabra.

Al fin ha llegado el día de Nochebuena. Me levanto bien temprano y empiezo a dar voces, para que todo el mundo se despierte. La algarabía de mis primos es interminable. Mis tías pelean a voz en cuello, y no saben qué hacer. Todos los muchachos corren de un lado para otro, brincando de cama en cama, dando voces, mientras nos tiramos cosas por la cabeza. Abuela está que echa chispas, pues abuelo está borracho, y no quiere matar los lechones.

–¡Siempre me toca a mí hacerlo todo! ¡Yo soy la esclava de esta casa! ¡Ese viejo lo único que sabe hacer es emborracharse, y ya!

–¿Y ya?... -le pregunta una de mis tías, y todas las demás se echan a reír. Las muy picaras...

Madre mía, qué alboroto. Qué alegre estoy. Voy corriendo hasta el patio, y me encaramo en lo alto de la mata de ceiba, de un solo brinco... Allí está Celestino, en su nido. «Hoy es día de Nochebuena», le digo. «¿No te alegras?» «Sí, sí, me alegro mucho», me dice. Pero a mí me parece que está muy triste. «No piensas salir hoy del nido.» «No, no voy a salir, pues la paloma no ha vuelto en toda la noche, y yo tengo que quedarme, calentando los huevos...» Estuve muy serio por un momento; pero enseguida doy un salto, suelto la carcajada, y, encaramándome sobre una nube, le digo a Celestino: «Bueno, ya te contaré cómo va la fiesta, y te traeré dulces y todo».

Los lechones ya están en las púas. Abuela asa los tres al mismo tiempo, pues abuelo no ha podido levantarse de la cama (aunque yo creo que él brincó por la ventana y cogió el monte) y mis tías y mis

primos están bailando en la sala. ¡Qué linda está hoy mi madre! Ella también está bailando en la sala. ¡Qué linda está hoy mi madre! Se ha quitado ese carapacho negro que siempre lleva auestas, y se ha puesto un vestido de flores muy grandes, que parecen hojas de crotos, y baila, mientras un grupo de primos toca en el fondo de un taburete y canta cosas muy alegres. Celestino, algunas veces, se baja del nido, y viene revoloteando hasta mí. Yo soy el único que lo veo llegar, y enseguida lo veo volver a irse, muy serio, y quedo algo preocupado. Pero es tan grande la fiesta, y tanta la algarabía y la risa y el escándalo, que ya casi olvido a Celestino; y solamente cuando lo veo venir sobre el aire, muy silencioso, y posarse sobre uno de mis hombros, me doy cuenta de que él existe, y que está allá arriba, entre las espinas de la mata de ceiba, calentando unos huevos que ni siquiera son suyos... Al fin abuela saca los lechones de las púas, y los pone sobre una yagua. Nosotros nos abalanzamos a ellos. Pero abuela nos sitúa a raya, cogiendo un palo, y nos dice:

–¡Ordénense, si quieren que les dé un pellejo!

Mis tías dejan de bailar. ¡Qué cómico!, todas mis tías bailan solas porque ninguna tiene marido. Es que a ellas no hay hombre que las resista, y las pocas que se casaron, lo hicieron de puro milagro; pero en cuanto los maridos se dieron cuenta de la clase de mujeres que habían cargado: desaparecieron y no dejaron ni el rastro... Aunque, según mi abuela, mis tías están desmaridadas por una maldición que les echó Toña la lavandera, que vivió siempre enamorada de abuelo, y abuela le dio a tomar café embrujado. Y la mujer estiró las patas. Pero antes de morir, dijo: «Que en tus hijas se ensuelva, desgraciada, este mal que me echaste». Y bien parece que se ensolvió, porque todas andan al garete, sin nadie que las quiera ni mirar.

Ahora están sentados a la mesa. Ya te sirven la comida. Tu madre te quiere mucho, busca la mejor posta para ti. Pero tú no debes comer tanto. Acuérdate que hoy es el Gran Día.

Ahora están todos sentados a la mesa, la hora del gran día ha llegado.

El coro de tías entra, vestido de harapos.

Los duendes han venido en grupos. Y tus primos muertos ya resplandecen, y cobran su forma de siempre.

Tu madre viene peleando desde la cocina, y dice: «Él se comió todo el lechón».

La abuela, que había bebido demasiado vino tinto, se come ahora un trozo de plátano hervido, y cada vez que te mira escupe en el suelo.

Momentos antes de que lleguen las brujas, entra el abuelo, con un pájaro muerto entre las manos.

ABUELA (*al abuelo*): ¡Borracho! Dónde te has metido. ¡So haragán! Yo sola he tenido que hacerlo todo en esta casa. Y tú, ¡zángano!, por ahí, cazando pájaros...

ABUELO: Estoy borracho como una uva, pero eso no impide que tenga puntería. Y esta noche te lo voy a demostrar...

ABUELA: ¡Puerco!

ABUELO: Sí que tengo buena puntería. Mira, fui a revisar la mata de ceiba, para ver si el babieca de Celestino había puesto alguna indecencia en ella, y mira lo que traigo: ¡un pájaro como hay pocos! ¡Fíjate en los colores!

TÚ: ¡Déjenme verlo!

ABUELO: Échate para atrás, ¡rastrojo!, que siempre tienes las manos embarradas de mierda.

ABUELA: Eres peor que un muchacho, ¡mira que salir a cazar pájaros hoy: con el trabajo que hay en esta casa!

ABUELO: Te digo que no salí a cazar nada. Pero me lo tropecé en el nido. Tiré la piedra para asustarlo. Y cayó muerto al suelo.

TÚ: ¡Déjenme verlo!

CORO DE TÍAS: ¡Qué muchacho más necio! ¡Será posible!... ¿Qué interés tiene en ver ese pájaro? ¡Estáte tranquilo si no quieres que te caigamos a golpes, ya que la vaca de tu madre no te pone la mano encima. Ah, pero con nosotras sí que la cosa cambia. ¡No pienses que vas a ser un degenerado igual que tu padre!

LA MADRE: ¡Primero muerto!

abuela: ¡Salvaje! ¿Cómo puedes hablar así, no ves que él te está oyendo?

CORO DE TÍAS (*a la abuela*): Ella ha dicho bien. Qué mayor desgracia que tener un hijo degenerado. ¡Ni la muerte misma!

abuela: ¡Bestias!

CORO DE PRIMOS MUERTOS: Qué tristeza tan grande: fui al arroyo a pescar, y no cogí ni un pití. En el camino no supe qué hacer, y, de pronto, se hizo de noche. Entonces me senté sobre una piedra y lloré. Pero nadie vino y me dijo «qué te pasa».

LAS BRUJAS (*entrando por la puerta de la sala*): Nadie vino y me dijo «qué te pasa».

CORO DE PRIMOS MUERTOS: El pozo es el único que sabe que yo estoy triste hoy. Si hubieras visto cómo lloró también, junto conmigo. Pero eso no me consoló ni pizca, porque yo sé que el pozo soy yo, y por eso me oye; pero como es así, nadie me oye... En toda la noche no hallé ni a un alma viviente, sólo muertos y árboles.

Y entonces no me quedó más remedio que empezar a garabatearlos, para que al menos ellos supieran algo.

LAS BRUJAS: Supieran algo...

coro DE primos MUERTOS: Pero yo soy muy bruto, y no sé escribir. Y ahora estoy pensando que a lo mejor he puesto una barbaridad. De todos modos me siento mejor. Llego de madrugada a la casa, y allí está él, dormido. ¿Quién será? Nunca le he hablado. Nunca le he dicho ni media palabra. Pero siempre está allí, ya dormido. Esperándome; porque yo sé que me estuvo esperando.

Y como yo tardé, se fue quedando dormido. Pero así y todo, yo sé que estaba esperando.

LAS BRUJAS: Me estaba esperando.

CORO DE PRIMOS MUERTOS: Pero a mí me da mucho miedo despertarlo, pues no sé..., y a lo mejor me estaba esperando para matarme...

UN DUENDE: ¡Si me miras a los ojos, caes muerto!

OTRO DUENDE: ¡Caes muerto!

CORO DE DUENDES: ¡Mírame a los ojos! ¡Despiértame y mírame!

(*Todos comen. La conversación se irá desarrollando sin que la cena se interrumpa.*)

CORO DE TÍAS (*a ti, y sin dejar de comer*): Estás pálido, estás triste.

TÚ: No.

CORO DE TÍAS: Sí, se te ve en los ojos. Estás enfermo. Será mejor que tu madre te acueste.

TÚ: Déjenme.

CORO DE TÍAS: ¡Estás muriéndote!... ¡Al fin! ¡Al fin se está muriendo!

ABUELO: ¡Si miras para los ojos de este pájaro, caes muerto! ¡Caes muerto! ¡Caes muerto!

LA MADRE (*tocándote por encima de la mesa*): Es verdad, tiene fiebre. (*Se pone de pie y da un maullido.*) ¡Mi hijo se está muriendo!

ABUELO: ¡Si cierras los ojos verás al pájaro mirándote!

LA MADRE: ¡Se muere!...

ABUELO: Si abres los ojos verás al pájaro mirándote.

LA MADRE: Se muere...

CORO DE TÍAS: ¡Traigan una vela! ¡Traigan una vela! ¡Al fin!

LA MADRE: ¡Dios mío!

TÚ: Enséñenme el pájaro. ¡Enséñenme el pájaro!

ABUELO (*muy alegre*): ¡Aquí está! ¡Míralo!

TÚ: ¡Celestino!

ABUELO: Sí, ¡tú!

LA MADRE: Se muere...

CORO DE TÍAS: ¡Al fin! ¡Al fin! Y no deja de ser justo que nos alegremos: ya él se liberó. Aquí las desgraciadas somos nosotras. Nosotras, las víctimas, hijas de ese viejo borracho y de esta vieja loca.

ABUELA (*que no ha dejado de comer*): ¡Malditas! (*Sigue comiendo.*)

CORO DE TÍAS: Sí, malditas nosotras. Tú al menos tuviste la oportunidad de parir mucho.

¿Cuántas noches alegres te reportamos cada una de nosotras?, ¿cuántas noches? ¿Cien?

ABUELO (*con picardía*): Oh, más, más...

CORO DE TÍAS: ¿Doscientas setenta? Doscientas setenta, sí, lo justo. Doscientas setenta noches de forcejeo por cada desgraciada de nosotras.

abuelo: ¡Exacto! ¡Exacto! Y a veces más...

ABUELA (*interrumpiendo la comida*): ¡Malditas!

CORO DE TÍAS: ¡Durante cincuenta años o más pasaremos hambre! Comeremos tierra. Viviremos sin hombre, porque a estos viejos les dio la gana de divertirse todas las noches.

abuela: ¡Malditas!

CORO DE TÍAS: ¡Malditos! ¡Malditos!

ABUELA (*al abuelo*): Así terminan siempre las Nochebuenas aquí. Ay, Dios mío, qué tragedia tan grande la de esta casa. ¡En vez de parir personas he parido fieras! Ni siquiera un día en el año podemos estar tranquilos y comer juntos, como si fuéramos personas. ¡Fieras!, ustedes son las malditas. Qué culpa tengo yo de que no hayan encontrado con quién acostarse. ¡Yo sí lo encontré! ¡Mírenlo aquí! (*Señala para el abuelo.*)

ABUELO (*levantando el pájaro muerto*): Aquí estoy.

ABUELA: Ése es el padre de ustedes, peléenle también, que yo sola no las traje al mundo. Y de haberlo hecho hubiera traído otra cosa mejor, y no la mierda que el padre de ustedes siempre ha hecho..., porque no sabe hacer otra cosa. ¡Un buen marido es lo que siempre he necesitado!

EL ABUELO: ¡Bendito sea Dios!

ABUELA: ¡Un buen marido!

CORO DE TÍAS: ¡Un buen marido! ¡Un buen marido!... (*Bailan unas con otras, el abuelo y la abuela también bailan.*) ¡Un buen marido! (*El abuelo tira el pájaro sobre la mesa y sigue bailando.*)

LA MADRE (*gritando*): ¡Se ha muerto! ¡Se ha muerto!

(*Tú te levantas y pasas para el grupo de los primos, los duendes y las brujas.*)

CORO DE PRIMOS MUERTOS (*deteniéndose*): ¡Aquí no vengas si no has cumplido la promesa, la palabra que nos diste! (*Lo rechazan.*)

Tú: Ya estoy muerto.

UN DUENDE: Vuelve a vivir.

TÚ: ¿Cómo?

TODOS LOS DUENDES: ¡No sé!

UNA BRUJA: Vamos a ver...

TODAS LAS BRUJAS: Veamos...

UN PRIMO MUERTO (*llorando*): ¡Celestino! ¡Celestino! ¡Cómo te atreves a venir con las manos vacías!...

TÚ: Me mataron antes de tiempo.

LA MADRE (*se te acerca, te pasa la mano y llora*): Ay, hijo mío. Lo único que me quedaba en el mundo. Qué será ahora de mí. (*Deja de llorar y sigue bailando, al compás de una música estridente, igual que bailan las tías, el abuelo y la abuela.*)

LAS BRUJAS: No lloren, algo queda aún por hacer.

TÚ: Qué puedo hacer, si ya estoy muerto.

UNA BRUJA: ¡Volver a vivir!

¿Para quién se engalana la naturaleza este año?

Pan Yuan Tche

TÚ: Me matarán de nuevo.

UN PRIMO MUERTO: Sí, pero antes cumplirías tu promesa.

LAS BRUJAS: ¡La promesa! ¡La promesa!

UNA bruja: ¡Vuelve a la vida!

LAS brujas: ¡La promesa! ¡La promesa!

UNA BRUJA: ¡Vive! ¡Vive!

UN primo MUERTO: Toma este cuchillo de mesa. Entiérraselo por la espalda al asesino tuyo y al de Celestino.

CORO DE DUENDES: ¡Al de Celestino! ¡Al de Celestino!

UN PRIMO: Espérate, déjame sacarle un poco de filo. (*Le saca filo al cuchillo.*) ¡Aquí lo tienes, afilado! ¡Entiérraselo mejor en el cuello!

LAS BRUJAS (*entusiasmadas y alegres, como si, de pronto, hubieran descubierto la palabra salvadora*): ¡El cuello! ¡El cuello! ¡El cuello! (*Luego va disminuyendo la exclamación y por último fenece. Comienza entonces el coro de primos muertos.*)

CORO DE PRIMOS MUERTOS (*muy alegres*): ¡En el cuello! ¡En el cuello! ¡En el cuello! (*Las voces van disminuyendo hasta que concluyen, muy bajas.*)

UNA BRUJAS: ¡Ya está vivo!

UN PRIMO MUERTO (*abrazándote*): ¡No dejes de clavárselo bien hondo! Recuerda que él fue quien nos mató a todos nosotros, quien mató a Celestino, y quien te mató y tratará de volver a matarte.

TÚ (*caminando por sobre la mesa, con el cuchillo empuñado con las dos manos*): Hoy hemos regresado muy tarde del monte. Nos entretuvimos mucho consiguiendo caimito, y tirándole piedras a una lagartija que a cada golpe ponía un color diferente. Llegamos a la casa y Celestino, como siempre, me deja solo en la puerta. Ahora saldrá mi madre, y me preguntará quién me ha matado.

LA MADRE (*deja de bailar y corre hasta la mesa, y te abraza*): Quién te ha matado. ¡Quién te ha matado! (*Vuelve a incorporarse al baile. Tú te tiras de la mesa, de un brinco.*)

CORO DE TÍAS (*sin dejar de bailar*): ¡Ay, un marido, ay, un marido!

TÚ (*voz, fuera del comedor*): ¿Qué lugar será éste? Aquí debe de ser donde viven las brujas. ¿Quieres que entremos?... (*Silencio.*) Bueno, si no quieres no entramos.

coro DE brujas: ¡Entren! ¡Entren!

TÚ (*voz, fuera del comedor*): Oye cómo nos llaman, mejor será que no le hagamos caso. (*Te acercas ahora, con el cuchillo, hasta donde está tu abuelo bailando.*)

ABUELA (*a ti, sin dejar de bailar*): ¡Otra vez llegas tarde! ¡Ya no te hemos dejado ni las sobras!

CORO DE TÍAS: ¡Vejigo malcriado! Estás muy grande para tener que estar siempre regañándote.

LA MADRE: Ay, este muchacho va a acabar conmigo. ¡Ya no puedo más!

(*Te sientas en uno de los taburetes, con el cuchillo escondido siempre tras la espalda. Ahora todos permanecen inmóviles, y solamente se oye el ruido que produce un hacha, que corta, corta sin cesar.*)

ABUELA: ¡Ya estamos muy cansadas! Mejor será que lo matemos. (*Sale del comedor. Se vuelve a escuchar el ruido del hacha. Entrando con un hacha en las manos. Al abuelo.*) Aquí tienes el hacha: mávalo ahora.

ABUELO: ¿Está bien amolada?

ABUELA: Sí.

CORO DE TÍAS: Pruébala primero, no vaya a ser que falles el golpe.

ABUELO: A ver, tráiganme acá el pájaro para que vean cómo me lo llevo de un tajo.

VOCES del CORO DE PRIMOS MUERTOS (*fuera del comedor*): Oye, nos están siguiendo de cerca. Mejor sería que dejaras de garabatear un momento aunque fuera. ¡Vámonos corriendo!

¡Pascuas!...

Mi abuelo

LA ABUELA (*trayendo el pájaro y colocándolo sobre el suelo*): Ahora verás si corta o no corta esa hacha.

ABUELO: Vamos a ver, porque si no corta te la estrello en la cabeza.

abuela: ¡Bruto!

(*El abuelo mira con furia a la abuela y trata de darle un hachazo, pero una de las tías se interpone; en el forcejeo recibe un golpe de muerte, y cae, pataleando, en el suelo*)

ABUELO: Otra desgraciada que pasa a mejor vida.

LAS BRUJAS (*saliendo de entre las tinieblas, con sonrisas burlonas y gritos chillones*): ¡A mejor vida! ¡A mejor vida! ¡A mejor vida!

CORO DE TÍAS: Pobre desgraciada, así termina, como terminaremos todos: víctimas de un hachazo de esta bestia que tenemos por padre. Ya todos mis hijos han caído bajo su hacha. ¡Condenadas de nosotras!, que hemos tenido que contemplar esta escena sin poder chistar, ni protestar. Ni llorar siquiera. Pero ya se terminó nuestro aguante. ¡Para seguir trabajando como una mula y seguir comiendo líos de maíz, prefiero el infierno!

LAS BRUJAS (*como reanimándose*): ¡El infierno! ¡El infierno! ¡El infierno!

UNA DE LAS TÍAS (*dando gritos*): ¡Ay, déjenme, aunque sea, entrar en el infierno!

(*Todas las tías andan hacia delante con las manos extendidas.*)

UNA DE LAS TÍAS: ¡Miren mis manos! ¡Están hechas trizas! (*Extiende aún más las manos hacia delante.*)

DOS TÍAS (*con las manos extendidas*): ¡De picar piedras tengo las manos hechas trizas!

TODAS LAS TÍAS (*extendiendo más las manos*): ¡Aquí traigo mis manos hechas trizas!

UN DUENDE (*caminando en un solo pie*): ¡Trizas! ¡Trizas! ¡Trizas!

CORO DE TÍAS: Ay.

DUENDE: ¡Trizas!

CORO DE TÍAS: Ay.

DUENDE: ¡Trizas!

(*Las tías se acercan y rodean al abuelo y a la abuela. La tía muerta se pone de pie y pasa a formar parte del coro de brujas.*)

ABUELA (*asustada. A las tías que la rodean*): ¡Qué piensan hacernos! ¡Qué piensan hacernos!
¡Recuerden que nosotros somos sus padres!

UNA TÍA (*riéndose*): ¡Mis padres! (*A las demás tías.*) Oyeron eso, dicen que son nuestros padres...

EL CORO DE TÍAS (*ríen a carcajadas. Luego se serenán y empiezan a dar vueltas alrededor de la abuela y el abuelo*): ¡Padres míos, perdónenme, pero hoy casi no puedo salir a recoger leña!

voz DEL CORO DE TÍAS (*fuera del comedor*): ¡Padres míos, perdónenme, pero hoy casi no puedo

salir a recoger leña *seca*: tengo el periodo.

ABUELO: ¡Tonterías! ¡Tonterías! A mí no me vengan con esas tonterías. En mis tiempos eso no se cuidaba.

CORO DE TÍAS (*mientras acorralan a los viejos contra la mesa*): ¡Llegó el momento de sacarles los ojos!

ABUELA: ¡Se han vuelto locas! ¡Están borrachas!

CORO DE TÍAS: ¡Llegó el momento de arrancarle los brazos!

abuela: ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Se han vuelto locas!

CORO DE TÍAS: ¡Miren mis manos! ¡Miren mis manos! ¡Están hechas trizas!...

(*Las tías agarran al abuelo y a la abuela y los sacuden contra*

Yo soy mi destino. ¡Dejadme llorar!

Cantos de caravana

*Vengo de pronunciar tu nombre para recomen-
zar este sueño.*

El jardín de las caricias

la mesa. Pero entonces el abuelo se escapa de sus brazos y corre hasta el sitio donde se encuentra el hacha, tirada en el suelo. El abuelo empieza a darle hachazos al aire, amedrentando a las tías, y riendo a carcajadas.)

ABUELO: ¡Creen que es fácil sacarme los ojos y matarme! Pues no: soy un bicho muy viejo para que me cojan de sorpresa. ¡Pienso vivir cien años! Y es posible que más... ¡Nadie escapará de mí en esta casa! ¡Ya tengo de nuevo el hacha en mi poder! Podría abrirles la cabeza a todas, como si fueran jicaras de coco. Pero no: tienen que servirme. Tienen que obedecerme, y morirse cuando yo lo ordene. *(A la abuela, que también tiembla, junto a las tías.)* Tráeme acá a ese pájaro para probar el hacha.

(La abuela coge el pájaro. Desde muy lejos parece venir el rumor de una algarabía interminable, que trae risas de muchachos, voces, cantos. Todo el barullo enorme de muchos niños que juegan en mitad del campo. Tú te adelantas con el cuchillo en alto, y uno de los duendes se te pone delante para protegerte: de ese modo te oculta de los vivos.)

ABUELO *(a la abuela)*: ¡Ponlo en el suelo!

(Una de las brujas le quita el pájaro a la abuela y lo coloca en el suelo.)

voces del coro de primos muertos *(fuera del comedor. Cantando)*:

Ambos sador, señor Materilerile.

Ambos sador, señor Materilerón.

(El abuelo levanta el hacha.)

CORO DE BRUJAS: ¡Llegó el momento! ¡Al fin Celestino será rescatado y volverá a nosotras!

UNA BRUJA: ¡A nosotras! CORO DE primos MUERTOS: ¡Celestino! ¡Celestino!

(Todos los duendes corren de un lado para otro dentro del comedor. Se suben a la mesa. Dan brincos. Separan en los taburetes. Bailan unos con otros. No permanecen tranquilos ni un solo instante. El abuelo levanta más el hacha, y se dispone a degollar al pájaro muerto. El duende que te protege de la vista de los vivos se aparta, te deja el frente libre. Levantas el cuchillo a la altura de la espalda del abuelo.)

ABUELA: ¡El cuchillo!

(El abuelo se vuelve rápido y te mira. Tú aún estás con el cuchillo en alto. Tú vas a clavarle el cuchillo en la cara. El abuelo te sonrío. El cuchillo cae al suelo. El coro de primos muertos da un grito. El abuelo te da la espalda y descarga el hacha sobre el pájaro muerto. La puerta del comedor se abre y por ella entra Celestino, el cual ha de ser invisible. Tú caminas hasta él y, echándole un brazo por encima, le dices:)

TÚ *(con un brazo levantado en el aire)*: Perdóname que no te haya podido salvar. Perdóname, pero cuando le iba a clavar el cuchillo en la cara, me miró, y me sonrío...

CORO DE PRIMOS MUERTOS: Me miró y me sonrío. A mí, que nunca nadie me ha sonreído.

TÚ *(siempre con el brazo extendido)*: Me miró y me sonrío. Y ya no pude hacerlo.

coro DE primos MUERTOS: Me miró y me sonrío: a mí, que estoy acostumbrado a que nada más me den patadas por las nalgas y hachazos por la espalda.

(Te vas confundiendo con el grupo de los primos muertos. Llevando la mano extendida, abrazando a Celestino.)

LAS BRUJAS: Ahora lo único que podemos hacer es irnos con nuestros primos muertos. Ya nada nos queda por buscar. El abuelo acaba de cortar el último árbol. Ahora, ¿dónde podremos escribir esa

poesía interminable, que aún no comienza? Estamos expuestos al sol y es posible que por muchísimo tiempo ni anochezca siquiera. *(Se introducen en el coro de los primos muertos.)*

ABUELA *(terminando de bailar. A la madre, que permanece inmóvil mirando por la ventana hacia el potrero)*: ¡No seas guanaja, mujer! No ves que así él está mejor.

(La madre sigue extasiada y no parece haber oído nada.)

CORO DE TÍAS: Así ha sido mejor. Total: para lo que ibas a poder resolver con un hijo poeta...

ABUELO: ¡Y bobo! Porque era bobo. Siempre que lo mandaba a que trajese los terneros dejaba uno o dos extraviados; y nunca hacía las cosas como se las indicaba. Si le decía «cierra la talanquera», la dejaba abierta, si le decía «ve a buscar leña», traía cañafístulas...

UNA TÍA: Si lo mandaba por agua, botaba los cubos en mitad del camino.

abuela: Cuando lo mandaba a mudar las vacas, las ponía a pastar entre los itamorriales...

CORO DE TÍAS: ¡Era un inútil! ¡Era un inútil! Se pasaba la vida garabateando los troncos y poniendo en ellos palabras asquerosas.

LA MADRE: ¡Qué desgracia! Dios mío, ¡qué desgracia!

LA ABUELA: ¡Tú tuviste la culpa por haberlo engreído! En vez de un hombre lo que te salió fue una... ¡basura!

CORO DE TÍAS: ¡Una basura! ¡Una basura!

ABUELO: Era un inútil, no ganaba ni para el desayuno.

CORO DE TÍAS: ¡Inútil! ¡Era una basura inútil!

ABUELA: Y qué vergüenza: ya todo el mundo sabía que era poeta...

CORO DE TÍAS: ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Se me cae la cara de vergüenza...

UN DUENDE *(haciendo maromas sobre la mesa, en un solo pie)*: «Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos»...

OTRO DUENDE *(saltando y haciendo maromas sobre la mesa, en un solo pie, llega hasta el primer duende y le da una bofetada)*: Hornero, rapsodia novena de la *Odisea*.

UNA TÍA: ¡Qué tranquilidad hay en esta casa después de que quemamos al avispero!...

LA MADRE: Ahora yo sola tendré que cargar el agua para regar las matas...

CORO DE PRIMOS MUERTOS: El mes de enero se me ha vuelto a aparecer. O serán ideas mías... Ya no sé distinguir entre lo que veo y lo que imagino ver. Pero estoy casi seguro de que se me apareció. Que llegó hasta donde estábamos Celestino y yo, tirados sobre la yerba y comiendo lombrices de tierra, y nos dijo: «Pronto recuperarán la memoria», y se calló un momento, y volvió a hablar, «en cuanto recuerden la palabra que olvidaron podrán dormir muy tranquilos y quietos». Eso nos dijo, y yo vi cómo se elevó entre las nubes y desapareció más atrás de los cerros. Y desde allá lejísimo se le oía decir: «Pronto se acordarán de la palabra». «Pronto se acordarán de la palabra.»

UNA VOZ *(fuera del comedor)*: ¿Oíste lo que nos dijo el mes de enero?

OTRA VOZ *(fuera del comedor)*: ¿Qué dices?

UNA voz: Ah, todavía sigues durmiendo...

CORO DE primos muertos *(parodiando a la primera voz)*: Yo estoy seguro de que he oído a alguien hablar. Todo no puede ser imaginado. Por lo menos estoy seguro de que Celestino duerme cerca de aquí, y de que tiene un poco de fiebre. Es muy malo tener fiebre cuando se vive como vivimos nosotros: aquí, en mitad de la sabana, con los aguaceros cayéndonos encima. Yo voy hasta el potrero y, sin acercarme mucho a la casa, corto algunos gajos de menta y apasote, para hacerle un cocimiento. Pero luego me doy cuenta de que no tengo fósforos para prender fuego. Si pudiera llegarme hasta la casa y robarme los fósforos a abuela. Pero a la casa no entraré nunca más porque sé que todos me están esperando para caerme a trompadas. Le daré a comer hojas crudas.

ABUELA (*mirando por la ventana*): ¡Cómo tardan en llegar del río los muchachos!...

LA MADRE (*impaciente*): ¡Por qué dices eso! Todavía es temprano...

CORO DE TÍAS: ¡Díganme la hora! ¡Díganme la hora!...

UN DUENDE (*haciendo maromas sobre la mesa, y rompiendo varios platos*): «Llegada de otros sitios te irás por todas partes».

OTRO DUENDE (*con un plato en la cabeza*): Arthur Rimbaud. Una estación en el infierno.

(*Gran ruido de hachas que se precipitan sobre los árboles. El ruido, por momentos, se hace insoportable. Luego se va alejando, hasta desvanecerse completamente.*)

CORO DE PRIMOS MUERTOS: Le he preguntado a Celestino por qué no se revira contra la familia. Que si él quiere yo lo ayudo. Le he dicho que, si quiere, yo podría sacarle la estaca que abuelo le clavó en mitad del pecho. Le he propuesto ir con la estaca hasta la casa y clavársela al viejo cuando esté dormido. Pero él me ha contestado que no siente ningún dolor, y que no se va a revirar.

UNA VOZ (*fuera del comedor, entre el lejano sonido de las hachas*): Pero, si tiene la razón, ¿por qué no te rebelas?

OTRA VOZ: Es que no estoy tan **seguro de tener la razón**.

UNA VOZ: Pero tú eres inocente...

OTRA VOZ: No lo sé.

una voz: Entonces, ¿son ellos **los que no están locos?**...

OTRA VOZ: Es posible.

UNA VOZ: Y por qué si son ellos los **que** tienen **la** razón no les pides perdón y te les unes.

OTRA VOZ: Porque no puedo.

CORO DE BRUJAS (*con un grito*): ¡No puedo!

UN DUENDE (*rompiendo casi todos los platos*): ¡No puedo!

CORO DE DUENDES (*desconcertados, circunspectos*): Anónimo. Inédito...

(*Llanto de un muchacho fuera del comedor. Luego alguien vocea a las vacas en el potrero.*)

CORO DE BRUJAS: «Volveré a verte dentro de pocos días. Se me hace imposible creer en una aurora tan próxima. De aquí a pocos días escucharás tu voz y beberé en tu boca el agua que me hará olvidar esa sed insaciable.

Estaba como el cordero que ha perdido a su madre.

Estaba como la mariposa que ya no encuentra la única flor cuyo zumo alimenta.

Sin cesar pronuncio tu nombre y el del hijo que me has dado. ¡Cómo puede el corazón de un hombre contener un amor así!»

«Piensa en los millares de años que han sido necesarios para que la lluvia, el viento, los ríos y la mar hicieran de una roca esa napa de arena con la que estás jugando.

Piensa en los miles de seres que han sido necesarios para que tus labios estén cálidos bajo mis besos.

Como el peregrino se abluciona con arena, alzo en mis manos dos puñados de este polvo de oro con que tú juegas, y cubro mis espaldas.

¡Bondad del silencio!

El espejo mágico

Volveré a verte dentro de pocos días.

CORO DE primos MUERTOS: Celestino está muerto en la jaula. Aunque yo no lo veo, sé que está muerto. La bruja ha hecho muchas maromas en el aire, y me ha dicho: «Está muerto». Pero yo no le hice caso y seguí recogiendo flores de pitajayas y bejucos de ubi, para hacerle un cocimiento y bajarle la fiebre. «Está muerto», me dijo un bejuco cuando yo lo fui a arrancar. Pero yo no le hice caso y lo arranqué... Llego a la casa con las manos llenas de bejucos, hojas y flores de todas las matas que me he

encontrado en el camino. Mi madre sale corriendo a alcanzarme y me dice: «Está muerto». «Está muerto.»

CORO DE brujas: «Líbrame, oh poderosa prudencia, líbrame de amar sin esperanzas, pues es locura».**

CORO DE primos: Ya no volveré a mi casa, donde mi madre me espera siempre llorando, más abajo de la mata de higuillos. Ni me asomaré más nunca al pozo, porque tengo miedo de verme como aquella vez: allá en el fondo. Ya no iré más a la casa. Ni buscaré más nunca una lata de agua. Ni le haré caso al abuelo cuando me mande a trancar los terneros... Ahora me voy a tirar aquí, sobre la yerba llena de abujes, a esperar a que vengan los aguaceros, y me lleven bullendo hasta el sitio donde dicen que él se tiró, para ahogarse...

CORO DE TÍAS: Ay, ay, la última vez que lo vieron dicen que andaba desnudo.

ABUELO: Ay, ay. Y con los pies en carne viva.

LA MADRE: Ay, ay. Y escribiendo sin cesar...

CORO DE brujas: «No me podré dormir antes del alba.

Esta mañana tengo la dicha de su pensamiento.

*Poemas «La arena» y «La aurora cercana», del libro *el Jardín de las caricias*. Según la traducción, del árabe al francés, realizada por Franz Toussaint.

**«La que no amo», poema formado por la fusión de dos poesías. El comienzo es de Wei Choan, el final es de Ts'in Koan, poeta de los Son, apodado Chao Yeou. (Solamente se muestra una parte del poema.)

Mi soledad se ha poblado de mil presencias»...* CORO DE TÍAS (*marchándose, seguidas por abuelo, la abuela y la madre*): Al fin parece que vienen los muchachos del río. Salgamos para recibirlos y darles cuatro nalgadas. Así aprenderán a no salir de la casa sin nuestro permiso.

(*El abuelo berrea como un ternero mientras se dirige a la puerta. La madre se queda parada en mitad del comedor; la abuela trata de arrastrarla, pero no lo consigue, por fin se da por vencida y sale, caminando en un solo pie.*)

TÚ (*dentro del coro de primos muertos*): Fui al pozo y, al asomarme al fondo, vi a mi madre, sonriéndome alegre desde las aguas.

CORO DE BRUJAS: Sonriéndome alegre desde las aguas.

TU VOZ DESDE EL FONDO DEL POZO: Aquí todo está tan tranquilo. Si supieran ustedes qué tranquilidad tan grande. Celestino está también conmigo. Celestino, mi madre y yo acá, en el fondo húmedo, donde nadie se atreve a asomarse por miedo a vernos. Y la gente que pasa dice: «Ese pozo está embrujado, he oído voces en el fondo». Y yo los oigo salir corriendo y me siento alegre, y, poco a poco, abrazando a mi madre y a Celestino, me voy quedando dormido. Dormido, y flotando siempre sobre el agua que a mí me parece que se está poniendo verde olorosa.

(*La madre se lleva las manos a la cabeza. Desaparece del comedor. Enseguida entra, riendo con carcajadas que suenan como si salieran del fondo de un pozo. Va basta la mesa y se come, de un bocado, un trozo de plátano. Luego empieza a caminar en cuatro patas. Y así sale del comedor. La abuela la sigue como si fuera un personaje*

**El espejo mágico*, traducción francesa de Paul-Marguerite.

completamente irreal. La abuela irá con una mano colocada en el cuello y la otra extendida hacia delante, y caminando con pasos marciales, como si ensayara el rito de una danza exótica.)

TÚ (*avanzando imaginariamente hacia Celestino*): Ven, vamos a jugar a la marchicha. ¿Es que no te gusta jugar a la marchicha?

(*Todos los primos empiezan a jugar a la marchicha. Saltan, cambian de sitio, tropiezan. Por un*

momento nos brindan una visión alucinante. Por el comedor cruza la madre, alzándose y bajándose la falda, desapareciendo en el otro extremo.)

CORO DE BRUJAS: «No me despertéis si tengo la dicha de dormir a la hora en que los pájaros inician sus gorjeos. Para mí todas las auroras son pálidas bajo mi cobertor de seda verde».*

TODOS LOS DUENDES (*agrupados en un rincón del comedor*): ¡Pálidas! ¡Pálidas! ¡Pálidas!

CORO DE brujas: «Los rumores rasgan dolorosamente el silencio. Ni siquiera siento la curiosidad de saber cuántos capullos se han abierto en el ciruelo.

Y sin embargo, es preciso levantarse...»**

TODOS LOS DUENDES: ¡Levantarse! ¡Levantarse!

(Cruza el abuelo con el hacha al hombro, y secándose el sudor de la cara. Detrás viene la abuela, conversando con la Muerte, y con una jaula vacía entre las manos. Todos los primos dan brincos y más brincos, mientras juegan a la marchicha. De fuera vienen sus risas y alborotos..)

CORO DE BRUJAS: «En el Palacio de Cristal, los crisantemos

**El espejo mágico*, poemas anónimos.

***Ibídem*.

florece para las hadas y los duendes y el poeta percibe claramente las flores, parecidas a copas de ágata».*

TODOS LOS DUENDES (*mientras desaparecen por las canales del comedor*): ¡Ágata! ¡Ágata! ¡Ágata!

(Cruzan las tías con una mano en alto, y al compás de una marcha militar que no debe escucharse. Marchan con paso firme, pero irreal.)

VOCES DEL CORO DE PRIMOS MUERTOS (*desde fuera*): Ahí viene Celestino con un jubo muerto entre las manos.

VOCES DEL CORO DE TÍAS (*desde fuera*): El jubo se está tragando a Celestino como si fuera una rana.

(Se oye el rumor de las risas y los cantos.)

VOZ de LA MADRE (*fuera*): ¡Maldito! ¡Otra vez te has caído en mitad del camino, y vienes con las latas vacías. ¡Mereces que te estrelle!...

voz del abuelo (*fuera*): ¡Es bobo! ¡Es bobo! Y lo único que sabe hacer es pasarse el día garabateando las matas y poniendo asquerosidades.

(De nuevo las risas y los cantos.)

VOZ DE LA ABUELA (*chillando desde fuera*): ¡Corran! ¡Corran!, ¡que se ha tirado al pozo!

(Gran silencio. Luego un enorme vocerío de niños, y todo un escándalo de algarabías. Los primos del comedor, jugando a la

*«El ramo del poeta», inspirado en un poema, «El Palacio de cristal de la luna», de Mao Wensi, poeta de la dinastía rebelde de los Chou (Tsin Chou).

marchicha. Tú irás confundido entre ellos, como uno más dentro del coro de los muertos.)

CORO DE brujas (*avanzando hasta la ventana. Mientras el coro de brujas habla, se oirán los gritos de la abuela: «Se ha tirado al pozo», pero muy distantes, casi imperceptibles*): «No me despertéis, si tengo la dicha de dormir a la hora en que los pájaros inician sus gorjeos.

Para mí todas las alboradas son pálidas bajo mi cobertor de seda verde.

Los rumores rasgan dolorosamente el silencio. Tanto peor para el visitante matutino que me espera en el salón.

Ni siquiera siento la curiosidad de saber cuántos capullos se han abierto en el ciruelo. Sin embargo,

es preciso levantarme...

El humo de las chimeneas dibuja arabescos por encima de los techos.

Me dedico a descifrar en el firmamento un mensaje de amor.

Muy pronto los dibujos se disipan.

Y ahora el cielo está implacablemente desnudo.

Sombrío, delante de la ventana, contemplo el patio donde el viento arremolina las hojas secas.

La primavera se demora, mas la yerba del pesar reverdece en todas las estaciones».*

(Los gritos de la abuela cesan. El coro de brujas se queda fijo junto a la ventana, mirando embelesado hacia el patio. Silencio. Luego se interrumpe, de pronto, la calma por un gran vocerío de muchachos a los cuales se les oye jugar, cantar, hacerse preguntas; correr por todas partes. Estamos en el campo y los muchachos se divierten. A intervalos se escucha el ruido sordo de un hachazo y el caer sonoro de un árbol, que retumba, estremeciendo a todo el

*Final del poema «La que yo amo», de Ts'in Koan.

monte, repercutiéndose en muchos ecos. Luego continúan las voces, las algarabías.)

He llegado corriendo hasta el mayal, con una botella de vino para esconderla entre las mayas y poder luego emborracharme tranquilo, sin que nadie me perturbe. ¡Es tan sabroso emborracharse y tirarse bocarriba sobre la tierra! No se sienten entonces ni los picotazos de las hormigas rabúas... Sí que me gusta emborracharme y por eso voy a tratar de esconder todas las botellas que pueda. Volveré a la casa y traeré más vino para esconderlo entre los huecos del mayal.

He dado más de veinte viajes a la casa y en cada uno he traído vino de todas las clases, y hasta una botella de menta, que abuela había escondido para ella. Cuando se entere pondrá el grito en el cielo. Pero que se joda, total: que si no me la robo yo se la roba alguna de mis tías, porque ellas siempre están a *la que se te cae* y se roban todo lo que se les pone por delante, y cuando no se les pone también se lo roban. A la boda de mi madre, como ella es tan guanaja, y se deja abusar de los demás, ya casi la tienen desnuda, pues todos sus vestidos (que eran poquísimos) se los han robado, y ahora mi madre tiene que andar haciéndose faldas de saco, y tapándose el cuerpo con lo primero que encuentra. ¡Desgraciadas tías! Y como si eso fuera poco: no hacen más que estarme criticando y peleando. Ya estoy aburrido, y cualquier día cojo un poco de veneno y se lo echo a la comida, para que no se escape ni el gato. Sí, eso es lo que voy a hacer cualquier día, aunque tengo primero que ponerme de acuerdo con mi madre, para que ese día no vaya a probar la comida. ¡Ya verán que ni el gato va a quedar en esta casa!... Ya parece que mis tías se han dado cuenta de que faltan veinte botellas de vino, pues oigo un escándalo en la casa que da miedo. Parece que le han

Para mí no hay nada como las albóndigas.

Una de mis tías

echado la culpa al pobre Celestino, pues le están dando una paliza que lo están matando. Desde aquí se oyen sus gritos. Sus gritos. Sus gritos.

Sus gritos.

Sus gritos.

Sus gritos.

—¡No le sigan pegando a Celestino, que fui yo el que me robé las botellas de vino!

Me persigue ahora un enjambre de gentes: todas mis tías, con palos y piedras, y la-vieja-maldita-de-abuela que para otra cosa siempre se está quejando y no puede hacer nada, pero que ahora corre detrás de mí como si fuera una muchacha. ¡Vieja maldita: aunque envenene a mi madre, yo te envenenaré a ti! Abuelo también viene, con el hacha en lo alto, y echando mil maldiciones. Tengo que ver de qué forma me escapo de estos condenados porque si me agarran, con la borrachera que tienen, me hacen añicos.

El hacha de abuelo pasó, echando chispas, cerca de mi cabeza. Ya llega la gente. Ya me tienen casi acorralado. ¡Si pudiera alzar el vuelo! Pero da la casualidad que cuanto más lo necesito no lo puedo hacer, y por estos lugares no veo ni a una bruja siquiera. Tendré que arreglármelas como pueda.

Ya me cogen los brazos y tratan de hacerme pedazos. Una de las tías me da un golpe en la cabeza que retumba. Y abuela, la muy condenada, me golpea con una estaca.

—¡No diré dónde están las botellas escondidas! ¡No voy a decir nada, así que si quieren pueden matarme!

—¡Desgraciado muchacho!

—¡Será posible que en esta casa no haya paz ni siquiera en este santo día! ¡Si lo que mereces es que te arranque la cabeza!, ¡condenado!

—¡Pégale a matarlo!

—¿¡Dónde escondiste las botellas!?

—¡No voy a decir nada!

Abuelo me zarandea y me entra a patadas. Pero yo estoy más tieso que una estaca y ni aunque me mate le diré nada. Abuelo, cansado de zarandearme, coge el hacha, y me dice:

—¡Ahora vas a decirme dónde escondiste las botellas, porque si no te abro la cabeza en dos mitades!

—¡Quítale el hacha a ese hombre, que está borracho!

—¡Se ha vuelto loco!

—¡El hacha!

Abuelo me lanza un hachazo, y el hacha pasa rozándome una oreja, y se le clava a él en el dedo gordo del pie. Abuelo da un maullido que parece un caballo cuando lo están capando. Yo aprovecho y salgo corriendo, mientras abuela hace cruces en el aire, y dos brujas me levantan en vilo, y me esconden en el último rincón del mayal viejo... El grupo de lagartijas que había encima de las botellas sale corriendo al verme acompañado por las brujas. La fiesta de nosotros va a empezar ahora. Una de las brujas destapa la primera botella, y se empina. Yo no me quedo atrás y destapo la segunda. Y la tercera. Y la cuarta.

Y la quinta... cuatro lagartijas vestidas todas de blanco, según dicen, fueron a pegarse candela al otro lado del río.

Aserrín, aserrán,

los maderos de san Juan.

Los de Juan piden pan...

Cruzan las lagartijas, echando chispas y cantando a

***Mambrú se fue a la guerra
¡Qué dolor, qué dolor, qué pena!***

Canción infantil

coro. Luego alzan el vuelo y se encaraman sobre la mata de higuillos, donde una noche, abuela, al ir al excusado, encontró al abuelo, muy tieso, y balanceándose de la soga que lo sujetaba por el cuello. «Qué destino tan triste», dijo abuela aquella noche, mientras se metía en el excusado, envuelta en una sábana. «De ese higuillo se ha ahorcado mi padre», dijo, «mi suegro, mi abuelo, yo, y ahora el viejo. ¡Qué destino tan triste! Mañana mismo cortaré *el* higuillo.»

Pero no lo cortó...

—Mamá ha descubierto el escondite y se me acerca, con los ojos bañados en lágrimas.

—Muchacho -dice-, dame las botellas de vino para llevarlas a la casa. No me mortifiques más. Estoy ya tan recondenada...

Así me habló mi madre, y al decir la palabra *recondenada* su voz se puso más ronca que nunca, y

pensé que se iba a quedar muda.

Mamá es ya una vieja. Una vieja que nunca ha podido decir que es vieja, porque en la casa hay otras personas más viejas que ella.

Mi madre es siempre la que se queda en segundo lugar en todo, la que tiene que esperar a que los demás se sirvan para servirse ella. La que duerme en el último cuarto, que está junto a la prensa de maíz llena de ratones. Como no tiene ni casa ni marido, mi madre ha tenido que criar a todos mis primos y ha tenido que atender en el parto a todas mis tías. Pero mis tías la tratan a patadas, y le dicen que ella es boba. Mis primos también la maltratan y le dicen «vieja caduca», y yo, algunas veces, también se lo digo. ¡Pobre mamá! El hombre que la dejó debió haberse muerto antes de hacerlo.

Le he dado todas las botellas de vino a mi madre. Tendré que dejar la borrachera para el año que viene... Le he dado todas las botellas de vino a mi madre, y, de pronto, me voy sintiendo contento. La veo ahora alejarse, y me digo: ¡ojalá no esté equivocado de nuevo! ¡Ojalá! sea esa mujer mi madre. Que no sean solamente ideas mías y mi verdadera madre esté esperándome en la casa, con una estaca en la mano. Pero no: yo nunca he inventado a una persona que haya podido decir «recondenada en aquella forma tan única como mi madre lo ha dicho. Sí, no debo dudar: aunque fuese por unos segundos: he visto por primera vez a mi madre. Ahora no importa que la otra me caiga a estacazos.

Mi madre es la más joven de todas las mujeres.

Mi madre es tan joven que yo la llevo cargada a donde quiera.

Mi madre es sabia.

Mi madre me hace un cuento diferente todas las noches.

Mi madre canta como nadie nunca ha cantado.

Mi madre es mi madre.

Mi madre sabe treparse a las palmas.

Mi madre nada por encima del agua.

Mi madre anoche me llevó a ver el sol.

Mi madre está limpiando la casa.

Mi madre está bailando en el techo.

Mi madre está cantando en el pozo.

Mi madre está maullando en la sala.

Mi madre está rifando un vestido.

Mi madre está pidiendo limosnas.

Mi madre está tocando a la puerta.

Mi madre está cerrando mis ojos.

Oigan a mi madre limpiando la casa.

Oigan a mi madre bailando en el techo.

Oigan a mi madre maullando en la sala.

Oigan a mi madre rifando un vestido.

Oigan a mi madre pidiendo limosnas.

Oigan a mi madre tocando a la puerta.

Oigan a mi madre cantando en el pozo.

Cantando en el pozo.

Cantando en el pozo.

Cantando en el pozo.

Oigan a mi madre cantando en el pozo.

Oigan a mi madre cerrando mis ojos.

Cerrando mis ojos.

Cerrando mis ojos.

Cerrando mis ojos.

Hoy ha hecho un día muy lindo. Desde muy temprano las cucarachas se asomaron a mi castillo, y me dijeron: «Salve», «Salve». Yo salí por la gran puerta, con los ojos bañados en lágrimas, y empecé a cantar. Las cucarachas se inclinaron respetuosas, y entonces me eché a reír... Me han tomado del brazo, y vamos caminando a lo largo de todo el potrero. ¡Qué de sol! ¡Qué claridad tan grande! Sin darnos cuenta, casi nos derretimos. Y sin embargo, ¡qué frescura! Es como si estuviéramos ya en las madrugadas de diciembre y de enero, ¡qué meses tan agradables y cortos!... Hemos caminado sin darnos cuenta, por sobre los grandes fangueros que hay más allá del río. Pero apenas si estamos enfangados. Las cucarachas me alzan y me bambolean, y yo digo: ¡qué gentiles!, ¡qué gentiles! Pero lo más curioso es que ellas tampoco se han ensuciado: relucen sus carapachos al sol, como si fueran cáscaras de mamones, y, de vez en cuando, se ponen tan lindas, con sus muchas patas al aire, que yo las abrazo y les digo: «¡No me dejen! ¡No me dejen!»...; pero ellas nunca han pensado dejarme: «A todas partes te perseguiremos», me han dicho, y yo siento un escalofrío muy grande que poco a poco me va traspasando la boca del estómago, mientras sube y baja, sin quedarse quieto en ningún sitio. De un salto cruzamos el río y nos tendemos a descansar sobre una gran hoja de malanga de agua. Pero luego seguimos andando, porque ya horita será de noche, y entonces: ¿quién podrá impedir que nos destripen de un solo pisotón?...

Las cucarachas me han abandonado. A mitad del camino me sueltan del brazo, y me dicen: «Nos has engañado: decías que eras de nosotros, y nos hemos enterado que eres eterno». «¿Eterno?...», pregunté yo, pero ya ellas habían desaparecido. «Eterno», dijeron unos totises que volaban muy altos. Yo también alcé el vuelo y traté de alcanzarlos. Pero desaparecieron ante mis ojos. Y volví a la tierra.

Por primera vez me sentí más solo que nunca.

Si tú no existieras yo tendría que inventarte. Y te invento. Y dejo ya de sentirme solo. Pero, de pronto, llegan los elefantes y los peces. Y me aprietan por el cuello, y me sacan la lengua. Y terminan por convencerme para que me haga eterno.

Entonces, debo volver a inventar. Hasta que por fin no quede ni un árbol en pie... Ya puedo dormir tranquilo, con mi gran hacha guardada debajo de los sobacos.

He vuelto de nuevo al patio. Acosado por miles de lagartijas de diferentes tamaños y muchas cabezas, que me empujan y me dan mordidas: no me ha quedado más remedio que llegarme hasta el patio. Pero he ahí que las lagartijas llegan hasta el pozo y, de un salto, lo traspasan, y siguen andando hasta darme alcance.

Y me alcanzan. Y me derrumban. Y poco a poco empiezan a despedazarme. ¡Celestino!

¡Celestino!

¡Celestino!

–Despierten, que Celestino se ha muerto...

Verdaderamente la lluvia entre la noche canta.

Eliseo Diego

Yo cogí y lo llevé al cementerio. Pero mis primos no quisieron que yo lo enterrara junto con ellos. Y tuve que comérmelo para que no se lo comieran las auras. Y por eso es que ellas ahora están tan bravas y se elevan muy alto entre las nubes, para coger impulso y, cayéndome a picotazos, sacarme a Celestino del estómago. Pero no lo van a conseguir: ya estoy muy cerca de la puerta. Con un poco más que me arrastre, llego a la casa.

–¡Madre mía! ¡Ábreme la puerta porque hay un aurero que me viene persiguiendo de cerca! ¡Abre! ¡Abre!

Mi madre ha abierto la puerta y se ha puesto en la entrada para impedirme el paso.

–¡Déjame pasar!

–No, todavía no puedes.

–Si no entro me han de comer las auras y las lagartijas.

–Bien sabes que no es por ti por quien se elevan tan alto las auras, y que no es a ti a quien quieren comerse las lagartijas: tú eres eterno.

–¡No!

–Te lo digo yo, que también lo soy. Los dos padecemos esa desgracia, tan terrible como ninguna.

Mi madre ha tirado la puerta en mi cara y, sollozando, ha entrado en la sala. Abuelo duerme, con el hacha bajo la espalda, y abuela hace muchas muecas en el aire, sin atreverse a asomarse por las rendijas... Dicen que por las noches yo salgo y camino todavía hasta el pozo, y que me quedo quieto, mirando el fondo, y que una vez mi madre me agarró, ya cuando estaba subido en el brocal...

Llego hasta la mata de higuillos -la que todavía queda en pie- y me tropiezo con el duende.

–Al fin he comprendido lo que quieres -le digo-, pero ya nada puedo hacer por darte el anillo.

–No importa. De todos modos ya no lo necesito.

–¿Por qué?

–Alguien que tú conoces te lo ha robado y me lo ha dado antes de que tú supieras que lo tenías. Por eso he insistido tanto en pedírtelo: he llegado a ti solamente para hacerte el bien. Para que razonaras y te dieras cuenta de las cosas que no ves y te ven. Que no presientes y te dominan. Y te aturden. Pero has sido necio: ahora estás condenado a la eternidad. Sólo me falta desearte paciencia, tanta, como yo, que también soy de los eternos, no he tenido ni la tendré nunca.

–Pero, ¿por qué no me dijiste que me estabas ayudando?

–Nunca me hiciste caso, y cada vez que me acercaba a ti, tú tratabas de imaginar que estabas soñando. ¡Tan increíble te resulta que alguien que no se justifique pueda brindarte ayuda! ¿Es que solamente confías en lo que palpan tus manos que en definitiva son más irreales que cualquiera de mis leyendas? Pero ya es tarde: aquí están las hojas. Si quieres te enseñaré el anillo. Míralo: es como cualquier otro. Sólo que éste era el tuyo y ahora no podrás volver a recuperarlo.

El duende ya se iba desvaneciendo sobre los últimos gajos del higuillo. Por unos momentos parpadeó el reflejo del anillo entre las hojas, y quise saber si alguna vez podría volver a encontrarme con él.

–Ya que somos eternos -le dije-, dime tu nombre: así podré llamarte algún día, dentro de mil años, dentro de mil siglos, en cualquier tiempo y lugar que nos encontremos.

–Mi nombre es Celestino -dijo.

Y se desvaneció rápido sobre el capullo más alto de la mata de higuillos.

Siete veces he vuelto a tocar a la puerta. Vengo ahora desnudo y debo de ser ya un viejo -tal vez horrible-. Mi madre ha salido a abrirme seguida de abuela y abuelo.

–¿Qué quieres? – pregunta mi madre.

–Esta noche deseo pasarla con ustedes -digo-: afuera llueve y, según parece, hay una tonga de rayos que quieren caer sobre mi cabeza.

–Hoy no puedes -dijo mi madre, y yo vi cómo casi se le saltaban las lágrimas.

Abuela y abuelo sonrieron rápidos, y enseguida volvieron a recuperar su figura de siempre.

–¿Y cuándo podré?

–¡Mañana! ¡Ven mañana! – Y yo sentí cómo la garganta se le iba estrujando-. ¡Ven mañana! –

volvió a repetir mi madre mientras abuelo *trozaba* el hacha en dos pedazos y abuela miraba hacia el techo: buscando una rendija por donde salir huyendo-. ¡Mañana! – dijo de nuevo, y al fin se convirtió en una tatagua de río. De esas que solamente salen cuando ha llovido mucho y sigue lloviendo.

Afuera había una mata de higuillos. Dos o tres grillos que hacían «rírrr», «rírrr», «rírrr». Un grupo de brujas que conversaban sobre el techo de la casa. Y yo, que me tiré bocarriba sobre la tierra empapada, y, muy alegre, me puse a contar, de dos en dos, las diferentes nubes que cruzaban más abajo de mis ojos, y que de vez en cuando me hacían una señal complicadísima.

Luego pensé que mientras más rápido me durmiera más pronto llegaría el otro día. Y me quedé dormido. Y me quedé dormido.

Y me quedé dormido.

Y en sueños dicen que fui hasta el pozo y que me asomé por sobre el brocal. Y que allí me quedé, esperando a que mi madre me agarrara -como la otra vez-momentos antes de caer al vacío.

Pero, según me acaba de decir ahora mi madre, esa noche no pudo llegar a tiempo. Aunque yo tengo mis sospechas y pienso que seguramente ella llegó demasiado temprano.

ULTIMO FINAL

La Habana, 1964



Texto de Contratapa:

«Creo que la época más fecunda de mi creación fue la infancia. (...) Aunque en la casa había siempre mucha gente, para llenar aquella soledad tan profunda que sentía en medio del ruido, poblé todo aquel campo de personajes y apariciones casi míticos y sobrenaturales.» Estas palabras de **Reinaldo Arenas**, escritas en otro lugar, nos dicen que **Celestino**, el niño de esta historia, no es otro que su alma gemela. Para **Celestino**, su casa también es un endiablado enjambre; tampoco su madre y sus abuelos entienden por qué no cesa de escribir por todas partes, hasta en las hojas de los árboles; a él también le gritan y amenazan mientras se hostigan entre sí. No en vano, cuando el narrador se asoma al pozo de la casa, ve reflejado a **Celestino**. Ambos gustan de poblar el mundo que les rodea de fantasmagóricos espíritus, seres y hechos extraordinarios, que habitan también sus escritos, refugio de su insufrible pobre realidad.

Ilustración de la cubierta: detalle de una ilustración (1984) de Jérôme Couelle, acrílico. ^; Jérôme Couelle, 2000. Derechos reservados.

Celestino antes del alba



Ilustración de la cubierta: detalle de una ilustración (1984) de Jérôme Couelle, acrílico. © Jérôme Couelle, 2000. Derechos reservados.

«Creo que la época más fecunda de mi creación fue la infancia. (...) Aunque en la casa había siempre mucha gente, para llenar aquella soledad tan profunda que sentía en medio del ruido, poblé todo aquel campo de personajes y apariciones casi míticos y sobrenaturales.» Estas palabras de **Reinaldo Arenas**, escritas en otro lugar, nos dicen que **Celestino**, el niño de esta historia, no es otro que su alma gemela. Para **Celestino**, su casa también es un endiablado enjambre; tampoco su madre y sus abuelos entienden por qué no cesa de escribir por todas partes, hasta en las hojas de los árboles; a él también le gritan y amenazan mientras se hostigan entre sí. No en vano, cuando el narrador se asoma al pozo de la casa, ve reflejado a **Celestino**. Ambos gustan de poblar el mundo que les rodea de fantasmagóricos espíritus, seres y hechos extraordinarios, que habitan también sus escritos, refugio de su insufrible pobre realidad.

ISBN 84-8310-121-1



9 788483 101216

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org

10/07/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/